Bogotá contada





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes



Bogotá contada



Alcaldía Mayor de Bogotá
Gustavo Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Clarisa Ruiz Correal, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de Artes
Valentín Ortiz Díaz, Gerente del Área de Literatura
Paola Cárdenas Jaramillo, Asesora
Javier Rojas Forero, Asesor administrativo
Mariana Jaramillo Fonseca, Asesora de Dimensiones
Daniel Chaparro Díaz, Coordinador de Dimensiones
Carlos Ramírez Pérez, Profesional universitario

Secretaría de Educación del Distrito
Óscar Sánchez Jaramillo, Secretario de Educación
Nohora Patricia Buriticá Céspedes, Subsecretaria de Calidad y Pertinencia
Adriana Elizabeth González Sanabria, Directora de Educación Preescolar y Básica (e)
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Luz Ángela Campos Vargas, Carmen Cecilia González Cristancho, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Cámara Colombiana del Libro
Enrique González Villa, Presidente
Diana Carolina Rey Quintero, Directora Feria Internacional del Libro de Bogotá
Juan David Correa Ulloa, Coordinador Cultural
Ana Carolina Rodríguez Sánchez, Coordinadora de Comunicaciones

Primera edición: Bogotá, diciembre de 2013

Carátula: ilustración de Bef y mural de la Biblioteca La Peña.

www.idartes.gov.co

ISBN 978-958-58175-2-4 (impreso)
ISBN 978-958-58486-1-0 (epub)

Edición: Antonio García Ángel
Diseño gráfico: Óscar Pinto Siabatto
Producción eBook: Iván Correa, eLibros Editorial

Contenido

FRANK BÁEZ
Un milagro en Bogotá

ALEJANDRA COSTAMAGNA
Palabras por minuto

INÉS BORTAGARAY
La ciudad peregrina

RICARDO SILVA ROMERO
Las tres pantallas

Contar bogotá

Desde quienes hace siglos atravesaron el Magdalena y llegaron a lomo de mula, hasta los que hoy llegan a la terminal internacional del aeropuerto El Dorado, Bogotá tiene una tradición de viajeros que han escrito sobre ella. El científico, naturalista y geólogo alemán Alexander von Humbolt, que vino el 8 de julio de 1801 a visitar a José Celestino Mutis, admiró las «extraordinariamente hermosas cataratas de Tequendama»; el comisionado británico para la Nueva Granada John Potler Hamilton, que vino en 1824, ponderó la gracia y dignidad de las damas capitalinas, así como el buen trato que daban las clases altas a sus empleados; Miguel María Lisboa, Barón de Japurá, vino en 1851 y quedó arrobado frente a los jardines de las casas, donde «florecen el tulipán, la camelia y la magnolia; allí hay sobre todo una abundancia y de rosas y claveles indígenas, como nunca lo vi en las famosas exposiciones de Europa»; el literato Martín García Merou, que vino en 1882, opinó que «Las mujeres son bellas y aman los grandes ideales; la música y la poesía son sus ocupaciones favoritas. Hasta en las mismas fiestas de salón hay algo más que la banalidad de una *soirée* almidonada»; el cronista norteamericano John Gunther escribió en 1941 que en Bogotá «existen más librerías que cafés y restaurantes», y que «los diputados se leen uno al otro en voz alta sus poemas, y hablan sobre la teoría de los "cuantas", la filosofía de Bertrand Russell, la influencia de Rimbaud en Gide, y las obras de Waldo Frank»; una impresión similar se llevó el escritor Christopher Isherwood, que vino en 1947 y escribió en su libro *El cóndor y las vacas:* «No he visto tantas librerías en ningún otro lugar. Aparte de docenas de autores latinoamericanos de los que jamás he oído hablar, tienen también una gran variedad de traducciones, desde Platón hasta Louis Bromfield». Desde los detalles más literarios hasta los más banales, como las obleas que recomienda André Maurois o el elogio del ajiaco que hace Angélica Gorodischer, Bogotá se ha desplegado en centenares de testimonios, bajo la mirada atenta de viajeros y escritores.

Con ese espíritu nació *Bogotá contada*, una iniciativa que convocó a 12 escritores hispanoamericanos, acompañados por 3 autores colombianos, para que visitaran la ciudad, la recorrieran y escribieran sobre ella. Las visitas se hicieron en grupos de cuatro escritores, con un escritor colombiano como anfitrión. Nuestros invitados se concentraron en tres momentos diferentes.

El primer grupo, conformado por el peruano Carlos Yushimito, la ecuatoriana Gabriela Alemán, el venezolano Rodrigo Blanco Calderón y el guatemalteco Rodrigo Rey Rosa, acompañados por Pilar Quintana, vino en agosto para la celebración de los 475 años de fundación de Bogotá.

El segundo grupo, integrado por el mexicano Bernardo Fernández, también conocido como «Bef», la brasileña Adriana Lunardi, el español Sebastià Jovani y el cubano Jorge Enrique Lage, a quienes se sumó Miguel Manrique, vino durante la segunda semana de septiembre, para los eventos de Bogotá Literaria.

El tercer grupo, compuesto por el argentino Martín Kohan, el dominicano Frank Báez, la chilena Alejandra Costamagna y la uruguaya Inés Bortagaray, vino en la tercera semana de octubre, durante la celebración de los eventos relacionados con el 4° Festival de Literatura de Bogotá y el 7° Festival de Literatura Infantil y Juvenil, y estuvo acompañado por Ricardo Silva Romero. Los textos que vienen a continuación están en el mismo orden.

El conjunto de sus textos es este, nuestro Libro al Viento número 97, un regalo de diciembre para los bogotanos. Como en todas las antologías, y más en esta, que abarcó escritores de diferentes procedencias, generaciones, registros, tonos, perspectivas, intereses y géneros literarios, el resultado es heterogéneo. Podríamos decir además, para completar esta característica, que al menos la mitad de los escritores privilegian lo fragmentario para abarcar diversas percepciones de su experiencia bogotana.

El hecho de que hubieran venido en tres momentos diferentes hizo que algunos mencionaran algunos sucesos particulares, como la Sexta Copa América de Baloncesto en Silla de Ruedas en el caso de quienes vinieron en agosto; la muerte de Álvaro Mutis en septiembre y la feria de arte artBo en octubre. También hubo coincidencias en el reciente paro nacional agrario, la Toma del Palacio de Justicia, el asesinato de Jaime Garzón, el del grafitero Diego Felipe Becerra, el de Gaitán, La Violencia (con mayúscula) y la violencia (con minúscula).

Sobre ambas violencias, la que se refiere a los diez años comprendidos entre el asesinato de Gaitán y la firma del Frente Nacional, conocido como La Violencia, y la violencia en general, asociada al conflicto armado con las guerrillas, el paramilitarismo, el narcotráfico, fuerzas oscuras dentro del Estado, así como la inseguridad del atracador, el secuestrador y el raponero, son temas que están dentro de estas páginas. Es un tema que se aborda desde diversos ángulos, como la proliferación de fuerza pública que para los bogotanos es normal, pero llama la atención de Alejandra Costamagna y Bef, por ejemplo, el titular de *Semana* que abruma a Adriana Lunardi, «Cinco millones de víctimas de la guerra», o la violencia social y simbólica que se expresa en los grafitis que llaman la atención de Jorge Enrique Lage; el catálogo de atracos ajenos que describe Frank Báez, sobreviviente ileso y no robado de una escaramuza en la carrera séptima: un milagro en Bogotá, según el título de su crónica. Rodrigo Rey Rosa hace un paralelo entre el genocidio de los maya-ixil en Guatemala y el exterminio de la UP; Pilar Quintana, por su parte, se ocupa de las guerras que ha vivido la ciudad. El tema es inevitable, porque es parte de la realidad inocultable, y también es interesante para escritores que, cada uno en su país y por diferentes o similares motivos a los nuestros, han vivido sus propias violencias.

De igual forma, el lector podrá darse cuenta de que existen algunas recurrencias en cuanto a aspectos emblemáticos, sobresalientes de la ciudad. Quizá el elemento más presente en todos los textos sea los cerros. Gabriela Alemán nos muestra, a través de los ojos de una niña, cómo se ve desde Monserrate la ciudad borrada quizás para siempre por la neblina; Bef se avergüenza de los turistas mexicanos que chistosean en la fila para el teleférico y, cuando está arriba, pregunta si desde ahí se ve Ciudad Bolívar; en el texto de Martín Kohan, Monserrate gravita majestuoso aún desde la torre Colpatria; a Frank Báez le recomiendan ir hasta allá en peregrinación piadosa para agradecer el milagro, pero también le advierten que en el sendero peatonal lo pueden atracar; Alejandra Costamagna encuentra equivalencias santiaguinas —San Cristóbal y Santa Lucía— para Monserrate y Guadalupe; Inés Bortagaray, en su texto, transporta el Monserrate hasta Uruguay, que antes tenía «mar, puerto y un cerro modestito»; para Sebastià Jovani, Monserrate rodeado por las brumas es una epifanía, una imagen tutelar desde la que prácticamente emana la ciudad. Para Rodrigo Rey Rosa los cerros son boscosos y abruptos, para Alejandra Costamagna son frondosos, para Sebastià tienen un verdor

fractal; Adriana Lunardi los considera una reminiscencia de que todo lo demás es transitorio, el origen de cierto silencio meditativo de los bogotanos; Jorge Enrique Lage dice que el texto de los grafitis, como una nube de tags, se eleva hacia los cerros; Carlos Yushimito considera que la cordillera es una especie de cerco; Ricardo Silva, en cambio, piensa que es una especie de parapeto, trinchera donde alguna vez se agazapó la ciudad; Martín Kohan describe las montañas como una especie de caja de pandora climática que se va revelando imprevisiblemente, «con un criterio propio del suspenso y el desenlace».

La frase de Kohan señala otro punto de contacto. Empieza a llover a cubetazos y Yushimito menciona el «clima inestable de aquí»; Gabriela ve sucederse «todos los climas y los microclimas posibles» en el corto lapso de una charla; para Adriana Lunardi las nubes tienen la naturaleza indecisa de quienes quieren expresarse, se contraen y desdoblan en un infinito trabajo de parto, su carácter es susceptible, voluble, efímero; Kohan dice que el cielo jamás se queda quieto ni permanece igual a sí mismo; en el transcurso de un día, Rey Rosa describe un cielo que primero es azul, luego se pone plomizo y rezuma una llovizna finísima y helada, para luego despejarse y volverse soleado; Inés Bortagaray divide el día en fases que abarcan todo el espectro posible; Sebastià Jovani dice que no hay estaciones y sin embargo todas implosionan en la ciudad.

También es una ciudad de libros, bibliotecas, librerías. Para no abusar de las enumeraciones, diré que nos visitaron doce bibliómanos, y que los anfitriones no somos menos afectos a ello. En todos los textos se encuentran títulos de libros, fragmentos de poemas, citas, referencias a propósito de libros encontrados aquí y allá. En dos casos son un tema central: la crónica de Rodrigo Rey Rosa, en el contexto de su experiencia con las bibliotecas, se ocupa en extenso de las bogotanas; Miguel Manrique, en agradecido homenaje a un proveedor constante de sus anaqueles, relata la historia de la librería Lerner.

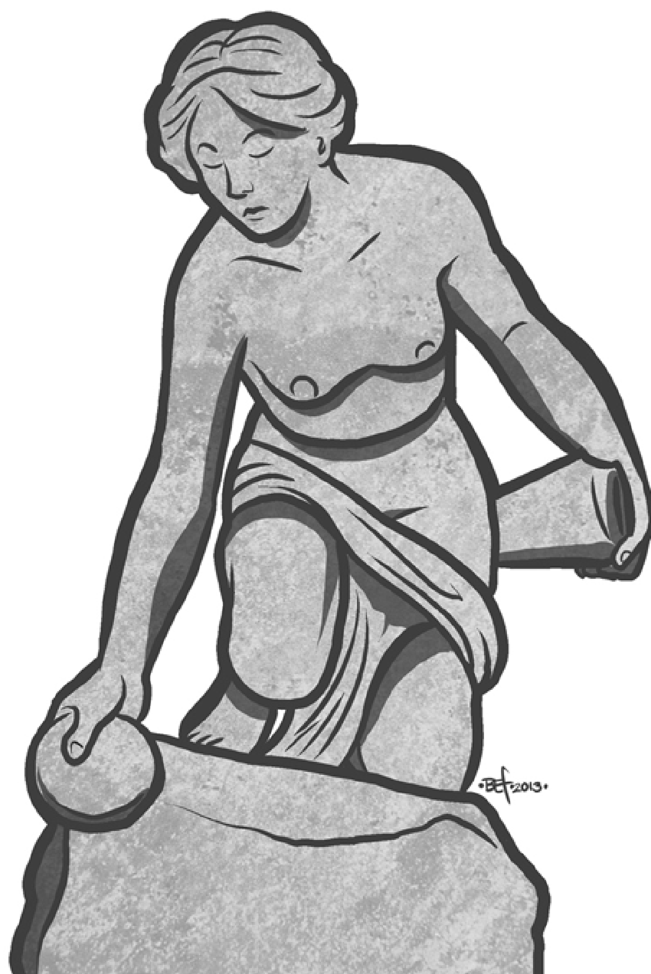
Hay que decir que la mirada ajena, fresca, de quien viene de afuera, resalta ciertas cosas que son más borrosas para quien vive ahí mismo. Bien decía Borges en *El escritor argentino y la tradición* que, según Gibbons, en el Alcorán no hay camellos, y que esa ausencia es suficiente para probar que se trata de un texto árabe. El clima, los cerros, la resonancia de ciertos giros idiomáticos… de ello no se ocupan Pilar Quintana ni Miguel Manrique ni Ricardo Silva. Ellos cuentan desde dentro, están más

involucrados con una historia íntima de la ciudad. No escriben un momento sino un lapso largo de tiempo, décadas enteras. En esta antología ellos llevan los estandartes de la memoria.

Con acentos europeos, caribeños, andinos y australes, desde lo pop hasta lo clásico, del centro a la periferia, de las radiografías sociales a las reflexiones íntimas, de la ficción a la crónica, pasando por el cómic y el relato infantil, sus voces dialogaron con la compleja realidad de esta ciudad inabarcable, pero que sin duda en estos textos ha sido contada una vez más.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

Bogotá contada



CARLOS YUSHIMITO DEL VALLE
(LIMA, 1977)



Foto: © Alberto Sierra.

Ha publicado los libros de cuentos *El mago* (2004), *Las islas* (2006), *Lecciones para un niño que llega tarde* (2011) y próximamente *Los bosques tienen sus propias puertas* (2013). Algunas de sus historias han sido traducidas al inglés, portugués y francés, y publicadas en antologías y revistas, entre ellas *Granta*, *The Asian American Literary Review*, *Alba París* y *Hueso Húmero*. Estudia un doctorado en Estudios Hispánicos en la Universidad de Brown, EE.UU., donde actualmente reside. Su apellido viene de un abuelo japonés. Se declara fanático de Brasil, de su música popular, del Bossa Nova y de autores como Clarice Lispector y João Guimarães Rosa.

N.N.

SIENDO NIÑO ME CONTARON ESTA HISTORIA que tal vez les interese oír. Un día, las naciones del mundo entero se reunieron con el fin de celebrar algo parecido a unas Olimpiadas de los himnos nacionales. Varios jueces imparciales —yo los imaginaba con bigotes de próceres, no me pregunten por qué— pasaron días y noches escuchando bandas y orquestas, marchas militares y poemas líricos, y debatiendo acerca de cuál sería, en su opinión, el más hermoso de todos. Finalmente premiaron a *La Marsellesa* y otorgaron el segundo lugar a *The Star-Spangled Banner* (que en español sería algo así como *El estandarte reluciente de estrellas*), el himno nacional de los Estados Unidos. Daba el caso de que en esta versión que conocía todo niño limeño —hoy adulto— de mi generación, el himno de Perú quedaba en tercer lugar. Y entonces uno cantaba en la escuela, hinchado el pecho con el brío solo comparable al que hoy en día nos inflama el ego digestivo de nuestra gastronomía, y animado en esa ingenua creencia, terminaba por convertirlo en un hecho tan honesto como lo fue en su momento la capitulación del virrey De la Serna en las pampas de Ayacucho.

* * *

Pues bien: los años pasan. Estamos ahora en Bogotá bebiéndonos unas tazas de té en el café Florida con mi amigo Juan. Le cuento esta historia y él me deja contársela, sin interrumpirme, hasta que llegamos al final. «Supongo que el tercer lugar se lo habrán dado luego a los hijueputas gringos», afirma decidido, luego de aquilatar un rato mi historia. No puedo más que preguntarle por qué. «Porque hasta donde tengo recuerdo el segundo lugar se lo dieron a Colombia».

* * *

Se me arrima ahora este pensamiento. Hay ciudades con las que uno se mimetiza a tal punto que, al recordarlas, acaba confundiendo en ellas los recuerdos previos: es una poderosa combinatoria de proximidad,

identificación y pereza. Lo primero, más que a la distancia, se lo debemos a nuestro propio mapa de afectos; lo segundo al de las costumbres o geografías de los lugares comunes. Pero entre las urbes latinoamericanas, sobre todo entre las grandes que se constituyen en cabezas inevitables de nuestras naciones, estas fronteras sobre las que cruza nuestra experiencia se hacen particularmente vagas, fantasmagóricas; no simplemente referentes vacíos o por llenar, como pueden serlo para la cabeza de un extranjero absoluto (el habitante de Mordor: el de los idiomas a los que somos impermeables), sino un espacio lineal, como una soga tensa, sobre la que nos vemos obligados a hacer equilibrio entre lo familiar que reconocemos y, al mismo tiempo, se nos hace extraño.

* * *

Los psicólogos sociales tienen un término adecuado para dicha tensión. La llaman: «Disonancia cognitiva», y, en pocas palabras, describe la incomodidad que sufre nuestra mente ante el conflicto de ideas opuestas y simultáneas; una especie de desarmonía interior. Álvaro Enrigue, escritor mexicano, ha descrito esta ambigüedad con un ejemplo brillante. Para él, ver Lima por primera vez, viniendo desde México D.F. fue como escuchar hablar a alguien en portugués. De cerca, sea debido a la pereza o a la modorra que ocasionan las vecindades sonoras, el portugués nos hace pensar que todo lo dicho nos es accesible; pero luego de un rato de no entender, nos sobreviene una sensación abrumadora de incomodidad y doble extrañeza. Para mí, nada describe mejor el efecto de los encuentros de lo «latinoamericano» que ese ruido impreciso. La familiaridad y el desconcierto equilibrándose en los detalles de las diferencias.

* * *

Diez días después de caminar por Bogotá he anotado cinco memorias de mis disonancias en esta libreta:

a) Identifico la sencillez de la gente con una familiaridad que me impresiona. Por citar un ejemplo, una señora amorosísima que sirve el menú del día en Calle 30, me trae recuerdos de los tiempos en que yo vivía en Lima y mis relaciones sociales no se veían expuestas a esa fría violencia hipersonriente a la que me enfrentan, hoy en día, los restaurantes gringos. Entonces, en algún momento, esa misma señora amable me dice: «Su merced». Y por alguna razón, nace en mí un terrible desconcierto.

b) Lo mismo me ocurre cuando, tres días después, cierro la puerta de un taxi con demasiada fuerza (con la misma fuerza que uso, por cierto, en el resto del mundo) y el taxista me invita a salir del carro, indignado pero con una amabilidad tan imperturbable, que, una vez en la calle, solo puede generar admiración.

c) La migración que cambió Bogotá —al igual que Lima, una ciudad nacional centrípeta—, delinea sus hábitos comerciales y no tiene pudor en inundar con ellos, entre otras, a esa larga avenida llamada carrera séptima. Su vibración, su desorden, su tumultuosa dinámica, me recuerdan al Jirón de la Unión o a algunas calles de Miraflores. Siento que hay ahí, en esa mezcla arbitraria de mis referentes autóctonos, algo que también se le escapa al aparente orden de la estratificación local.

c.1) La descripción sobre la organización social por estratos de Bogotá no ha hecho más que recordarme que la economía del suelo no deja de acosarnos hasta el día que lo habitamos directamente. Prueba de esto último es el cementerio (como luego comprobaré).

d) Mi cerebro asocia el idioma a mis recuerdos; no puedo evitarlo: hace casi seis años que vivo en inglés. Como consecuencia de lo anterior, alguna zona de mi hemisferio afectivo se enciende: edificios grises, polvo, *graffitis*, niños mendicantes, oficios callejeros (un hombre que vende folletos sobre el origen de los números), malabaristas junto a los semáforos, pollerías injertas en una iglesia. Pero, de pronto, lo discrepante: empieza a llover a cubetazos o miro el cerco verde de las altas montañas que le crecen al oriente. Y el paisaje no es ya el de mi desierto; ni el clima inestable de aquí, mi consistente cielo, seco y gris. Hay una inexactitud en el programa. Mi cerebro se reinicia.

* * *

Pero hay mucho más que disonancias que parten de las entonaciones, la vigencia de ciertos arcaísmos o las superficies urbanas. Algo que tiene apariencia de ser estructural, hábitos de negociación subcutáneos y que yo, por lo pronto, solo puedo ejemplificar con lo que llamaré aquí «la afición bogotana por despertar el terror ajeno». Se trata de un terror acogedor que hace recordar las historias que cuentan las abuelas sobre fantasmas y aparecidos. De ello nace, sobre el visitante, una tensión pasajera: no la

reacción habitual del pánico, sino la evidencia de que sobre esa excesiva información se está levantando la barrera de un tierno orgullo hospitalario o una complicidad honrada. Debo tal vez explicarme mejor. Exponer al visitante a un catálogo de las desgracias posibles, a un inacabable inventario de terrores estadísticos y leyendas urbanas (secuestros al paso, estafas, robos a mano de carteristas, muerte violenta, violación, cortes de cabello involuntario, etc.), no tiene otro fin que familiarizar, protegiendo. Ciertamente, no parece haber nada más divertido que decir o hacer cosas inapropiadas mientras el otro almuerza, por ejemplo (enseñarle, al que se está llevando el tenedor a la boca, una foto del chigüiro que se está comiendo). Acceder a la rutina de esa ingeniosa red de taxis satelitales —que incluso es capaz de mostrarte en vivo la ruta del taxista, su nombre e incluso su fotografía— y depender de ella para moverte en la ciudad, me pone sobre alerta ante ese último efecto liberador que tiene la protección: intuir que, tal vez, en la negociación social con lo latinoamericano, el miedo nos une.

* * *

Colombia: 4,3 millones de desplazados. 42.000 desaparecidos. 250.000 muertos en poco más de 25 años. Perú: 23.969 muertos y desaparecidos reportados. Estimación de muertos totales: 69.280. Más de 150.000 desplazados en poco menos de 20. He ahí otra disonancia: las Olimpiadas de los himnos nacionales también podrían ser las de nuestras desgracias. ¿Quién ocupa el lugar de privilegio entre las estadísticas de los desplazados, los muertos, la corrupción y la violencia? ¿Qué familiaridad en el miedo nos une también en el recuento de nuestras propias historias nacionales del horror?

* * *

Existe en Lima un monumento dedicado a recordar a las víctimas de dos décadas de violencia política. Se llama «El ojo que llora» y, cada cierto tiempo, es dañada por el descrédito de un sector de la sociedad peruana o por el más abierto vandalismo. El informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación que detalló los crímenes terroristas, paramilitares y las responsabilidades políticas de tres gobiernos, diez años después apenas ha impactado a la población de la ciudad. Indiferentes o cínicos, los sucesivos gobiernos —muchos reelectos o ahora en la oposición—, y con ellos la mayoría de ciudadanos, decidieron echarle tierra al horror, en un proceso

amnésico a favor del desarrollo nacional. «Hoy el Perú va bien». Y ese monumento es la condensación de un cementerio masivo de apenas 1.500 metros cuadrados.

* * *

Aquí, en Bogotá, Gabriela Alemán me comentó que habían hecho lo contrario: un cementerio transformado en monumento. La obra de Beatriz González —cuatro columbarios convertidos en una gran instalación de arte — se ubica delante del Parque de la Reconciliación y del todavía no del todo activo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación. Contiguo al Cementerio Central, la zona occidental es un espacio antes destinado a almacenar cuerpos temporales que cada siete años eran extraídos para que las bóvedas fueran ocupadas por otros. Hoy en día sobre las tapas de estas estructuras de hormigón se han pintado imágenes que simbólicamente nos hablan de los muertos que la sociedad carga consigo: trazadas con tinta negra, las imágenes de los cadáveres son transportadas de diferentes modos (en hamacas o guandos), con el fin de recordarle a los bogotanos, no solo la violencia de su historia reciente, sino también a las personas que todavía están recorriendo Colombia en busca de sus familiares desaparecidos.

* * *

Algo que nos preguntábamos Gabriela y yo, el día que fuimos a conocer el Cementerio Central, era dónde habrían acabado los restos que fueron removidos de esas bóvedas. Salvo tal vez por algún funcionario a cargo, tal parece que nadie sabe con exactitud dónde fueron a parar esos huesos doblemente despojados de carne e identidad. Supongo que a partir de esa interpelación nació también el proyecto: los restos de hombres y mujeres pobres a quienes corresponde a veces ese nombre único de N.N. no poseen ni siquiera lo que un cementerio asegura (un espacio donde descansar) y se les condena a esa otra itinerancia indigna, lejos de la ciudadanía de la tierra. Porque ocurre que solo los cementerios (a pesar de los sueños de las autocracias) están hechos para perdurar. O eso es lo que esperamos que ellos hagan. Lo contrario contradice la fe en la muerte, que es mucho más fuerte que la que dedicamos, por lo visto, a la vida.

* * *

El mismo psicólogo León Festinger, que introdujo el concepto de la «Disonancia cognitiva», elaboró una teoría que describía cómo los seres

humanos a menudo logramos resolver dicha tensión. Lo ejemplificó con la fábula de la zorra y las uvas. La zorra quiere comerse unas uvas que cuelgan de una rama muy alta, pero al no ser capaz de alcanzarlas, continúa su viaje y afirma que no están maduras. Nuestra mente funciona igual: frente a todo conflicto de opuestos tendemos naturalmente a inventarnos ideas o creencias que reparen nuestra armonía interna. A nuestra resistencia a matar la domesticamos, por ejemplo, con la idea del buen morir por el amor a ciertos ideales como la patria. A nuestros muertos anónimos los convertimos en monumentos. Y nosotros, a pesar de nuestras diferencias, nos llamamos latinoamericanos.

* * *

Algo que me gusta del Cementerio Central de Bogotá es que se trata de un lugar vacío de ostentación, que trasmite incluso una pacífica atmósfera rural, lejana a la idea monumental de las *necrópolis*. Si pudiera compararlo con un museo, no sería, por ejemplo, el salón de trofeos visiblemente agresivo al que pertenecen las galerías exhibicionistas del estilo del Louvre (digamos, algo más parecido al cementerio de La Recoleta en Buenos Aires). Sería más bien un espacio doméstico, un lugar de extensión mediana, con piezas orgánicas, colecciones sanguíneas, heredadas o adquiridas en la legalidad y por lo tanto meritorias, de distribución amable: algo tal vez más parecido al Museo del Prado de Madrid.

* * *

Uno se encuentra aquí, entrando por la fachada de la Calle 26, en dirección a la capilla, el mausoleo del divino José Asunción Silva y su hermana Elvira. Nada más conmovedor que hallar ambos cuerpos ahora juntos, en ese descanso alto que los parapeta de las maledicencias que molestaron en vida su amorosa relación fraternal: «Y los dos nos miramos y sonreímos». Es conocido que la infeliz vida de Silva terminó cuando resolvió dispararse apuntando al círculo que un amigo médico, Juan Evangelista, le había pintado en el pecho, a la altura del corazón. El destino no fue piadoso con él. Prueba de ello es que la habitación en la que se suicidó es hoy una oficina burocrática de la calle 12C #3-41. Acto agresivo contra el Señor, sus pecaminosos restos estuvieron apartados en un columbario más, cerca de los basurales; y por algún tiempo, no muy lejos de convertirse, al igual que su novela y otras de sus maravillosas herencias, en los despojos de un N.N. comido por la cal y el desinterés.

* * *

Algo digno de atención sobre este cementerio, es que tal vez se trate del espacio de tierra con más presidentes constitucionales por metro cuadrado bajo ella, lo que no es de extrañar si tenemos en cuenta que Colombia posee el mérito de haber tenido tres presidentes en un mismo día. Pero a la observación de esta otra instalación, ubicada en el camellón central del predio y a la cual ha venido en llamarse «el pasillo de los expresidentes», le nace otra disonancia y esta vez supongo que es natural que así sea, dado que ver presidentes y líderes políticos no conmueve tanto la sensibilidad de un extranjero. Los mausoleos de próceres como Santander, presidentes como Virgilio Barco o líderes populares como Luis Carlos Galán, pasaron delante de mí como lo harían viejos restos de la antigua Roma: solemnes, respetados, glaciales. Lo que también, por otra parte, es natural: toda historia oficial, vista fríamente en la distancia, es lo más cercano que tenemos a un cementerio o a un museo.

* * *

El día que lo visité, encontré en el cementerio a un hombre que le hablaba al oído a «El Sordo», la estatua con color de cerveza que adorna la tumba de Leo Kopp, el milagroso empresario alemán que fundó Bavaria. También fue un viajero con una buena historia que contar, aunque ahora, según parece, a lo que se dedica es sobre todo a escucharlas. Me acerqué sigilosamente como antes lo había hecho con Garavito y las niñas Bodmer; pero este, en especial, impresionó mi lado supersticioso con algo que los demás santos informales no alcanzaron a proyectarme, tal vez una devoción de hondas raíces obreras, algo en lo que tal vez yo todavía creo. Debido a ello, mi gesto indeciso no habrá parecido lo suficientemente intimidante como para desviar a mi rival de sus asuntos milagreros, por lo que, al contrario de lo que yo pretendía, se animó a arrimársele todavía un poco más al oído y no se movió de allí.

* * *

Solo tuve una intuición breve, pero suficiente, mientras lo miraba susurrar: puede que ese arranque de franqueza solo se le pareciera demasiado al modo como los solitarios le hablan, en todas partes del mundo, a un barman que les sirve una cerveza en la barra. Pero esto debe ser también verdad: Latinoamérica tal vez sea el último lugar del mundo en donde todavía a esa

borrachera, que parece capaz de librarnos de todo lo que nos rodea, la seguimos llamando milagro.

Gabriela Alemán
(Río de Janeiro, 1968)



Foto: © Alberto Sierra.

Ecuatoriana, exjugadora de basquetbol profesional, periodista y escritora. Estudió Literatura en la Universidad Andina Simón Bolívar, doctorándose en la Universidad Tulane de Nueva Orleáns, y diplomada en traducción por la Universidad de Cambridge. Sus libros, sin eludir las cuestiones locales, inscriben a Ecuador en la cultura universal. Ha colaborado en revistas especializadas de Argentina, España, Japón, Portugal y Ecuador. En 1993 representó a Ecuador en el Encuentro de Jóvenes Escritores, organizado por el INJUVE (Literatura y compromiso) celebrado en Mollina, España. Ha publicado entrevistas y artículos en las revistas *Cultura* y *Eskeletra* de Quito. Ha publicado seis libros de ficción, entre ellos *Body Time* (Planeta, 2003); *Poso Wells* (Aristas Martínez, 2012) y *Álbum de familia* (Panamericana, 2011). En 2007 fue seleccionada por el Hay Festival entre los 39 escritores menores de 39 años más destacados de Latinoamérica.

Mercurio sobre madera

Ryan agarró el rebote y le pasó el balón a Johnson que, con dos movimientos de brazos, cruzó la cancha, se deslizó entre los defensas e hizo una finta que lo colocó entre Gómez y el aro; con los músculos del estómago se impulsó, inclinó la silla hacia atrás, apuntó y encestó. Luego vino la caída más aparatosa de la tarde: el grupo de hombres que lo había cercado se abrió para dirigirse al aro contrario y el ímpetu que lo llevó a recostarse para apuntar, terminó con la gravedad haciendo su trabajo. Cayó de espaldas mientras los otros nueve hombres cruzaban la línea de la media cancha. Mi mandíbula también cayó, fue como si Jordan estuviera tirado en el suelo con un calambre y nadie le ofreciera ayuda. «Parece una tortuga boca arriba», escuché por mi oído izquierdo. Era Gómez Bajarrés, confirmando por enésima vez, que algo en su cerebro no funcionaba. «¿No podés ver los balleneros acercándose? ¿No ves sus arpones y cuchillos?» Ni siquiera intenté responderle. «Nde, ¿no eras ecuatoriana? ¿No sabés nada de las Islas Encantadas?» Dejé de mirarlo y regresé a la cancha, el partido se había reanudado y los argentinos tenían la posesión. Estados Unidos hacía presión de cancha entera; Berdún, uno de los mayores encestadores del campeonato, tenía a dos hombres encima y, al ver al hombre libre, le pasó el balón. Villafane estaba cerca de la línea de tres puntos, tenía un solo brazo y no tenía marca. Apuntó y cuando su hombre se le vino encima en diagonal, soltó el balón, con los ojos todavía sobre el aro. La bola entró, el árbitro pitó *foul* y yo salté del asiento. Se sentía como una final de básquet, era una final de básquet y luego estaba Gómez Bajarrés. «¿Cómo creés que se baña?». El número ocho, Gustavo Villafane, el único jugador con un solo brazo del torneo, estaba por terminar una jugada de cuatro puntos contra Estados Unidos en la final de la Sexta Copa América de Baloncesto en Silla de Ruedas, y Bajarrés continuaba siendo Bajarrés. Por suerte se desentendió de mí cuando descubrió a un tipo con buzo blanco, peinado ochentero, y parches con los colores de Colombia pegados a su ropa. Mientras Villafane

lanzaba el tiro libre el hombre comenzó a explicarle por qué el coliseo estaba del lado de Estados Unidos y pifiaba al titán de un solo brazo a pesar de que Argentina iba dieciséis puntos abajo. Solo una niña de ocho años, sentada detrás de mí, y yo íbamos por los perdedores. Villafane falló y entonces Cristián Gómez agarró el rebote, metió el brazo bajo un defensa y con la fuerza de su muñeca levantó la pelota y encestó. Cuando me paré para aplaudir vi que Gómez Bajarrés asentía y pasaba una mano por su quijada. La explicación que yo no había escuchado parecía haberle convencido.

Todos los seleccionados de los equipos participantes en la Copa América estaban hospedados en el Hotel Tequendama. Canadá venía a defender su título y de los nueve países, los cuatro que quedaran finalistas irían al Mundial en Corea en el 2014. Pero si el campeonato prometía, las sillas de ruedas intimidaban. Pensé en acercarme varias veces pero, dependiendo de la hora en que bajaba en la mañana, los equipos estaban trazando estrategia en el lobby o desayunando juntos en el Salón Rojo. Tenían tomado el Tequendama, doce jugadores por equipo más cuatro técnicos por país, sumaban cerca de ciento cincuenta personas. Piensen en racimos de heptágonos regados por los bajos del hotel formando pequeñas fortalezas infranqueables de sillas de ruedas que había que sortear para llegar a un expresso. Tenían una energía contagiosa y no era sólo la adrenalina del juego. Me quedé varias mañanas merodeando por los sillones, parada detrás de alguna columna tratando de escucharlos. Pero no me atreví a acercarme del todo, no había un equipo ecuatoriano y tenían la mente demasiado ocupada en la competencia como para responder a mis preguntas. No tenía muy claro, además, qué les podía preguntar. ¿Qué se siente jugar en sillas de ruedas? No, no era eso lo que hubiera querido saber. Luego de verlos varios días, su otredad (tan marcada por el aparataje del metal y sus cuerpos) dejó de ser infranqueable, lo que me llamaba como un imán y también me impedía acercarme era su camaradería. Luego de sus reuniones en la mañana se agrupaban en distintas partes del hotel con jugadores de otros equipos para bromear y, en distintas horas del día, los vi bajar por la rampa que daba a la calle como si descendieran sin frenos por una montaña rusa. Levantaban los brazos como si hubieran descubierto instantes antes que habían ganado la lotería, sin ningún temor de estamparse contra las puertas de vidrio o derrapar. Era como una ola y yo quería estar dentro de ella. La última vez que había estado en Bogotá, en ese mismo hotel, había

presenciado una alegría todavía más desenfrenada. Era el 2009 y la capital era la sede de los Juegos Juveniles Parapanamericanos y los equipos también se hospedaban en el Tequendama: todos los setecientos atletas de quince países. Al lado de mi habitación se quedaban seis muchachos con su supervisor. Gritaron todas las noches que estuve ahí, los podía escuchar hablando sobre las competencias, las chicas que habían conocido, los paseos que habían hecho por la ciudad. Encontré un grupo en Monserrate, caminando con la boca abierta mientras miraban Bogotá desde el cerro en la cordillera oriental. Una chica no quitaba los ojos del horizonte, perdida en el mar de edificios y casas. Cuando la neblina descendió y el paisaje se borró, comenzó a gritar convencida de que también se disolvería. Cuando eso no ocurrió, movió los brazos como aspas intentando desaparecer el blanco para abrirle una ventana al sol. En ese viaje también conocí a Gómez Bajarrés. Alguien me había dicho que era paraguayo y yo me había acercado para saludarlo; viví tres años al final de mi adolescencia en su país y quería conocerlo. No solo me ignoró sino que me traspasó con su mirada. Lo más extraño fue que tres días después tocó a mi puerta de madrugada y, cuando entreabrí medio dormida, me dijo que llevaba cinco días sin dormir, que sus vecinos adolescentes tenían las hormonas alborotadas y que sus noches colapsaban entre chillidos interminables de placer sofocado. Estaba fuera de sí. Yo ni sabía que había registrado mi nombre. Antes que me dijera qué hacía allí, escuchó las risas de mis vecinos al despertar e hizo una mueca de horror y sin decir nada más se alejó por el corredor. Cuando bajé me entregaron un libro que había dejado para mí en recepción, *Buenos Aires, humedad*. Era extraordinario aunque su autor sufriera, estaba convencida, de algún grado del síndrome de Asperger (lo confirmé cuando nos encontramos en Argentina tres años después). Y ahora volvía él y la misma algarabía, en un tono menos efervescente, pero tan marcada como entonces.

Llegamos a Kennedy, al suroccidente de la ciudad, cerca de las dos de la tarde. Iba a tomar un taxi en las afueras del hotel cuando apareció Gómez Bajarrés, dispuesto a acompañarme. Calculé las posibilidades de entablar una conversación en el trayecto y entonces le sugerí que fuéramos en Transmilenio, así tendría algo más que hacer que escuchar el zumbido molesto de su voz camino a la final del campeonato. Desde la ventana del bus vi cómo se sucedieron todos los climas y microclimas posibles mientras mi acompañante no dejó de hablar de la fiesta de la noche anterior, donde

nos habíamos encontrado. La organización había contratado a «Los Reyes del Vallenato» para amenizar la despedida de los equipos participantes y, a la una de la mañana, cuando pasé frente a las puertas abiertas del Salón Rojo, la fiesta estaba prendida. En el trayecto al Coliseo Cayetano Cañizares no dejó de preguntarme por qué nadie había bailado la noche anterior cuando la música era tan buena. Seguí calculando su grado de autismo, ni siquiera me escuchó cuando le recordé que era un campeonato en sillas de ruedas. Chispeaba cuando llegamos al coliseo, era agosto y época de cometas y, a lo lejos, se veía a varias planeando bajo el cielo gris. Alcanzamos los últimos minutos entre Colombia y México, por el tercer y cuarto puesto, y me di cuenta que si no comía algo Gómez Bajarrés y la atmósfera me iban a noquear. Le pregunté si había comido y como dijo que sí, salí sola a la calle. Le pregunté a un caramelero por un sitio dónde comer y me señaló uno en la esquina. Era un comedor con toldo y ventanas de plástico donde varias mesas estrechas miraban hacia un pequeño televisor que pasaba una serie norteamericana de veinte años atrás. Compartí mesa con dos desconocidos y, mientras esperaba la comida, le pregunté a uno de ellos por qué el barrio se llamaba Kennedy. No supo decirme pero el camarero me escuchó y se lo preguntó al dueño. Sobre el ruido de la televisión me contó que cuando sus padres se mudaron John F. Kennedy había visitado Bogotá y que, con créditos de la Alianza para el Progreso, se había urbanizado el barrio. Después me sirvieron la mejor mojarra frita de mi vida y en menos de quince minutos estaba de regreso en el coliseo.

Si el básquetbol es un deporte de contacto que fuerza al cuerpo, el que se juega sobre silla de ruedas es de una exigencia brutal. No solo se arrastra una fortaleza por la cancha sino que hay que moverla a gran velocidad. Una silla puede pesar hasta cuarenta libras y la defensa apuesta a chocar contra el contrincante siempre que hay un quiebre rápido. A lo largo de la final se sucedieron las caídas. Daba igual lo aparatosas que fueran (de espalda, lado o frente), para enderezarse los jugadores practicaban un protocolo que era una cosa imbuida de gracia que permanecía flotando en el aire y conducía hacia el futuro: rotaban en ángulos de cuarenta y cinco grados (en dos movimientos si cayeron de espalda, en uno si lo hicieron de costado), hasta quedar de frente, ajustaban las abrazaderas, estiraban los brazos y se incorporaban. Sólo un *cyborg*, con absoluto control sobre el cuerpo y la máquina, podía llevar a cabo tres movimientos que lo colocaran en vertical sobre la cancha con tanta elegancia. Las sillas no eran solo sillas relucientes

como mercurio. Eran máquinas de última generación, fabricadas con titanio o aluminio 7000, con un diseño que permitía un deslizamiento y una adhesión segura. Las sillas tenían a sus costados dos ruedas grandes en ángulos de setenta grados y, al frente, un aro metálico que sostenía el marco donde descansaban las extremidades (cruzadas por abrazaderas), que terminaban en dos pequeñas ruedas. En la parte posterior, otro par le daba estabilidad a la silla. El ajuste del asiento y su altura dependía de la posición en que se jugaba y del grado de control muscular y funcionamiento que tuvieran los jugadores. Por lo demás, se jugaba en una cancha reglamentaria y con un aro de la misma altura que en el basquetbol regular. Cuando el canadiense James Nainsmith inventó el básquet, en 1891, solo era un deporte para ocupar a los universitarios en el invierno, cuando no se podía salir afuera. En ese entonces lo jugaban unos tipos desmañados y torpes que corrían por una cancha dribleando una pelota de fútbol hacia una canasta de duraznos. Podían gastar todo el partido en pasarse la bola, pues no había impedimento alguno para hacer eso en lugar de lanzar. Pero en 1954, cuando se inventó el reloj de veinticuatro segundos, nació algo parecido a lo que existe ahora: un juego rápido, de estrategia, con puntajes altos y con la defensa como columna vertebral del juego. Y el basquetbol sobre silla de ruedas que se jugaba en la Sexta Copa América era eso y era más. Era mercurio deslizándose sobre una superficie de madera y también era ese mercurio partido e inasible, escapándose fuera de los límites de lo que se pudiera reconocer. Gracias a las sillas los jugadores podían girar 360° durante las jugadas y, para romper la defensa, bloquear al atacante cerrándose como esclusas.

«Perdieron», me dijo Gómez Bajarrés. Miré el reloj y le dije que aún faltaban dieciséis minutos. «No, no», movió la cabeza, «pifian porque perdieron». No sabía de qué hablaba. «El público, pifian a los argentinos porque le ganaron a Colombia ayer y los sacaron del primer y segundo puesto». Esa era la explicación que me había perdido al principio del partido; también podía ser que apoyaran a Estados Unidos porque Kennedy dejó su huella en el barrio y lo hacían por una cuestión histórica pero no se lo dije. «Nde, están así porque, además, Colombia les ganó en la ronda preliminar». Seguí sin decir nada y eso le molestó. «Chera'a, no entendés, son tan buenos como ellos pero no les pudieron ganar». Sonó un pito y Esteche fue a la línea. A pesar de que Argentina ahora estaba veintitrés puntos abajo, el coliseo seguía pifiándolos. Dejó de dirigirse a mí y

murmuró, «la miseria ama la compañía» y después no dijo nada más y, aunque lo busqué luego del pitazo final, no volví a encontrarlo. Estados Unidos ganó 61 a 36 y Colombia, México, Argentina y Estados Unidos clasificaron para el Mundial. Se comenzó a preparar la ceremonia de clausura y, mientras el coliseo se vaciaba de gente, volvió la energía del hotel. Bajé hasta la cancha y me paré al lado de un comentarista deportivo que transmitía en vivo. Hacía un resumen de lo que había sido la Copa América, mencionó que era la primera vez que tres países latinoamericanos clasificaban a un Campeonato Mundial y que el año pasado, en las Paralimpiadas de Londres, Colombia había sido el único representante continental (dejando fuera a Brasil, Argentina y México) y que su próxima participación en Corea no era azarosa. Cuatro de sus jugadores jugaban en ligas europeas y uno en Estados Unidos, y el Festival de Verano de Bogotá, ahora en su diecisieteava edición, llevaba varios años invitando a los seleccionados presentes en la Copa a participar de encuentros amistosos; esa constancia había generado confianza y mejores resultados en las tablas de clasificación.

Pensé que algo tan reconocible debía sonarme familiar pero no era así. Había sido jugadora, por eso había ido al partido y había espiado a los equipos en el Tequendama. Jugué como centro para el Club Olimpia en Paraguay y en la Liga Cantonal Suiza. Sabía algo de pertenecer a un grupo pero ese grado de felicidad, no. No me sonaba familiar. Todos los equipos, tanto los que ganaron y clasificaron como los que perdieron seguían montados en la ola y la ola no acababa de quebrarse. El comentarista había obviado algo, no dijo que esos encuentros regulares en la capital habían creado conexiones y que de esas conexiones habían nacido vínculos de amistad. Esa era la energía. Eso era lo que corría por el Tequendama y desbordaba al Cayetano Cañizares: amistad.

Bogotá la albergaba.

RODRIGO BLANCO CALDERÓN
(CARACAS, 1981)



Foto: © Alberto Sierra.

El más joven de nuestros invitados, Rodrigo Blanco es escritor y profesor universitario (Letras, UCV). Una de las voces más interesantes de la narrativa venezolana actual. Ha publicado los libros de cuentos *Una larga fila de hombres*, *Los invencibles* y *Las rayas*. En 2005 obtuvo el premio de autores inéditos de la editorial Monte Ávila, mención cuento. En 2006 ganó el concurso de cuentos del diario *El Nacional*. En 2007 fue seleccionado para formar parte del grupo Bogotá 39. En 2010 obtuvo el segundo lugar en el Premio Letras del Bicentenario, Sor Juana Inés de la Cruz, Mención Cuento, que organiza el Estado de México. En 2011 fundó, junto a Garcilaso Pumar y Luis Yslas, la editorial Lugar Común. Es entusiasta lector del escritor Ricardo Piglia.

Mi primera y última cena con Jaime Garzón

Los fantasmas sí existen,
pero no hay que creer en ellos.
PEDRO GÓMEZ BAJARRÉS

1

Llegué a Bogotá la noche del 4 de agosto de 2013. Dejé las maletas en mi habitación del Hotel Tequendama y salí con mis anfitriones a comer algo. Fuimos a un local por La Macarena y no habíamos terminado la primera cerveza cuando ya estábamos comparando cicatrices.

Empezamos por un balance de los desastres que los huracanes Uribe y Chávez habían dejado a su paso en nuestros países. Luego, pasamos a una radiografía más profunda: qué tipo de violencia nos caracterizaba. A pesar del famoso comienzo de Ana Karenina, era la infelicidad la que nos permitía reconocernos.

Esa misma noche escuché la historia de Jaime Garzón. La tragedia que supuso para él ser un comediante mordaz en un país donde los paramilitares (por mencionar sólo una de las partes del problema) tienen tanto poder. Al día siguiente, manguareando por Google, vi que mi tercera visita a Bogotá coincidía con tres fechas importantes: el aniversario 475 de la fundación de la ciudad (6 de agosto de 1583); la conmemoración de los 194 años de la batalla de Boyacá (7 de agosto de 1819); y los catorce años del asesinato de Jaime Garzón (13 de agosto de 1999).

De las dos primeras fechas podían encargarse los cronistas y los historiadores oficiales, o los bogotanos, que son quienes en realidad pueden medir la relación que guardan con las fechas patrias. De la tercera fecha sí podía encargarme yo, a mi manera. De ladito, como quien quiere olvidarse de algo y no puede. Ahora, desde la tranquilidad de una biblioteca universitaria del *Midwest* norteamericano, puedo decir que esa semana

estuve silenciosamente a la espera del 13 de agosto (yo me marchaba el 14), como si ese hubiera sido el lapso prometido para alguna especie de revelación.

Al día siguiente, caminando por el trecho en que la carrera séptima se vuelve peatonal, junto a un puesto de chucherías, veo a una señora que también vende retratos. Sólo hay tres: Jorge Eliécer Gaitán, Andrea Echeverri y Jaime Garzón.

Los Aterciopelados fue uno de mis grupos favoritos en la adolescencia y Andrea Echeverri un amor platónico que aún me hace suspirar. Días después pregunto por ella, como si se tratara de una ex. Me cuentan que está medio volada con el asunto de la ecología, la Pacha Mama y los chacras.

Gaitán, apellido de sonoridad ya explosiva, es sinónimo de Bogotazo, que a su vez me remite al Caracazo. Diferentes formas de transformar una ciudad en una sartén aporreada que llama a la guerra civil.

A pesar de que reconozco su rostro, que me recuerda al de Héctor Lavoe, le pregunto a la señora:

—¿Quién ese señor, que lo veo en todas partes?

—Ay, ese es Jaime Garzón.

Y comienza a contarme la historia. Al principio, duda. Se le confunden las fechas y los culpables. Luego escucho las líneas generales de la trama, que ya conozco, pero la señora remata:

—Aquello fue como un segundo Bogotazo. Todo el mundo salió a la calle a protestar.

A Gaitán lo mataron el 9 de abril de 1948, a la salida de un edificio que no queda muy lejos de donde estoy con la señora, según me enteraré después al ver la placa conmemorativa. La señora se ve llevada por la vida, es cierto, pero no como para tener 65 años. ¿Puede, en verdad, recordar el Bogotazo? Después de todo lo que significó y aunque no lo hayan vivido, ¿hay alguna manera de que algún colombiano *no* lo recuerde?

Al final, le compro unos chicles, le doy las gracias y sigo mi camino. Empiezo a pensar que Carlos Yushimito tiene razón, que los fantasmas sí existen.

2

El Hotel Tequendama da miedo. Es elegante, lujoso en sus áreas comunes y nos recuerda al de *El resplandor*. En los largos y fríos pasillos que conducen a los restaurantes, hay fotos de épocas pasadas y de huéspedes famosos, pero en ninguna aparece Jack Nicholson.

Carlos Yushimito, A.K.A «Yushi», está en su elemento. Se ha impuesto la tarea de ser un «detective paranormal». Cada mañana, armado de noticias escuetas y rumores, sale a la busca de los fantasmas de la ciudad. Al principio, todos nos reímos de estas ocurrencias, pero lo cierto es que pronto estaremos hablando a cada rato de fantasmas. Gabriela Alemán llegará a ver uno, en el cuarto de la lencería. Yo sólo llegaré a ver cómo el aire de algunos sucesos más o menos lejanos amenazan con materializarse. Pero no pasaré de enlazar uno que otro rasgo común, un rostro anodino en una nube que se vuelve amenazante.

Los hombres en sillas de ruedas, por ejemplo.

Esa semana, el Tequendama hospeda a las selecciones nacionales de los países que están compitiendo en la VI Copa América de Baloncesto en silla de ruedas. Al principio, me agrada ver el lobby copado a ciertas horas por los jugadores, especie de *X-Men*, mitad hombre mitad titanio, que supieron evolucionar junto con sus cuerpos. Sin embargo, con el paso de los días, empezaré a sentir cierta inquietud.

En la portada de *El Espectador* leo la denuncia de personas que han quedado en sillas de ruedas por culpa de algún conductor borracho. Las víctimas y sus familias piden al presidente Santos que tome medidas más enérgicas contra los culpables. Pienso en mi abuelo Carlos, que estuvo confinado a una silla de ruedas desde los 27 años hasta el final de su vida. La verdad, no sé por qué pienso en él, pues mi abuelo quedó así por una enfermedad. Y además fue comisario y hasta sabía manejar un jeep que le habían adaptado a sus necesidades.

Tiene más sentido que piense en los personajes de *La luz difícil*, novela del prodigioso Tomás González que conseguí entre los estantes de esta bien surtida y culposa biblioteca universitaria de los Estados Unidos. La novela de González narra la zozobra que provoca Jacobo en su familia: su decisión de acabar con una vida llena de dolores, después de haber quedado paralítico por los desmanes de un «barco ebrio». El libro de Jacobo me hace comprender lo que me azoraba cada vez que veía a los jugadores en el lobby del hotel: por más encomiable que sea el esfuerzo actual, lo que sea que pasó en un principio, no debió haber pasado.

Algo parecido me sucederá cuando indague sobre los grafitis que ahora adornan los túneles, las paredes y los recodos de Bogotá. No me llamará tanto la atención la estética de los trabajos, ni la incorporación del grafiti a la arquitectura de la ciudad, sino la historia detrás de aquella licencia: la historia de Diego Felipe Becerra, un grafitero de 16 años que fue asesinado por un patrullero de la policía metropolitana de Bogotá, el 19 de agosto de 2011.

Al muchacho lo trataron de convertir en un delincuente, lo que agravó el impacto de este crimen en la sociedad colombiana. La familia, según leí en periódicos recientes, está pidiendo una indemnización multimillonaria. Las paredes de Bogotá lucen muy bonitas y los grafiteros de la ciudad tienen una especie de permiso, de mirada gorda por parte de las autoridades, que pagaron con sangre. De todas formas, el arreglo no me cuadra. El grafiti no tiene por qué ser tolerado por el Estado (perdería así su fuerza contestataria) y el Estado no tiene por qué asesinar a un muchacho indefenso.

En lo que parece un exceso de simetría, nos enteramos que esa semana, pero en Miami, otro grafitero colombiano moría asesinado por la policía, esta vez con un «taser», una pistola de choques eléctricos.

Cada fantasma hala para su lado.

3

No se trata de ser malagradecido y pagarle a la ciudad que te invita en su aniversario con un relato de puros pesares, pasados y presentes. Es que narrar la felicidad tiene algo de pornográfico. Por una parte, es el pudor el que me impide enumerar la cantidad de cosas hermosas que encontré en este viaje. Por otra, es la envidia. Envidia mala, como toda verdadera envidia, por la educación en el trato, la buena comida, el sistema de bibliotecas, proyectos editoriales como los famosos «Libros al Viento», hermosas librerías como la del Fondo de Cultura Económica o la entrañable Casa Tomada, o el simple y nada desdeñable hecho de tener una mínima fortaleza institucional que frene las dictaduras barnizadas de democracia del nuevo milenio.

En otras palabras, envidia por ver que Bogotá, mal que bien, tiene todo lo que no tiene la Caracas «socialista» del siglo XXI.

También está el hecho de que Pilar Quintana y Toño García nos hicieron pagar tanta felicidad y tantas atenciones llevándonos al lugar más feo de la

tierra y que queda, todo hay que decirlo, en Bogotá. Se trata de La Cuadra Picha, o «piche», como decimos en Venezuela para denotar algo rancio, podrido, anacrónico y desagradable. Aún tengo pesadillas en las que un enjambre de porteros me obliga a entrar en un antro ofreciéndome cerveza a dos mil pesos.

Sin embargo, no me arrepiento. Cuando le conté a mis amigos venezolanos que viven en Bogotá que había ido a la Cuadra Picha, que ellos sólo conocen de oídas, me miraron con una secreta envidia. Había conocido una parte sustancial de los bajos fondos, una especie de caverna de Platón llena de gandules que se bambolean al ritmo de casi todas las tendencias musicales estruendosas posibles. Una zona de tolerancia, de desmadre, sobre la cual reposa el orden matutino.

4

El último día en Bogotá, una vez cumplidas las actividades programadas en diversas librerías y universidades, apenas tuve de tiempo de hacer un veloz recorrido por las librerías de viejo del centro. Buscaba *Jaime Garzón, el genial impertinente*, de Germán Izquierdo, y *El palacio sin máscara*, de Germán Castro Caycedo. Resulta que también me había dejado impresionado la historia de la toma del Palacio de Justicia en 1985. No conseguí, ni en edición pirata, ninguno de esos libros. De ese último día de compras nerviosas, sólo me traje, por recomendación expresa de Antonio García Ángel, una novela de un escritor paraguayo, totalmente desconocido para mí, que resultó ser una pequeña obra maestra: *Buenos Aires, humedad*, de Pedro Gómez Bajarrez.

La novela transcurre, por supuesto, en Buenos Aires y está protagonizada por un escritor paraguayo que ha ido a parar a esa ciudad por una razón incierta, que el mismo personaje desconoce pero de la cual no tiene la más mínima duda. Hay, no obstante, un capítulo especial. Ese en el que el protagonista, que, por cierto, no tiene nombre, decide escapar momentáneamente a Bogotá. El escritor llega a Bogotá y se hospeda en el Hotel Tequendama. Desde el principio, el escritor presiente que algo va a pasar. Quiero decir, que algo va a pasar en el hotel. Extrañamente, esta certeza lo lleva a escribir, a romper con la sequía de meses que lo estaba conduciendo a la locura. La escritura, en ese sentido, lo salva, pero también activa un juego de espejos, pues todo lo que escribe empieza a suceder en la

ciudad. Entre otras cosas, el episodio horroroso de la toma del Palacio de Justicia, hasta en sus más mínimos detalles.

Afortunadamente, el narrador no dice el número de la habitación en que se hospeda el personaje. Este, asustado por lo que siente que ha provocado, le entrega su manuscrito a un escritor colombiano que al leerlo, lo denuncia. Después de un viacrucis burocrático y policial de dos días, el personaje regresa a Buenos Aires donde lo recibe una delgada llovizna.

Cuando lo leí, entendí la recomendación de Toño García. No se trataba simplemente de un buen libro. Era una representación de ese sentimiento que me ganó desde que pisé Bogotá: la ciudad como un vasto sistema de signos y presagios. No puedo describir, entonces, la perplejidad que sentí cuando recibí su respuesta a mi entusiasmado email después de la lectura: Toño no tenía idea de cuál libro le estaba hablando. Claro que recordaba el título y el autor y el haberlo recomendado, pero la trama que yo resumí no tenía nada que ver con la novela que él había leído.

Aún sigo pensando que todo fue una broma de Toño. Reviso las páginas que marqué, subrayo una frase que me puede servir para el texto sobre Bogotá y busco el colofón del libro. Dice que el libro fue publicado en el año 1985. Caben dos hipótesis: el libro fue publicado después de los sucesos de la toma del Palacio (con lo cual Gómez Bajarrez incurriría un pecado de grosero oportunismo histórico) o el libro fue publicado antes (lo que sería suficiente, como diría Quiroga, para una noche de insomnio).

5

Regreso al hotel un poco decepcionado. No conseguí lo que buscaba y ese libro que tengo en las manos aún no me dice nada. Las calles lucen tranquilas. Me había hecho la macabra ilusión de que el aniversario de la muerte de Jaime Garzón provocaría algún movimiento entre los bogotanos. «En la calle no, pero el Twitter está encendido», me comenta alguien.

Desde la ventana de la habitación veo un autobús lujoso y enorme y una multitud en caravana. ¿Una marcha por la muerte del comediante? No. Una procesión festiva en honor a Nairo Quintana, el ciclista colombiano triunfador en la Vuelta a Burgos. Trato de fotografiar la celebración desde la ventana, pero la foto sale borrosa. Dejo de preocuparme tanto. Bogotá está al otro lado del cristal y sus dolores y sus celebraciones me están vedadas. A menos que decida dejar de ser un ave de paso y permanecer. Sólo en ese instante podré exigirle algo a la ciudad, a cualquier ciudad.

Al anochecer comienza la desbandada. Yushi y Tachi son los primeros en dejar la casa de Pilar Quintana y salir hacia el aeropuerto. A Gabriela Alemán y a mí nos toca partir al día siguiente. Voy junto con Valentín Ortiz y su novia a buscar algo de cenar. Gabriela decide irse al hotel a descansar. ¿O puede ser que se haya quedado desde temprano en el hotel y no nos haya acompañado a casa de Pilar? Ya no lo recuerdo. Sí recuerdo que bajamos hasta la misma calle de La Macarena a la que me llevaron la primera noche en Bogotá.

Entramos a un restaurante llamado «El Patio», escogido como al azar.

—Este era el lugar preferido de Jaime Garzón —me comenta Valentín cuando nos sentamos.

Detrás de mí hay varios retratos del comediante.

13 de agosto, me digo.

Reviso el menú y de inmediato un plato me llama la atención: «Arroz a la Garzón (el preferido de Jaime)».

Se sabe que cuando se viaja al país de los muertos no se debe aceptar ninguna comida. Un solo bocado y ya queda uno atrapado para siempre. ¿Era esta una invitación del propio Garzón? ¿Era esta su forma de halarme para fijar en mí su recuerdo de manera indeleble?

Entonces recordé, aunque aún no la había leído, la frase de Gómez Bajarrez: «Los fantasmas sí existen, pero no hay que creer en ellos».

—¿Ya saben qué van a ordenar? —dijo el mesonero.

—Sí —respondí convencido.

Iowa, septiembre de 2013.



La Rebeca es un monumento representativo de la ciudad. Fue contratada por el Ministerio de Obras Públicas a la Marmolería Italiana de Tito Ricci, por un costo de 500 pesos. Se instaló en 1926 en el desaparecido Parque Centenario, homónimo del actual, y luego fue trasladada a la calle 26 con carrera 13. La escultura original tiene en la mano derecha una concha marina para sacar agua. En nuestro logo de *Bogotá Contada* lleva un libro. Al fondo, Monserrate.
Foto: © Alberto Sierra.

RODRIGO REY ROSA
(GUATEMALA, 1958)



Foto: © Alberto Sierra.

Después de abandonar la carrera de Medicina en su país, residió en Nueva York (donde estudió Cine) y en Tánger. En su primer viaje a Marruecos, en 1980, conoció a Paul Bowles, quien tradujo sus tres primeras obras al inglés. Entre sus novelas y relatos destacan *El cuchillo del mendigo*; *El agua quieta* (1992), *Cárcel de árboles* (1992), *Lo que soñó Sebastián* (1994), *El cojo bueno* (1995), *Que me maten si…* (1996), *Ningún lugar sagrado* (1998), *La orilla africana* (1999), *Piedras encantadas* (2001), *Caballeriza* (2006), *El material humano* (2009), *Severina* (2011), *Los Sordos* (2012). Ha sido traductor de Paul Bowles, Norman Lewis, Paul Léautaud y François Augiéras. Su obra le ha valido el Premio Nacional de Literatura de Guatemala Miguel Ángel Asturias en 2004. Ese mismo año llevó al cine, dirigida por él mismo, su obra *Lo que soñó Sebastián*.

Su obra destaca por el manejo del lenguaje que auna dos cualidades: economía y precisión, generando una escritura austera. De ella dijo Roberto Bolaño: «Leerlo es aprender a escribir y también es una invitación al puro placer de dejarse arrastrar por historias siniestras o fantásticas». Sus tramas están atravesadas por el suspenso permanente y lo que algunos llamarían la historia oficial.

Cita en bogotá

Durante los quince años que viví fuera de Guatemala dependí, para casi todas mis lecturas, de las bibliotecas públicas o de las de mis muy pocas —pero muy importantes— amistades letradas. En Guatemala la biblioteca pública es una institución casi extinta. (La Biblioteca Nacional de Guatemala es un cadáver en lentísimo pero avanzado proceso de descomposición.) En ese tiempo mi armario y mi biblioteca compartieron una gran valija, en la que cabían, en la categoría Libros, apenas unos cuantos volúmenes que me han acompañado desde entonces: las *Obras completas* de Borges en la edición Emecé, que yo frecuentaba como supongo que un alma religiosa frecuentará la Biblia (ningún día sin leer por lo menos un poema de aquel grueso libro de tapas verdes) y que me hizo gravitar hacia las bibliotecas de cada ciudad que visitaba en busca de los autores que citaba o fingía citar Borges; la *Gramática de la lengua castellana* de Andrés Bello; el diccionario Vox en la edición prologada por don Samuel Gili Gaya y Menéndez Pidal, y la colección de cuentos, la novela o el poemario de turno.

Recuerdo dos o tres bibliotecas de Nueva York, en las que me refugiaba del excesivo frío o el excesivo calor. La de la novena calle y Las Américas me deparó el descubrimiento fortuito, en 1980, del curioso libro *De lo sublime* de Pseudo Longinus, que fue una influencia importante en mis primeros ejercicios, aunque me temo que lo entendí muy mal. (Quizá si lo hubiera entendido menos mal hoy sería otro escritor.) Recuerdo casi tan bien como esas lecturas el olor de los *homeless* y los *winos* que iban allí tarde tras tarde y se sentaban cerca de los radiadores silbantes o los grandes ventiladores. (Solía hacer la reflexión de que, si la suerte no me era propicia, yo bien podría terminar como cualquiera de ellos.) En Tompkins Square —territorio de *pushers,* prostutitas y *pimps* hasta que los desalojos neoliberales que comenzaron en los noventas convirtieron al East Village en un vecindario *chic*— la biblioteca me permitió conocer la vida de los

misioneros de ciudad, que buscaban adeptos entre los desplazados y los delincuentes. La gran Biblioteca de la calle 42, custodiada por sus leones de piedra, era un templo en el que entré muy pocas veces, tal vez por un curioso sentimiento de culpa ¿o instinto de conservación? Durante una de mis poquísimas visitas robé, empujado por una compulsión que aún no llego a explicarme, un pequeño libro que devolví a la biblioteca años más tarde, por correo. (*The Fount of Fiction,* el libro robado, era una curiosa recopilación de mitos griegos que también fue un influjo importante durante mis primeros años de escritor.) En Tánger, en busca de las lecturas en español que no podía conseguir en la pequeña y concentrada biblioteca de Paul Bowles, acudía a la Biblioteca Española Ramón y Cajal, que en aquel tiempo exhibía en sus vetustos anaqueles obras casi imposibles de encontrar en bibliotecas mejor surtidas, como los ocho volúmenes de la *Historia de los heterodoxos españoles* de Menéndez Pelayo, la *Biblioteca de Autores Españoles*, la colección completa de la *Revista de Occidente*... La inolvidable, pequeña biblioteca de la sociedad teosófica de Madrás, un acogedor y reducido laberinto de libros situado en un chalet a la inglesa en medio del bosque de palmas y banianos en la costa de Coromandel. Con sus escalinatas en forma de caracol para alcanzar los anaqueles más altos y su rica colección de textos esotéricos, tenía algo de *borgeana* y por eso me parecía que era perfecta, a excepción de la añosa dama hindú que hacía de bibliotecaria en el tiempo en que la frecuenté, a finales del año 2000, que no me tenía mucha confianza y me hacía sentir poco bienvenido. De vez en cuando, con el pretexto de revisar algún libro en un anaquel en mi proximidad, con muy poco disimulo soltaba un gas silencioso y mortífero, y luego, con cara de satisfacción, volvía a su sitio detrás de un pequeño escritorio indio con adornos de marquetería.

LA PRIMERA VEZ QUE VISITÉ BOGOTÁ, poco después de mi periplo indio, conocí la Biblioteca Luis Ángel Arango. No recuerdo si llegué allí por mi cuenta o si fui acompañado por algún delegado de la feria del libro, a la que había sido invitado. Lo cierto es que el edificio y las instalaciones interiores —una impresión de mármol y vidrio y silenciosos pasillos de libros— me deslumbraron. El hecho de que pude encontrar allí todo lo que iba buscando (y más: asistencia para autodidactos, cabinas de investigación, pianos para lectores de música, videotecas) me la hizo parecer una biblioteca ideal. Me dije a mí mismo, mientras andaba por uno de sus corredores en pendiente

en busca de la salida, que en una ciudad, por inhóspita y fría que fuera —y en el 2001 Bogotá era inhóspita, por violenta, y el clima no era muy acogedor— con una biblioteca así sería posible vivir bien. Volví a visitar Bogotá siete años más tarde, y ya era otra ciudad: menos violenta, más acogedora. Volví a la gran biblioteca y volví a pensar que Bogotá, por aquel lugar nada más, podía ser una buena ciudad para vivir —y tal vez, por qué no, también para lo otro.

DURANTE MI ÚLTIMA VISITA A BOGOTÁ hice una ronda de las bibliotecas. Conocí la espectacular Virgilio Barco, curvilínea y luminosa, diseñada por Rogelio Salmona, y la de El Tunal, que podrá ser un barrio feo, pero que tiene una hermosa biblioteca, que visitan unas 4.000 personas al día, un lugar donde las madres entretienen gratis a sus niños, donde un borrachín desocupado puede entrar a burlar la mona o unos adolescentes inquietos se reúnen alrededor de computadoras y videojuegos. Lugares como este —pensé mientras la recorría en compañía de los colegas escritores invitados a dar una charla allí— también pueden ser un focos de saludable subversión. Los inconformes, los rebeldes sin causa, los defensores de las causas perdidas, los escritores, en fin, no podemos desdeñar esa clase de lugares. Así como la memoria y la imaginación pueden ser subversivas —si llevan a los individuos a rebelarse contra sí mismos— las bibliotecas, una especie de memoria colectiva, lo son en similar medida para una ciudad. Nos permiten percibir la inteligencia (y algunos prejuicios) de otros seres humanos, más o menos distantes en el tiempo y en el espacio, cuyos rastros han ido acumulando allí las generaciones.

EN GUATEMALA ACABABA DE ANULARSE la sentencia por genocidio al general Efraín Ríos Montt, y varios detalles del debate acerca de la palabra «genocidio» revoloteaban todavía en mi cabeza. Una mañana de lunes, en el taxi que me había llevado del Chicó —donde me alojaba— a la Biblioteca del Tintal, en el occidente de Bogotá, yo había oído un radioreportaje sobre «el Genocidio de la UP». En Guatemala la palabra ha adquirido un sentido jurídico *un poco diferente* del que parece tener en Colombia, y esto me llamó la atención.

La defensa del exgeneral guatemalteco, sobre todo la defensa que se llevó a cabo en los medios de comunicación, se había centrado en negar la figura de genocidio. Aunque parecía indudable que el Estado guatemalteco

era culpable de la muerte de unos doscientos mil civiles —pertenecientes la mayoría de ellos a algunas de las veintidós etnias mayas del país, y entre los que había un altísimo porcentaje de niños, mujeres embarazadas y ancianos — como el motivo de su exterminio fue político, esas matanzas no podían constituir genocidio —razonaba la inteligencia guatemalteca. Además, alegaban muchos, los compromisos económicos que contraería el Estado para con las víctimas, de admitirse la figura de genocidio, resultarían en la bancarrota del país. Y por lo tanto, era antipatriótico defender la causa de las víctimas, pese a que, desde luego, las desgracias humanas que habían ocurrido durante más de tres décadas de conflicto interno eran lamentables. Pero —advertían— quienes se empeñaban en buscar culpables y llevar a cabo una venganza, estaban dividiendo de nuevo al país y serían los culpables de una nueva guerra entre los guatemaltecos... Aunque la anulación de la sentencia obedeció a una supuesta violación del «debido proceso», la gran mayoría de los juristas, los columnistas de opinión y los analistas políticos estaban de acuerdo en que no era conveniente usar la figura de genocidio.

Después de oír aquel reportaje radiofónico —mientras las congestionadas calles de Bogotá se desgarraban a izquierda y a derecha y de vez en cuando entraban por las ventanillas del taxi ráfagas de vallenato y de salsa o bocinazos y el olor del dióxido de carbono y el aire frío de la sabana a la altitud de 2.600 metros— me preguntaba: ¿En qué consistirían las diferencias de interpretación acerca del más grave de los crímenes en los dos países latinoamericanos con las guerras intestinas más prolongadas y cruentas del continente, países que, por tantas otras cosas (bibliotecas aparte), me parecían tan similares entre sí?

Al bajar del taxi el día era otro; el azul había desaparecido, y de una panza de burro color plomo rezumaba una llovizna finísima y helada. La imponente, blanca biblioteca Zapata Olivella (obra de Daniel Bermúdez, y que antiguamente funcionó como planta de tratamiento de basuras), para mi sorpresa, estaba cerrada: los lunes por la mañana no atienden al público, me dijo una muchacha que parecía estar a la espera de alguien cerca de la entrada. Decidí buscar una parada del Transmilenio para dirigirme al Centro. Había algo de británico, pensé, en el orden que la gente observaba en la estación. Una mujer policía con su chaleco fosforescente me indicó qué bus tomar y dónde trasbordar para llegar al barrio de La Candelaria, que está al pie de los abruptos, boscosos cerros orientales. Después de

viajar un rato distraídamente escuchando diálogos en distintos acentos colombianos, mientras veía estampas urbanas que muchas veces recordaban la ciudad de Guatemala, tuve que preguntar a mi compañero de asiento dónde podían leerse los nombres de las estaciones —aunque eran anunciadas por un altoparlante con una voz aflautada de viejecito pastuso: *Banderas y Mandalay; Marsella y Pradera*... El caballero de traje completo y bigotito que viajaba a mi lado señaló a mi izquierda, y vi por la ventanilla del bus que allí, frente a mis ojos un poco miopes, esmerilado en la transparente pared de vidrio de la estación, estaba el nombre que yo había estado buscando en vano: Jiménez.

Salí de la estación y, en lugar de hacer el trasbordo, preferí ir andando hasta el barrio de La Candelaria, donde está la Luis Ángel Arango, que quería visitar una vez más. De nuevo, por las calles bullentes con ventas de ropa, de electrónicos y de piñatas me pareció que Guatemala y Bogotá eran ciudades hermanas. En cualquier caso, fuera de la hipoxia, que me hacía suspirar de vez en cuando, no me sentí como un extraño, y al cabo de una media hora corta estaba a las puertas de la gran biblioteca.

Franqueados los cancerberos que guardan la entrada (las bibliotecas son espejos del universo, dijo alguien) en las bibliotecas bogotanas que he tenido la suerte de visitar siempre están los ángeles, dispuestos a guiarte en tu viaje por el laberinto de los libros. Con la ayuda de uno de estos me sumergí durante algún tiempo en los archivos, que son como las entrañas de las bibliotecas. De la biblioteca general pasé al archivo de ciencias jurídicas y de ahí a la hemeroteca. No hay más que dos entradas para la palabra en cuestión, comprobé. Una se refiere a la aprobación de la ley contra el genocidio en la constitución colombiana, que data de 1959. La otra se titula: «Los delitos de lesa humanidad no prescriben. Una norma de carácter internacional puede ser tenida en cuenta para tipificar el delito de genocidio», y es del 2010.

Para muchos expertos guatemaltecos la oración «El genocidio es un delito internacional que comprende cualquiera de los actos con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal» obsta para que las matanzas de guatemaltecos durante el conflicto interno, por causas confesadamente políticas, fueran motivo para enjuiciar a nuestro exgeneral, acusado por la fiscalía como responsable de una campaña de exterminio que eliminó al 33,61 por ciento de la etnia maya-ixil —en el noroccidente de Guatemala— que en ese entonces

sumaba unas 85.000 personas. Los jueces colombianos tenían otra querencia al leer la misma frase; enfrentados con otro caso de exterminio humano programado, ellos llegaban a estas conclusiones:

> Se ha dicho hasta el momento [13 de mayo del 2010] que el crimen de genocidio se hizo positivo a nivel internacional con la suscripción y entrada en vigor [en 1948] de la Convención para la prevención y sanción del delito de genocidio, en el cual se consagran unas razones por las cuales el mismo se puede cometer; esto es: «con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso», pero no se estableció la pertenencia a un grupo 'político', razón por la cual se presenta, en principio, un grave impedimento para predicar la existencia de un genocidio cuando el mismo se comete con la intención de atacar un grupo o a un miembro del mismo con dichas calidades o por la pertenencia a aquel […] Al respecto deben recordarse las reglas de interpretación de los tratados internacionales consagradas en la Convención de Viena de 1969 […] donde se estableció que los tratados internacionales constituyen los parámetros generales y mínimos de protección de los derechos y de los principios de derecho internacional, los cuales deben ser desarrollados de forma específica por cada uno de los Estados, lo que no es óbice para ampliar el umbral de aplicación cuando, de forma general, se cumplen todos los requisitos que en dichos tratados y convenios se han determinado...

Así, el exterminio de civiles a finales del siglo XX por las fuerzas del Estado en Colombia, ha sido calificado de genocidio, tomando en cuenta que:

> [...] se trata de un proceso de exterminio de una fuerza política legal [el partido político Unión Patriótica, 1.163 miembros del cual fueron ejecutados extrajudicialmente entre 1985 y 1993] en un Estado considerado democrático y en el que se supone la existencia de una institucionalidad ajustada a las normas de derecho. La perpetración del genocidio en sí misma pone en duda tal condición democrática y cuestiona seriamente esa institucionalidad toda vez que las modalidades de persecución utilizadas han conjugado tanto formas legales —a través de disposiciones de carácter jurídico y administrativo— como medidas ilegales —«guerra sucia», operaciones encubiertas, acción paramilitar, etc. [...] Cabe destacar que los graves hechos de persecución se han llevado a cabo durante un prolongado periodo que abarca dos décadas y seis gobiernos de diferente filiación política, lo que demuestra que la intencionalidad persecutoria ha perdurado en el tiempo, y ha tenido unas consecuencias determinadas para el grupo político y la convivencia en Colombia [...] Si bien es cierto que el delito de genocidio por razones políticas no está estipulado en dicha normatividad [...] las circunstancias que rodean al caso de la UP sí contienen elementos que se configuran como tal y se identifican con la esencia de la definición del crimen que se discute [...] Por ello: Ningún gobierno o Estado, especialmente el judicial, puede desconocer estos valores y principios que *antes que estatales son humanos* y que necesariamente se integran en el sistema de derecho interno, de ahí su obligatoriedad si no se quiere dar cobertura a la barbarie —concluye la Sala Penal de la Corte Suprema de Justicia colombiana, y amplía así el concepto de genocidio para su propia legislación.

DEJÉ DE LEER Y DEVOLVÍ LOS INFOLIOS, satisfecho de mi modesto hallazgo, mientras otros lectores hacían los suyos o daban un pestañazo en

medio del silencio libresco; uno oculto detrás de un *Tiempo* desplegado, otro con la cabeza sobre un grueso libro de tapas de cuero negro.

Es claro que Colombia tiene muchas más y mucho mejores bibliotecas que Guatemala, pero parece imposible establecer alguna relación entre este hecho y la aparente humanidad de sus jueces. Como tampoco parece posible determinar si la indigencia de las bibliotecas públicas guatemaltecas tiene alguna relación con la mezquindad interpretativa de los más altos magistrados guatemaltecos, que decidieron, con el pretexto de defender lo que ellos llaman «el debido proceso», anular la sentencia condenatoria a un exgeneral que había sido encontrado culpable de genocidio —el genocidio del pueblo ixil, uno entre varios de los cometidos por el Estado guatemalteco durante el gobierno de Ríos Montt— por un tribunal de primera instancia.

El cielo bogotano había vuelto a despejarse; el sol resplandecía en la calle y picaba en la frente. Lichtenberg escribió que un amigo suyo creía que las bibliotecas se convertirían en ciudades. Yo —sin correr el riesgo de la originalidad— he pensado que las ciudades tienden a convertirse en cárceles. ¿Y quién dijo que en las bibliotecas de las cárceles no debía haber censura porque no tiene sentido censurar las lecturas de los condenados? Estas cosas iba pensando mientras andaba deprisa y suspiraba (la altura, sin duda) camino de un restaurante en el mismo barrio de La Candelaria, donde tenía una cita sentimental a la que no quería llegar tarde.

PILAR QUINTANA
(COLOMBIA, 1972)



Foto: © Alberto Sierra.

Después de una vida itinerante y diversos trabajos, se dedicó a la literatura. Ha publicado tres novelas y una colección de cuentos, *Caperucita se come al lobo* (Cuneta, 2012). Su carrera empezó cuando publicó *Cosquillas en la lengua* (Planeta, 2003). Luego de la publicación de *Coleccionistas de polvos raros* (Norma, 2007) fue seleccionada por el Hay Festival entre los 39 escritores menores de 39 años más destacados de Latinoamérica. En 2010 recibió el VIII Premio de Novela La Mar de Letras en España por esa novela. *Conspiración iguana* (Norma, 2009) es su tercera novela. Sus cuentos han aparecido en revistas y antologías de América Latina, España, Italia, Alemania, Estados Unidos y Filipinas. En 2011 participó en el International Writing Program de la Universidad de Iowa, como escritora residente, y en 2012 en el International Writers Workshop de la Universidad Bautista de Hong Kong, como escritora visitante. Una escritura ágil, contundente, descarnada y profunda, ubican a esta caleña como una de las voces femeninas más importantes de la literatura contemporánea colombiana.

Las guerras

6 de noviembre de 1985:
La Toma del Palacio de Justicia

Ese día, cuando llegué del colegio, me encontré con mi mamá consternada frente al televisor. En esa época la programación solo iba de 11:30 a.m. a 1:30 p.m. y de 4:30 p.m. a 11:30 p.m. Eran las dos y media de la tarde, así que debía estar pasando algo extraordinario, como el Tour de Francia o los Juegos Olímpicos, y mi mamá podía estar consternada porque en esos eventos a veces pasaban cosas increíbles, como que Lucho Herrera se cayera de su bicicleta, se levantara con la cara ensangrentada, siguiera pedaleando y llegara de primero a la meta.

Lo que mi mamá estaba viendo era la Toma del Palacio de Justicia.

No sé muy bien qué mostraba el televisor a esa hora. Las imágenes que han permanecido conmigo son las que han presentado los medios a lo largo de los años: los militares, afuera, haciéndose señas y avanzando hacia el objetivo; el pañuelo blanco que un rehén agitaba desde una de las ventanas; los tanques de guerra entrando por la puerta principal; el Palacio en llamas; los rostros pálidos y asustados de los rehenes que salían del edificio, ilesos y escoltados por los militares, hacia el Museo Casa del Florero en la acera de enfrente.

Trece de ellos nunca regresaron a sus casas. De once, no se volvió a saber nada. En la Toma del Palacio de Justicia hubo once desparecidos y casi cien muertos. Murieron todos los guerrilleros que participaron en el asalto, menos una que logró escapar. Murieron magistrados, servidores públicos, empleados de la cafetería, escoltas, conductores, visitantes y hasta un transeúnte. Muchos murieron calcinados, otros por proyectiles de armas de fuego que no pertenecían a la guerrilla y algunos más por las granadas y cargas explosivas que el ejército puso en el edificio. Murieron seis de los mil soldados que sirvieron en la retoma.

Algunos de los rehenes rescatados por el ejército fueron llevados de la Casa del Florero a instalaciones militares, donde los torturaron. Los insultaban, los pateaban, les quemaban las manos con parafina, los vendaban, los acusaban de guerrilleros, los obligaban a confesar informaciones que no tenían y a delatar a personas que no conocían, los amenazaban con hacerle daño a sus familias, les introducían agujas bajo las uñas, se las arrancaban, los dejaban días enteros sin comida y sin agua, los colgaban de los pulgares, a las mujeres las amenazaban con violarlas y a los hombres los golpeaban en los testículos. Dice la gente que para desaparecer los cadáveres de los torturados los metieron en barriles llenos de ácido sulfúrico.

La toma guerrillera había comenzado a las once y media de la mañana. Cuando llegué del colegio, el ejército ya había puesto en marcha la retoma. Creo recordar que, en medio de las imágenes de las calles desiertas aledañas al Palacio, se oían los balazos y las explosiones. Yo estaba en Cali, donde nací y crecí, pero sabía perfectamente que el Palacio de Justicia quedaba en la Plaza de Bolívar, la principal de Bogotá y el país, al lado opuesto del Congreso y a una cuadra de la Casa de Nariño, donde vivía el presidente. Pero yo tenía trece años entonces y casi todo me valía huevo. Mi mamá tuvo que insistir en la gravedad de la situación.

«El M-19 se tomó el Palacio de Justicia», dijo, «¡este puede ser el fin del país!»

El fin del país era que los guerrilleros llegaran al poder. Era volvernos Cuba, un país donde la salud y la educación eran gratis y todo el mundo era igual de pobre. La profesora de religión nos había contado que allá les decían a los niños que le pidieran un helado a Dios y que luego de que Dios no les traía el helado, les decían que se lo pidieran a Fidel, quien sí se los traía. Era un país ateo y malo.

Hasta entonces me había parecido que el M-19 era una guerrilla *cool*. Se había promocionado por la prensa en una campaña publicitaria, se había robado la espada de Bolívar y las armas de una instalación militar, haciendo un túnel en la tierra. También hacía la guerra y mataba gente. Pero lo que prevalecía en mi mente eran sus acciones espectaculares y no sus crímenes, tal vez porque en Colombia matar es cosa de todos los días, y por el aura que tenían sus guerrilleros, gente de clase media y de universidad, mucho más cercana a nosotros, los citadinos, que los campesinos que militaban en el ELN o las FARC. Además, contaba la gente que el M-19 secuestraba

camiones de leche para repartirla entre los pobres. Yo creía que eran como Robin Hood y que si usaban las armas era porque no les quedaba alternativa y querían un país mejor. En esa época todavía no pensaba que la guerra estaba enquistada en Colombia ni sabía que es un negocio rentable.

Recuerdo que seguí mirando la televisión un rato, no tan preocupada como mi mamá, y que luego me aburrí. Me aburrí con los balazos y explosiones de la vida real que cruzaban el ejército y la guerrilla de mi país en pleno centro de Bogotá. No se me ocurrió que aquello pudiera ser una manifestación de la guerra. La guerra era lo que pasaba en las películas y en las calles de Beirut, no en las de Bogotá. Además, lo decían todos, en Colombia la guerra solo ocurría en el campo.

1988-1993: Pablo escobar

Unos compañeros y yo estábamos haciendo un trabajo de la universidad cuando de pronto sentimos un estallido. Todas nos quedamos paralizadas menos Alvarito, el único hombre del grupo, que pegó un brinco descomunal, se cogió el pecho con las manos y gritó, «¡La bomba!» Entonces nos dimos cuenta de que lo que había explotado era el bombillo de una lámpara. Primero nos reímos aliviadas y luego empezamos a burlarnos de Alvarito. Nos burlamos toda la noche y los días que siguieron. Estábamos en cualquier lado, hablando de cualquier otra cosa, cuando de repente alguna de nosotras decía, sin que viniera a cuento, «¡La bomba!», y nos cagábamos de risa. Hasta Alvarito se reía. Yo creo que si nos burlamos tanto de él era porque nos habíamos asustado igual.

Entre 1988 y mediados de 1990, cuando llegué a vivir a Bogotá para estudiar en la universidad, habían estallado dieciocho bombas en el país. En Medellín habían explotado nueve, el mayor número, pero las seis de Bogotá habían sido las más virulentas, las que habían tenido cargas explosivas más potentes y matado más gente.

Yo estaba en Bogotá el 29 de mayo de 1989, el día de la primera de esas bombas. Había ido a presentar los exámenes de admisión a la universidad. En el momento de la explosión iba con mi prima en un bus, rumbo al paradero de buses de su universidad, que quedaba en la calle 61 con avenida séptima. La bomba había estallado a cuatro cuadras de distancia, pero, aún no me explicó por qué, no la oímos. La séptima, llena de carros y gente a toda hora, de pronto se quedó vacía. Me acuerdo de mi sensación de

extrañeza: aquello parecía el momento siguiente a un terremoto. Cuando llegamos al paradero de buses, nos dijeron que nos devolviéramos a la casa, que había estallado una bomba y que no había clase. Volvimos. Mi tía estaba desesperada, dando vueltas por la casa y fumando. Corrió a abrazarnos. Se había imaginado lo peor.

Todo el mundo sabía que las bombas las ponían Los Extraditables, cuyo lema era «Preferimos una tumba en Colombia a una cárcel en los Estados Unidos», y que Los Extraditables eran Pablo Escobar. Los curas de la universidad nos invitaron a marchar por el referendo. Decían que el país necesitaba una nueva constitución y que el apoyo de los estudiantes era definitivo. A mí no me gustaban las marchas estudiantiles porque muchas terminaban en peleas contra la policía, con piedras y explosivos. Para esa época ya no pensaba que usar armas estaba justificado. A esta sí fui porque los curas prometieron que sería pacífica, porque pensé que era bonito tener una nueva Constitución y, sobre todo, porque quería que Pablo Escobar dejara de poner bombas.

No lo hizo aunque la nueva Constitución prohibió la extradición, ni luego de que se entregó, ni cuando estuvo preso en una cárcel que él mismo había construido, ni cuando se escapó y tuvo encima al Bloque de Búsqueda, un ejército de hombres dedicado exclusivamente a capturarlo. Las siguió poniendo en avenidas concurridas y en centros comerciales y ahora era mi mamá la que vivía, desde Cali, el calvario del miedo. En esa época no había celulares y uno tenía que llamar desde teléfonos públicos, si encontraba uno que sirviera, o esperar a llegar a la casa para avisar que estaba bien. Pablo Escobar solo dejó de poner bombas cuando las balas lo alcanzaron en el tejado de una casa y murió descalzo, sobre un charco de sangre.

AGOSTO DE 2013:
EL PARO CAMPESINO

Al principio, el paro campesino era una cosa lejana que pasaba en las carreteras bloqueadas de Colombia y en las noticias. Llegó a mi casa, una semana después, cuando mi vecino me dijo que fuéramos al cacerolazo y que nos compráramos unas ruanas. «Están carísimas», dijo.

Esa noche, en vez de salir al cacerolazo, me fui a teatro con mi novio. Tomamos la avenida Quinta para evitar la congestión. Había policía en todas las cuadras y, al cruzar las esquinas, veíamos el torrente de gente con ruanas y cacerolas marchando por la séptima. Avanzaban pacíficamente

pero se sentía tensión en el ambiente, como cuando está a punto de pasar algo.

La mañana siguiente, el portero de mi edificio, que estaba viendo las noticias, me dijo, «Esto parece Siria», y los dos nos reímos por la comparación. Algunos amigos hicieron mercado para abastecerse de alimentos, por si luego se agotaban. También se habían puesto carísimos. Por la tarde, las calles de mi barrio estaban cerradas. Vivo en La Macarena, a pocas cuadras de la Universidad Distrital. Los estudiantes estaban peleando con la policía y se oía el estallido de las papas explosivas y me llegaba el olor irritante de los gases lacrimógenos. Ese día yo me iba de viaje para Chocó y mi novio vino a despedirse. Hicimos el amor mientras afuera había una guerra, que lo era, aunque en Colombia sigamos pensando que la guerra es solo lo que pasa en el campo.

Suena en nuestros oídos y nos estalla en las narices, pero estamos tan acostumbrados a ella que no nos damos cuenta, nos parece normal, nos causa risa o le quitamos importancia y seguimos la vida como si nada estuviera pasando.

Cuando llegué a Chocó esa noche, vi en las noticias a los encapuchados que dañaron el espíritu pacífico de la marcha ciudadana en apoyo a los campesinos. Atacaron estaciones de Transmilenio, destrozaron locales comerciales y saquearon supermercados. La ciudad se militarizó y hubo toques de queda, tiroteos, desmanes de la fuerza pública, muertos y heridos. «Un bogotacito light», escribió uno de los tuiteros que sigo.

9 DE ABRIL DE 1948: EL BOGOTAZO

Yo no había nacido entonces pero las imágenes de archivo y las películas me muestran que la Bogotá de esa época era una ciudad sofisticada, con tranvía y gente de sombrero y traje. Yo me la imagino más fría y encapotada de lo que es ahora, una ciudad casi en blanco y negro.

Jorge Eliécer Gaitán era el candidato a la presidencia por el Partido Liberal, un tipo que escribió las «Bases para una política revolucionaria en Colombia» y que decía, en sus discursos, «Pueblo, por la derrota de la oligarquía, ¡a la carga!» Lo mataron a tiros cuando salía de su oficina en el centro de Bogotá. Un desempleado, de nombre Juan Roa Sierra, fue acusado del crimen. La multitud linchó al presunto asesino y luego se desmandó contra la ciudad.

Bogotá quedó destruida, por primera vez, y La Violencia, como se le conoce a esa guerra, siguió en el campo. Dicen que fue ahí cuando empezó todo, pero yo no estoy tan segura. La guerra entre liberales y conservadores ya venía ocurriendo y antes había pasado la de los Mil Días, en la que participó mi bisabuelo, y antes de eso estuvieron las de la Independencia y las de la Conquista y, antes de que llegaran los españoles, las del zipa Tisquesusa y el zaque Quemuenchatocha y, aun antes, las de los Muiscas y los Panches por el control del territorio donde hoy se asienta Bogotá.



La Torre Colpatria es, por ahora, el edificio más alto de Colombia. El octavo de América Latina. Está ubicado en la unión de la avenida Eldorado con la carrera séptima y es un lugar emblemático de la ciudad. Foto: © Alberto Sierra.

BERNARDO FERNÁNDEZ, «BEF»
(CIUDAD DE MÉXICO, 1972)



Foto: © Alberto Sierra.

Novelista y dibujante de cómics. Diseñador gráfico por la Universidad Iberoamericana. Ha publicado las novelas *Tiempo de alacranes* (2005), *Gel azul* (2004), *Ladrón de sueños* (2008), *Ojos de lagarto* (2009) y *Hielo negro* (2011); los volúmenes infantiles *Soy el robot* (2010) y *Cuento de hadas para conejos* (2007); los libros de cómics *Monorama* volumen 1 y 2; el libro de humor gráfico *¡Cielos, mi marido!*, y las novelas gráficas *Espiral* y *La calavera de cristal* (esta última con guión de Juan Villoro). Su obra narrativa se ha traducido a cinco idiomas y su gráfica se ha exhibido en exposiciones en México, Estados Unidos y Francia. Entre sus reconocimientos se cuentan: 1er Premio Nacional de Novela Otra Vuelta de Tuerca (por *Tiempo de Alacranes*), el Premio Memorial Silverio Cañada a mejor primera novela policíaca de la Semana Negra de Gijón (por *Tiempo de Alacranes*), el Premio Ignotus de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (2007, *Gel azul*) y fue finalista del Premio UPC (2004, *El estruendo del silencio*).

En 2011 Bef, con su novela *Hielo negro*, ganó el premio Grijalbo de Novela. Actualmente divide su tiempo entre la narrativa, la gráfica, con su compañía de diseño Bésame Mucho, y el taekwondo.

POSTALES DE BOGOTÁ

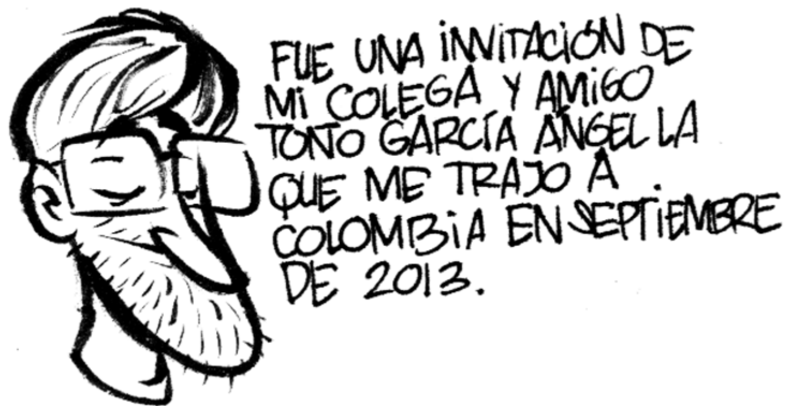
So this is Bogotá... Where's the beach?

—ATRIBUIDA AL GATO GARFIELD

EN EL AVIÓN, DOS GRINGOS VIENEN de *shorts* y chancletas. Desde la fila para abordar me queda claro que son militares. Los delatan las cabezas rapadas, el libro de artes marciales que lee uno de ellos. Tras el vuelo de cuatro horas aterrizamos en una ciudad helada. Después me entero de que es una visión común: norteamericanos semidesnudos que piensan que toda Colombia es una jungla tropical. No puedo dejar de sentir cierta alegría malsana al verlos tiritando de frío, a la hora de esperar su transporte.



«¿A QUÉ VAS A COLOMBIA?», me preguntan los amigos. «¿No es muy peligroso?», dicen otros. Este país tiene muy mala prensa. Sobre todo, la que escriben los no colombianos.



La segunda sorpresa, después del clima, son los edificios de ladrillo. Aquí se construye hacia arriba, a diferencia de México D.F. con su subsuelo gelatinoso. Asocio desde mi infancia los edificios altos con la bonanza económica de un país (aquellos viajes infantiles a Texas). Por ello, mi primera impresión es la de una ciudad próspera y ordenada. Lo que para los bogotanos es un *tranco* fenomenal es apenas un pequeño atasco en mi ciudad natal. Aparentemente el tráfico fluye ordenado. Sin embargo, esta visita estaba destinada a ser la de un peatón en una ciudad que al viajero mexicano parece más europea que latinoamericana.



Colombia es el país más parecido a México de toda Latinoamérica. Siempre lo he pensado y lo confirmo en esta visita. Las calles del centro bogotano bien podrían estar en alguna ciudad mexicana, una mezcla entre Guadalajara y el D.F. Me siento muy en casa. La sensación se reafirma al hospedarme en un hotel de gran tradición: en uno de sus muros aparecen los

rostros de sus más distinguidos huéspedes. Al lado de Gabriel García Márquez, John F. Kennedy, Neil Armstrong y el Dalai Lama aparecen Cantinflas y ¡Chespirito!

CAMINAR POR LAS CALLES DEL CENTRO desde la fuente de la Rebeca hacia la Plaza Bolívar es como hacer un viaje en el tiempo a pie. La torre Colpatria se eleva en su sobria majestuosidad, con sus costados tapizados de pantallas de leds que por las noches le dan un aire a aquellos edificios de *Blade Runner.* Pero a medida que se avanza por la carrera séptima, ahora convertida en una vía peatonal, propios y extraños avanzan hacia el pasado colonial de Bogotá.

CAMINAR POR LA CARRERA SÉPTIMA es unirse a un desfile permanente de visitantes, locales y *freaks*. Desde vendedores de todo tipo de baratijas y golosinas hasta ejecutivos de traje y portafolio, los seis estratos socioeconómicos de Bogotá parecen darse cita en esta vialidad.

LOS *DESECHABLES*, así es como llaman aquí a los sin casa que han tomado las calles. Los *clochards* locales.

TODOS LOS DÍAS PASO AL LADO de una mujer que vende dulces en un puesto callejero. Las primeras veces me mira desconfiada, con unos ojos verdísimos. Sonrío. Para al final, cada que nos cruzamos nos saludamos con un gesto de amigos.

BOGOTÁ OFRECE UN PAR de estampas *cyberpunk* al visitante de mirada aguda. La primera de ellas es un peculiar modo de piratería digital encarnado en hombre y mujeres, normalmente aquellos que atienden los puestos de dulces, que ofrecen sus teléfonos celulares a quien necesite hacer una llamada urgente, por módicos 200 pesos. Casi en cada esquina hay un hombre o mujer de torva estampa, con varios celulares colgando del cinturón, suspendidos de un resorte como en un cuento de Bruce Sterling.

La segunda son las llamadas busetas: autobuses compactos que cubren las rutas que el Transmilenio dejó fuera. Construidas en China, Japón o los Estados Unidos, estos camioncitos han sido tropicalizados por sus conductores. Las sobrias líneas de diseño de sus fuselajes quedaron cubiertas de colores brillantes (rojos, verdes metálicos, amarillos) y llevan

al frente vistosos letreros que anuncian sus destinos en colorida tipografía. No hubo oportunidad de subirme a ninguna y lo lamento. Desde la calle, los altares que colocan los choferes en el tablero me hipnotizaron.



(SÉ QUE A LOS BOGOTANOS los nombres de sus barrios les son cotidianos, pero al visitante no le pasa desapercibido la dulce sonoridad que anuncian las busetas al frente: Tibabita, Usaquén, El Pañuelito, Soratama, Pantanito, Porciúncula, Espartillal, Chapinero Norte, etcétera.)

AQUÍ, EL MUSEO de Arte Moderno de Bogotá se llama... ¡¡¡MAAAAAAAAMBOOOOO!!!

«YO NO CREO QUE COLOMBIA tenga *tan* mala fama en el extranjero», dice un escritor bogotano durante una cena. «Claro que sí», le decimos al unísono María, que es colombiana, y yo. Su expresión se tuerce en molestia. Sólo se calma en el momento en el que le digo «Igual que México».

DEPORTE EXTREMO: cruzar las calles de Bogotá. Los conductores no frenan ante los peatones. Malacostumbrado a que los conductores mexicanos lo hagan (de muy mala gana, por cierto) me lanzo como suicida frente a varios autos. El resultado: insultos a gritos y bocinazos.



«¿QUIÉN ES ESE?», pregunto al ver el rostro de un tal Jaime Garzón, al que se le rinde tributo en un grafiti monumental. Me explican la historia del humorista político asesinado, del crimen que permanece impune. «¿Y quién lo mató?», pregunto. «Se sospecha de los paramilitares», me contestan. Cae un silencio. «Pero como ya mataron a los que lo mataron, pues...», dice alguien más. «Eso es lo que sucede con nosotros», tercia otro, «estamos tan acostumbrados a las historias violentas que ya no las vemos».

EN COLOMBIA, hasta las feas son bonitas.

ME SORPRENDE AGRADABLEMENTE el amor que hay por lo mexicano en Bogotá. Parece que hubiera más restaurantes de comida mexicana por metro cuadrado que en México. Ello es producto de un fenómeno que me explican en varias ocasiones y se resume en una frase de cruel contundencia: «El colombiano de clase alta quiere ser inglés, el de clase media gringo y el de clase baja, mexicano».

HAY CALLES DE BOGOTÁ que podrían estar en Londres o Toronto. En La Soledad me encuentro con casas de tipo inglés fondeadas por altos edificios de acero y cristal, algo que sólo había visto en Canadá.

HAY EN LA CALLES DE BOGOTÁ una notable presencia militar. Hombres y mujeres uniformados caminan por las calles, orgullosos. Me llama la atención, viniendo de un país donde la presencia militar es signo de violencia extrema relacionada con el narco. Contrapuestos a los malencarados soldados mexicanos que patrullan las calles de lugares

conflictivos como Reynosa o Torreón, en Colombia me topo con una mujer hermosa enfundada en *camouflage*, acompañada de su esposo e hijo. Los tres sonríen, algo que nunca he visto hacer a un soldado mexicano.

«¿Y LA VIOLENCIA?», pregunto a varias personas con molesta insistencia. Todos coinciden: los peores años quedaron atrás. No hay quien no tenga una anécdota incómoda (o trágica). Efectivamente, en las calles se respira la tensa tranquilidad de todas las grandes ciudades. Pero no me siento amenazado. Inevitablemente pienso en aquel chiste que se dijo en mi país cuando empezamos nuestra propia guerra al narco: «Antes temíamos que México se colombianizara, ahora Colombia teme mexicanizarse».

VINIENDO DE UN PAÍS profundamente racista, descubro una peculiaridad bogotana que le hago notar, acaso imprudentemente, a mis anfitriones: «Veo negros en la calles, vendiendo dulces o pidiendo limosna, pero no los veo sentados en los restaurantes ni en las librerías, por ejemplo». La observación incomoda. Me explican que ésta no es una ciudad de profundas raíces africanas, pero que en lugares como Cali o Cartagena los ves por todos lados, incluidos los museos y los restaurantes. Asiento, consciente de mi impertinencia, y cambio de tema.

DURANTE MI ESTANCIA en la ciudad llega la noticia del fallecimiento de Álvaro Mutis en la ciudad de México. Los medios de ambos países se vuelcan a dar condolencias, lamentar el deceso y destacar la biobibliografía del poeta. Nuestras dos naciones unidas en el luto.

EL ACENTO BOGOTANO me hipnotiza. Es de una dulzura que no se escucha en ningún otro lado. Lo mismo sucede con los acentos de otras regiones del país. Bromeo con los locales sobre cómo se escuchan con tan suave entonación las órdenes de un narco: «Me le corta las piernas al hijueputa gonorrea ése, pa’ que aprenda».

NO HAY STARBUCKS en Bogotá. Sería ridículo.

LA OFERTA gastronómica es alucinante. Este debe ser el único lugar del mundo donde a la hora de preguntar por comida tradicional el visitante es llevado a una cadena de hamburguesas local, donde hay más de treinta

variaciones colombianizadas de este plato. Más allá de eso, es posible encontrar restaurantes que sirven recetas de todos los rincones del país, una nación sorprendentemente extensa y, por lo tanto, variada.

DESCUBRO UNA GRAN CANTIDAD de frutas exóticas inexistentes en otros lados. «¿Qué es esto?», le pregunto a una mesera en el buffet de mi hotel, al señalar un fruto que para mí proviene como de Marte. «No sé cómo se llama», contesta, encongiéndose de hombros. La bautizo como la «cosa rara colombiana» y es un manjar exquisito.

PEQUEÑO PERO MUY COLOQUIAL diccionario bogotano-chilango[1]:
Tirar = Coger
Marica = Güey (como apelativo groseramente cariñoso)
Bareta = Mota
Mamerto = Rojillo
Gomelo = Fresa
Echar un huevo = Echar un palo
Parchar = Cotorrear
Pichar = Parchar
El parche = La palomilla
La patota = La bola de cuates
Chino, Pelado = Chavo, Morro
Estar jincho = Andar pedo
Estar trabado o troncho = Estar pacheco o grifo
Estar arrecho = Andar cachondo
Bacano, Chévere = Chido, Chingón
Y así sucesivamente...

...Y DE PRONTO, a la mitad de la visita los días anteriores se me volvieron un suspiro y los que me quedaban en la ciudad me supieron a brevedad...

NUNCA ENTENDÍ EL SISTEMA de numeración de las calles. «Es como en Nueva York», dicen orgullosos los bogotanos. Lo que para los locales es de una lógica diáfana se vuelve información críptica para el visitante: «Vivo en la catorce con la setenta», dice uno ante un interlocutor que de inmediato se

sitúa en el mapa imaginario de su cabeza. Yo, por más que lo intenté, nunca logré descifrar el código. Debo ser medio tonto.

En una biblioteca comunitaria, en un barrio popular, me reúno con niños de una escuela para jovencitos con problemas de aprendizaje. Han leído algunos libros míos. Me hacen preguntas. Al final, piden tomarse una foto conmigo. Al acomodarse, queda a mi lado un flaquito que avanza sonriente a brincos. Sólo hasta que está a mi lado descubro que no tiene una pierna.

El 16 de septiembre la Torre Colpatria ostenta la bandera mexicana con una felicitación a mi país por la independencia nacional. Me muero de la vergüenza, pero al regresar a México no di con un solo mexicano que sepa cuándo se conmemora la independencia de Colombia.

Hacia el final de mi estancia subo a Monserrate. En la fila me encuentro con varios turistas mexicanos que me hacen sentir avergonzado: «¿Un billete de cien mil pesos? Acá traigo el enganche de mi auto», bromean mientras yo quiero ponerme una bolsa de papel en la cabeza o hablar con acento venezolano.

«¿Desde acá arriba se ve Ciudad Bolívar?», preguntó en Monserrate. No. Aunque nunca voy para allá, me queda claro que hay dos Bogotás, divididas por una línea que separa el norte del sur. De c.b. sólo veo fotos. En ellas no hay edificios de ladrillo rojo ni rascacielos con pantallas de leds.

Y aunque hasta el nombre de Ciudad Bolívar me suena como de ciencia ficción (me remite a la Ciudad Andina de Luis Noriega), no deja de sorprenderme ver en las fotos que entre las calles sin pavimentar, las casas improvisadas de tabique con techos de cartón y las polvaredas —que tanto se parecen a las de la mexicana Ciudad Nezahualcóyotl, disculpen la insistencia con los paralelismos—, entre toda esa pobreza, decía, la gente *sonríe.*

Colombia, *MIND YOU,* ocupa el tercer lugar del índice mundial de felicidad. Después de diez días en Bogotá, no me sorprende.

A UNAS HORAS DE QUE ACABE mi visita, veo desde lo alto cómo se pone el sol y se iluminan casas y edificios. Debo ser un cursi porque pienso en la sonrisa del muchachito sin pierna, en la de los niños de las fotos de Ciudad Bolívar. Y con el aire helado soplando desde las montañas en mi espalda, sonrío también.

[1] Gentilicio coloquial, originalmente peyorativo, aplicado con irónico cariño a los habitantes de la ciudad de México.

ADRIANA LUNARDI
(SANTA CATARINA, BRASIL, 1964)



Foto: © Alberto Sierra.

Vive en Río de Janeiro y es licenciada en comunicación social y guionista. *Vísperas*, su segundo libro de cuentos, fue publicado en Brasil y Portugal y traducido al francés y al croata. Los nueve cuentos que lo componen, traducidos por Leopoldo Brizuela para la edición argentina, pueden pensarse como la construcción de un canon propio, homenaje a la memoria de nueve escritoras de excepción, como lo fueron Virginia Woolf, Dorothy Parker, Sylvia Plath, Katherine Mansfield, Zelda Fitzgerald, Colette y las tres compatriotas de la autora: Clarice Lispector, Ana Cristina César y Julia Da Costa. El lenguaje de Lunardi es capaz de recrear, con sutileza, el último trozo de vida antes de la muerte.

Siete postales de Bogotá

Traducción de Julio Paredes

1. La Macarena, zona M

Querida A.,

Tengo aquí papel, bolígrafo y una taza de café colombiano. En lugar del Corcovado, la Cordillera de los Andes en la ventana, ¿lo crees? El círculo en bolígrafo al reverso indica la localización del barrio donde vivo, en un edificio de *tijolos* a la vista, llamados aquí ladrillos. La mesa en la que escribo es la primera pieza del mobiliario del apartamento. La compré de segunda mano, con una silla, en una calle del centro histórico que los domingos se transforma en un *bric-à-brac*. Artesanías, ropa, objetos de colección: hay de todo, hasta minutos, vendidos en quioscos, que por el contrario no ofrecen periódicos ni revistas. Vi, en el recorrido por la calle exclusiva para peatones, una presentación de conejillos de indias de carreras. Los bichitos permanecían encogidos, uno al lado del otro, en una solidaridad que parecía miedo. A la orden del dueño, uno de ellos avanzaba hasta entrar en una de las ocho o nueve casitas sobre las que depositaban las apuestas. Es un poco tonto contar esto en una primera carta. Tal vez esperabas noticias sobre mi nueva rutina. Cuando nos despedimos en el aeropuerto, al final de la Filbo, yo no sabía el motivo exacto que me hizo desistir de agarrar el avión. Solo hasta ahora puedo decir lo que ocurrió conmigo. Pasé un año, lo has de recordar, con la mano endurecida, incapaz de escribir un verso. Y entonces en la primera noche en Bogotá sentí en los dedos una especie de irrigación. Me senté en el escritorio del hotel y, en una cura repentina, las palabras comenzaron a correr por la hoja de papel, asustadas y tímidas, como los conejillos de la calle 24, sin preguntar el porqué. La casa del poeta es donde él escribe, por eso me quedé. Localizarse en la ciudad es fácil, tiene el trazado de un tablero de ajedrez. Avanzo cuadra a cuadra, en este comienzo, como un peón sin estrategia que

tiene la misión de llegar hasta el otro borde y transformarse en reina. A veces me falta el aliento. Dicen que es el soroche, efecto de dos mil seiscientos metros de altura sobre el organismo. Para mí, es el oxígeno nuevo de otro nacimiento.

Abrazos,

A.

2. Centro internacional, entre las carreras 10 y 13

Recuerdo que decías que, si dependiera de mí, viviría a base de sopas. Pues aquí son maravillosas en cualquier restaurante. Vienen acompañadas de arepa, una torta de maíz andina, en lugar de pan. Ya tengo hasta una cafetería preferida, que frecuento en la tarde, para observar a las personas y oír lo que dicen. Queda enfrente del Museo Nacional, en una galería de largos corredores de mármol que conoció la gloria en los años ochenta. Ordeno un tinto doble y hojeo un ejemplar de la revista *Semana*, me pongo al corriente de los escándalos del momento. En la última edición, hay una foto de un niño abotonando la camisa de un hombre echado. Tal vez el papá, o un vecino. Lo cierto es que está muerto. Con los ojos bajos, concentrado en su propio gesto, el niño ejecuta una tarea excesiva para sus manos. Cinco millones de víctimas de la guerra, dice el titular del artículo. Ninguna estadística revela más que esta foto sobre la historia de tanta violencia. En el café, el público cambia de acuerdo a la hora. Los hombres usan camisas a cuadros, mientras que a ellas les gustan los colores fuertes en los pintalabios. Nadie se dirige a ti sin saludar primero. No se trata, como el *bonjour* parisiense, de tender un alambre de púas entre tú y el otro. Es una cortesía, una reserva de quien sabe controlar la curiosidad en el primer encuentro. Quien nace en Bogotá —el cachaco o rolo— trae un pensamiento siempre escondido, que solo revelará después de haber encontrado una forma correcta de decirlo. Supongo que las montañas, en su reminiscencia de que todo lo demás es transitorio, tengan que ver con este silencio meditativo.

Abrazos,

A.

3. Visión panorámica de los cerros orientales

Querida A.,

¿Recuerdas cuando estudiábamos la Cordillera Central en el colegio? Es una de las tres ramificaciones de la Cordillera de los Andes que atraviesan el territorio colombiano. La que veo desde la ventana es la variante oriental, y desde las primeras tentativas tuve dificultad en describirla. El astigmatismo acentuado moldeó mi inclinación por los detalles mínimos. Ante los grandes paisajes quedo perdida, sin saber donde posar los ojos primero. Es difícil entrever en realidad el diseño exacto de esta onda de lava que se enfrió en la punta en la misma época en la que surgieron los Alpes y el Himalaya. Más allá de la formación principal de la cadena, hay montañas menores, en segundo plano, que suavizan los grandes tajos y las disputas dramáticas entre las cimas. Lo que esta engañosa caligrafía tiene de más hipnotizador es la constancia. Una frase única que no se interrumpe hasta llegar a los extremos del continente, donde solo existe el océano. Yo iba a describir la ciudad, y el espacio solo me permitió quedarme en las montañas. No hay prisa, en todo caso. Ellas estarán todavía allí mañana, y el día siguiente, tan convencidas de su importancia que plantan los codos en el suelo para mirarnos, curiosas, hasta el fin de los tiempos. Los cerros juegan en serio y yo soy siempre la primera que caigo.

Abrazos,

A.

4. Museo del oro y parque Santander

El edificio modernista en el reverso es la sede del museo, que queda en la plaza donde, dicen, nació Bogotá. Adentro, el acervo derrumba la idea que las civilizaciones adelantadas están en el futuro. Lo más desconcertante es encontrar una sección entera dedicada a exhibir joyas que tuvieron algún remiendo. Son pequeñas correcciones después de algún accidente de uso en áreas generalmente delicadas, que exigían destreza durante la hechura de la pieza, y más aún al repararla. Observé un par de pendientes restaurado con un material diferente al de las filigranas originales. Y un pequeño gancho, como el que usamos para juntar hojas de papel, para sustituir el antiguo filamento que unía dos huecos recortados en el oro de un ornamento pectoral. En medio de la rutilancia del conjunto, aquel gancho sustentaba su presencia con el amor propio de un invitado fuera de la lista, admitido solo por el irremediable orden que, a cierta altura, la mejor de las fiestas exige.

Era un cuerpo extraño, una prótesis, un tartamudeo en mitad de un discurso. ¿Qué crisis habrá ocurrido, cuál era la causa de la rotura? ¿Una pelea de pareja, una noche de bebida, un gesto exaltado de alegría? Ojeando aquellas joyas, sentí que se abolía la distancia entre yo y los orfebres del Valle del Magdalena. Tal vez porque la imaginación solo funciona cuando todo lo demás falla, pude escuchar debajo de aquellos remiendos los latidos de un corazón. Igual que yo, un indígena (¿quién sabe si una indígena?) se recreaba en un oficio insensato y de función incierta, al moldear una pieza en la cual apostaba la vida. Buscaba extraer del metal lo que yo quiero de la palabra. Nada menos que un milagro.

A.

5. Carrera séptima, edificio Giraldo (1958)

Querida A.,

Finalmente, un trabajo. Una amiga de la Cámara Colombiana del Libro me presentó a José Alejandro, un ejecutivo que va a construir un hotel en la antigua zona portuaria en Río de Janeiro y necesita practicar el portugués. Al programar las clases, preguntó si podíamos trotar una vez por semana. Mantener la atención en el trote y en la conversación lo ayuda a razonar mejor en otro idioma, explicó. Mis tobillos son frágiles para las calles de Bogotá, respondí, entonces me propuso jugar squash. Tú conoces las reglas. En un cuarto cerrado, uno de los dos jugadores lanza una bola contra las cuatro paredes, que la devuelven con fuerza redoblada para que el otro conteste. Él habla sobre un tema de arquitectura, mientras que yo le corrijo la pronunciación y ajusto los términos. Mencioné una construcción que había visto en la carrera séptima y me dio una ficha completa de su diseñador, el arquitecto Martínez Sanabria. Anoté la dirección de las casas que este había construido en la ciudad y empecé a visitarlas, como había sugerido José Alejandro. Después, hablé del rubor que adquiría Bogotá en ciertos finales de la tarde e hizo un relato sobre la polución de la industria ladrillera. Hay poca cosa que ajustar en su pronunciación. Dice *entões*, en una confusión con entonces, pero me parece bonito y lo dejo pasar. En uno de nuestros juegos, comparé el trazado urbano de Bogotá con la malla de nylon de una raqueta y él enumeró las fallas de articulación en las calles del plano que yo consideraba simétrico. De paso, contó anécdotas sobre el paso de Le Corbusier por el país. Menos mal que se fue, dije. Es peligroso

ofrecer una ciudad entera a un solo urbanista. El creyó que me estaba refiriendo a Brasilia, que surgió de las manos de un único arquitecto. En Bogotá, añadí, la mejor geometría tiene origen muisca y no español ni suizo. Él se rió, Brasilia es perfecta, contestó, además ustedes tienen un Niemeyer, *entões*… No podía disentir, pero a esta altura comienzo a entender la imperfección como una virtud, el deseo por ser terminado por quien viene después y comenzar todo de una nueva forma. Es *então*, en singular, corregí por primera vez. Él dejó de golpear la pelota y, con los ojos bajos (una máscara de protección), dijo que yo comenzaba a parecerme ese tipo de inmigrante que se vuelve más bogotano que un cachaco y, sordo como un tapir, se niega a oír hablar mal de su ciudad. Esta vez fui yo la que quedó sorprendida. Me pagan para corregir su portugués, y él, en el fondo, es quien me enseña.

Abrazos,

A.

6. *AMANECER EN LOS CERROS*, DE GONZALO ARIZA. ARCHIVO DEL MUSEO NACIONAL DE BOGOTÁ

A.,

Va aquí otra tentativa por describir a Bogotá. El pintor del cuadro de la postal vivió en el Japón, lo que ayuda a explicar su percepción del paisaje. Como ocurre en un *haikú*, la naturaleza es el tema concreto, pero, del mismo modo que un poema, un cuadro no se puede limitar a ser bonito. Es preciso que provoque turbulencias, un desorden en los sentidos. Le faltaba una segunda parte a mi experiencia con la ciudad, una estrofa que completé un domingo, al subir a los Cerros Orientales. Con tropiezos de principiante, y usando los ojos de Lina, la guía que encontraba entre las piedras y las raíces verdaderos escalones, avancé casi quinientos metros arriba. El dato desconcertante de la caminata fue encontrar una montaña cubierta de acacias, pinos y eucaliptos. Árboles de rápido crecimiento, pero que colonizan el suelo con furia de latifundista, expulsando las otras especies que suelen crecer allí. No era lo que yo soñaba desde mi ventana. Aquel verde tenía que ser el mismo desde el principio, cuando un muisca oyó y vio que la montaña tenía la forma de una cerca viva. Mi respiración, que venía descompasada, se volvió ausente, y durante esa eternidad sin respirar entreví, allá abajo, la sabana, y de nuevo perdí la comprensión de la vista.

Era un panel extenso relleno de cubos de cemento y pilares de ladrillos. ¿Dónde estaba la cordillera? ¿Qué especie invasora apagará aquel cardiograma al decir que sí, que aún estamos vivos? Para una descripción precisa de Bogotá, aprendí, el género adecuado no es el narrativo. Bogotá es un *haikú*. Una formación de dos imágenes superpuestas que sólo se completan en la mente.

A.

7. El cielo de Bogotá

Apreciada A.,

Esta es la última carta que envío por el correo y revela el segundo motivo para no tener que marcharme. Antes, quiero decir que las nubes de Bogotá son las únicas rivales de la cordillera. Abres los ojos y ahí está: un mismo sistema de formas moldeadas en una materia distinta. Una está hecha de átomos que pueden durar para siempre, mientras que la otra tiene la naturaleza indecisa de quienes quieren expresarse. La primera es una manifestación concisa de un explosión, la segunda se contrae y se desdobla en un infinito trabajo de parto. Una tiene la memoria y la calma de las naturalezas pasivas. La otra es susceptible, voluble, efímera. *Para onde vai esse bando de nuvens que passam ligeiras*?, pregunta Tom Jobim, en la canción que te di, *Dindi*, tu apodo, porque al escucharla, y solo al escucharla, tu madre dice, te dormías. Sospecho que soñabas con ellas, creyendo que eran tuyas desde la cuna, que cosas así, como nubes, te pertenecían por derecho divino. Tú, que creciste en un antiguo régimen, extendiste esta doctrina, sin pestañear, a todo lo que había alrededor. Lo que alcanzaba tu mirada era tuyo. Hasta descubrir, a un paso de la guillotina, que nada es de ninguno. Las montañas, los ladrillos y un pasado de oro son un préstamo, no el libre acceso a la propiedad. Para hablar sobre ellas fue para lo que viniste. Fuiste convocada para ser oída, apenas. Exhibe tus dotes, valoriza la tiara y el vestido, y esconde lo que puedas pues la convidada es una princesa bárbara. Quién sabe si la pedagogía de las nubes y el nuevo idioma permitan que la poesía vuelva a ser solo una voluntad de expresión, libre de la vanidad de autor, igual a esos mensajes aéreos que parten desde los Cerros Orientales hacia la Cordillera Central y que, por azar, alguien intercepta.

Un abrazo,

A.

PS: Además, Bogotá es un bonito nombre para ser puesto al lado de una fecha. Mira: Bogotá, 25 de octubre de 2013.

SEBASTIÀ JOVANI
(BARCELONA, 1977)



Foto: © Alberto Sierra.

Se doctoró en Filosofía con especialidad en Estética (Universidad de Barcelona). Es novelista, poeta, ensayista y agitador cultural. Ha publicado el ensayo *Los libros del diablo* (Llibres de l'Índex/Ediciones de la Tempestad, 2006), y las novelas *Emulsió de Ferro* (La Magrana, 2009, premio Brigada 21 a la mejor novela negra en catalán) y *Emet o la rebelión* (Duomo, 2012). Ha participado en diversos festivales y certámenes de poesía y performance en España, Portugal, Francia, Italia y Polonia. La obra de Jovani se encuentra en una línea fronteriza entre la novela negra, la ciencia ficción y el terror. En su novela *Emet o la rebelión*, aparecen personajes propios de la novela negra clásica como el detective, criaturas creadas por el hombre, como el golem, y sin duda algo característico de la novela negra, el espacio urbano, los ambientes sórdidos en donde se mueven sus personajes. También son importantes en sus novelas las experiencias con drogas en las que sus personajes abren sus mentes a nuevas sensaciones y niveles de consciencia.

(Vana) tentativa de agotamiento de un lugar colombiano

Todo empieza con un templo apostado en los cerros, a tres mil metros sobre el nivel del mar y rodeado por un amorfo e ingrávido manto de bruma. Como una promesa atávica, como la coagulación primordial de la historia que después se derrama por la ladera, infundiendo el caos y el orden a partes iguales por un territorio que no parece conocer las profundidades más que en la superficie. Desde Monserrate, en los albores de la mañana, con una puntualidad anterior a los devaneos de la cultura y los retrasos de la moral, una narración se vierte ineluctable sobre la ciudad. Un relato que se complica progresivamente hasta transformarse en un palimpsesto de relatos que se superponen, se suceden y se contaminan mutuamente.

Una vez allanada en su discurrir diario, atravesada por el tiempo urgente e inmediato, Bogotá transcurre permanentemente en la superficie. La ausencia de metro subterráneo, algo casi impensable en las rutinas de las grandes metrópolis, supone la metáfora material de una ciudad que parece no esconder trama alguna en sus entrañas. Una ciudad que transcurre enteramente a nivel epidérmico, una piel transparente en la que siempre son visibles sus arterias, sus nervaduras. Pero en la que resulta difícil detectar el compás articulado de un organismo. El propósito unificado de una colección de funciones y hábitos procesando sinfónicamente su existencia y la de su entorno. Las vísceras de la ciudad están desparramadas, molecularizadas: la suya es una anatomía de la que parece casi imposible figurar una imagen única y estable.

Bogotá, CSO
(ciudad sin órganos)

La ciudad es una fantasmagoría. Hablar de ciudad es adentrarse en un terreno casi utópico, en una figuración que se pretende unitaria o cuanto

menos armónica, domesticable por medio del rastreo distanciado y ecuánime de la razón y de sus proyectos a corto y medio plazo. Pero esta figuración es justo eso: una figuración. Una aspiración política, intelectual e incluso estética. Pero tras la ciudad se esconde y ruge su propia descomposición. La paradoja y la fractura incluso en la más simple curva del espacio-tiempo. Una ciudad es en realidad siempre muchas ciudades y ninguna. Una especie de fenómeno incierto, como el gato de Schrödinger: en función de variables inasibles esa ciudad puede estar y puede no estar. Puede haber encontrado un instante de asueto en el que recomponer fugazmente sus partículas y al mismo tiempo puede haberse fugado de sí misma y del encierro imagénico que pretendía enclaustrarla.

Todo esto sirve como preámbulo y en cierta forma excusa para la confesión que sigue: *aquí no se va a hablar de Bogotá*. Sería imposible, cuanto menos si no se quiere incurrir en la narración panfletaria o en el prospecto de instrucciones de uso para consumidores de los espectáculos urbanos envasados al vacío. Bogotá, como cualquier espacio urbano que vive al filo de su propia imposibilidad (aunque tampoco hay tantos ejemplares de esta especie, la mayoría de ciudades han desertado de sus particulares abismos y se contemplan gozosas desde la atalaya del Fin de la Historia), genera situaciones basadas en la necesidad de sobrevivir a la imagen de sí misma. Vórtices. Cualquier tentativa de recorrer Bogotá y extraer de ello algún retazo de conocimiento, algún diagrama de sus constantes vitales, pasa de forma indefectible por esa asunción. Por el reconocimiento de que jamás se podrá hablar de la ciudad de Bogotá. En todo caso de la experiencia urbana que a uno le atraviesa mientras se deja llevar, en la medida que lo permita su vértigo, por la velocidad de propagación de la misma.

Las cartografías de las guías ya prefiguran este fracaso de la visión panóptica: los mapas aparecen cuarteados, fragmentados, dispuestos según la lógica secuencial de las páginas y no según la omnipotencia del ojo panorámico. Seis cuadrantes poblados por abigarradas retículas cada uno de los cuales apunta, según las leyes establecidas de los mapas y las leyendas, el paso al siguiente y por lo tanto su inminente defunción como señal y *mathesis* del territorio. Asumen la preeminencia de la multiplicidad, incluso de la incomposibilidad: Leibniz definía así la incapacidad metafísica que tienen ciertas substancias para coexistir en un régimen de mutua identificación o asimilación. En este sentido Bogotá es una especie de

aporía metafísica, la zona crítica en la que todo pensamiento totalizador sobre lo urbano se embarranca. Llegando de Europa, donde la *civitas* vive en los estertores de sus diferencias, sumida en una dialéctica entre la pulsión higiénica y unificadora de la especulación financiera por un lado y la indignación social como única matriz de diferencias por el otro, Bogotá aparece al visitante (o a cierto tipo de visitante) como una especie de monstruo. La palabra *monstruo* proviene del latín *mostrare*: es, pues, más un factor de videncia que una aparición abyecta. Si nos dejáramos llevar por la poética piadosa incluso podríamos hablar de epifanías. Monserrate rodeada por las brumas a primera hora de todas las mañanas del mundo sería una de ellas. Lejana en la distancia pero que parece respirar a ras de nuestros oídos.

Cristales, vectores, tiempos

Evidentemente existen ciertos puntos estratégicos en los que uno puede aproximarse bastante a la ilusión visual de la completitud: desde el Parque de la Independencia, cerca del Planetario, desde las colinas más elevadas del Parque Nacional Olaya Herrera, allí donde la vegetación urbana empieza a fundirse con el verdor fractal de los cerros. Desde los ventanales de la casa de un magnífico escritor y anfitrión bogotano, en Bosque Izquierdo. O, incluso, por qué no, vislumbrando desde miles de pies de altura la ciudad en las maniobras de descenso del avión recién llegado. Pero en todas estas ocasiones, como diría la Gestalt, no hacemos otra cosa que adecuar el tapiz a nuestras necesidades de percepción unitaria. Incluso así, aquello que llega a nosotros de Bogotá es una pequeña porción, o una finísima membrana.

La nomenclatura callejera, por su parte, contribuye a esparcir un desconcierto esotérico: la numerología de su retícula, lejos de facilitar un plano fijo de orientación, hace explícita la condición de esta ciudad como enigma casi cabalístico. No son coordenadas (por mucho que uno disponga de los apuntes del N y del S, de la transversalidad de las carreras y la longitudinalidad de las calles), sino índices hermenéuticos del caos en cuyas confluencias se condensan pequeñas revelaciones iniciáticas: 25C-17/26A-91. A lo sumo movimientos en un inmenso tablero cuyo juego y reglas cambian con la misma pasión mutante que la propia ciudad.

Los cálculos y desplazamientos a través de los cuales se expresa Bogotá transcurren en su mayoría a gran velocidad: la velocidad del tráfico, de los andares presurosos o desordenados, de los intercambios de plata y mercancías en los millones de nodos de comercio callejero, de las gemas en la 7ª a los pequeños vicios portátiles (dulces, tabaco, minutos de celular) amontonados en los puestecitos ambulantes apostados por doquier. Ahí Bogotá se aparece como un conjunto de vectores, líneas de vértigo en las que la ciudad se construye y se deconstruye al mismo tiempo. Uno tan sólo ha experimentado un rasgo de sosiego en ciertos enclaves del sur, en los aledaños de Ciudad Bolívar o en Venecia. Allí el ritmo tiene otra cadencia, se respira un compás popular algo más lento, quizás surgido de la tensa calma tras el crecimiento urbano abrupto o los pretéritos estallidos de violencia.

Es algo poético, quizás incluso hermoso (aunque resulta difícil hoy en día hablar en estos términos sin parecer un pacato) que sea en el Museo del Oro donde se tiene una de las escasas oportunidades de experimentar la sobria quietud de la memoria y del archivo. De la historia en el sentido propedéutico del término. Esas piezas, esos miles de objetos, gestos de ofrenda y recogimiento o exhibición ceremonial permiten pensar, aunque sea tan sólo por un rato, en el flujo del tiempo y de las cosas coagulándose. Como el oro, como el metal pasando de las arterias candentes, del fulgor líquido a la toma de posesión de una forma representativa. El furor momentáneamente detenido, controlado. Transformado en huella y, por ende, en cultura. En pocos casos uno tiene la sensación de la contrastada necesidad de un museo en un entorno urbano como en el caso del Museo del Oro de Bogotá. Más allá de todo sentimiento de culpa o de rabia ante el espectro del colonialismo. Más allá de la repulsa inmanente que provoca la revisión del exterminio y del expolio. A título individual el museo es un remanso de quietud temporal. Una suspensión provisional del tiempo disipativo a través del metal más preciado, del cromatismo más simbólico. El tiempo es oro. Nunca mejor dicho.

Diferencia y repetición

Otro tipo de experiencia del tiempo merece ser pensada hasta cierto nivel de herida en el intelecto y en los párpados. La atmósfera, los estratos inasibles que atraviesan el aire montañoso de Bogotá están teñidos por una aporía

climática. Algo de eso anuncia ya la visión brumosa, en contrapicado, de Monserrate desde las llanuras urbanas. El derrame incontestable de Aión sobre Cronos. Del Mito sobre la Historia. En Bogotá conviven la climatología Ilustrada y la del irredento e imprevisible mito estacional. No hay estaciones y sin embargo todas implosionan en la ciudad, en la región. Subsiste una rígida franja de separación entre el día y la noche, como si el atávico apareamiento de ambas deidades hubiera acabado en un divorcio formalísimo al que siguiera una no menos formal repartición de bienes: «tú te quedas el mundo de 6 de la mañana a 6 de la tarde. A partir de ese momento yo tengo su custodia». Y así se cumple. El juez de paz de las altas capas del mundo consiguió un acuerdo a priori imposible. Los días se suceden con la misma cadencia de entrada y salida, su registro es puntual, exacto. Repetitivo hasta una saciedad que puede resultar agotadora. Eso condiciona gran parte de los hábitos, de las sensaciones de reclusión o de las necesidades de escape. El alba y el crepúsculo parecen hechos según los criterios de la obra de arte en el periodo de su reproducción técnica, tal y como lo designó Walter Benjamin.

Y, sin embargo, en esta cadencia repetitiva, en el interior de su intervalo diario, se sucede el caos. La diferenciación irreductible, la sucesión imprevisible. El otoño se superpone al verano, el invierno despunta con un simple indicio de su gélido filo mientras a su alrededor el aire empieza a formar bolsas calientes, densas y pesadas. Hay una sensación muy nietzscheana de Eterno Retorno de lo Siempre Diferente. Una matriz dionisíaca maneja los hilos y los resortes del clima, de la respiración, de la transpiración. Si la urbe parece removerse a sí misma a cada instante como la de *Dark City* (Alex Proyas, 1998), la meteorología muta y se reordena con la misma naturalidad dislocada. El orden y el caos surfean uno en el otro de forma constante, hasta hacerse en ocasiones indistinguibles.

Orden y caos también se funden, se calibran mutuamente en las superficies de los muros, en los corredores de cemento que flanquean y en ocasiones separan sin éxito los ramales de la ciudad. En esas superficies de granito o de conglomerado los grafitis serpentean alrededor de un panteón de motivos cuyo peso y densidad moral contrastan con la ligereza, la ingravidad bidimensional de las formas extendidas. Es como si en un mismo emplazamiento perviviera la memoria histórica (profunda, tridimensional, grave hasta cierto punto) con lo narrado por una esquiva mímesis legendaria (vaporoso, ligero en sus trazos, siseante). En cierta

forma el grafiti expone la pasión no siempre verbal ni verbalizable de una ciudad que se adhiere a la necesidad y a la voluntad compulsiva de ser siempre una y diferente. De retornar, figurada y desfigurada al mismo tiempo, en el recoveco espiral de su peculiaridad irreductible. Bogotá es como una abigarrada leyenda trazada sobre la grisácea textura de un tiempo cementado. Casi borrándose, casi emergiendo de su propio fondo.

JORGE ENRIQUE LAGE
(LA HABANA, CUBA, 1979)



Foto: © Alberto Sierra.

Es licenciado en Bioquímica, narrador, especialista del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, jefe de redacción de la revista de narrativa El Cuentero y editor de Caja China Editorial. Ha publicado tres libros de cuentos: *Yo fui un adolescente ladrón de tumbas* (Editorial Extramuros, La Habana, 2004), *Fragmentos encontrados en La Rampa* (Casa Editora Abril, La Habana, 2004) y *Los ojos de fuego verde* (Casa Editora Abril, La Habana, 2005), y es autor de la novela *El color de la sangre diluida* (Editorial Letras Cubanas, 2007). Cuentos suyos han aparecido en varias antologías y revistas cubanas.

La obra de Lage resulta interesante porque mezcla ciencia ficción, novela policíaca, elementos de la cultura popular y personajes que incluyen *freaks*, zombis y gente común. Su escritura es capaz de tomar distancia de todos lo lugares comunes que se asocian con Cuba y se desplaza a lugares diferentes, en donde recicla elementos del cine y del universo onírico. Lage tiene como influencias a escritores estadounidenses como Philip K. Dick, Ray Bradbury, Breat Easton Ellis y Foster Wallace, entre otros.

Bogotá pintada

1

La rebelión se extiende por el campo colombiano. Hay algo esencial e irrefutable en una protesta social cuando aquellos que la inician son quienes viven, literalmente, con los pies sobre la tierra. En la mira está el Tratado de Libre Comercio, es decir, hay demasiadas cosas en la mira. Reclamos acumulados durante décadas. Y mientras los campesinos bloquean carreteras, manifestaciones solidarias toman las calles de la capital.

Cuando aterricé en el aeropuerto internacional El Dorado (nombre que se tornaba de pronto aún más irónico de lo que ya era), aparentemente la situación ya se había apaciguado. Las calles de Bogotá estaban tranquilas. Los restos del hervidero, sin embargo, permanecían impresos en las paredes, en los muros. Aquí y allá, a lo largo y ancho de las principales avenidas, los manifestantes escribieron con aerosol cosas como:

«Nos tienen en la olla.»

«¡Viva el paro agrario!»

«Cerrar vías para abrir el debate.»

2

Una gran ciudad nunca podrá ser llenada de grafitis, de acuerdo, pero a veces pareciera que sí, que el grafiti tiene la intención de avanzar hasta cubrirlo todo, hasta tragárselo todo. Como la selva. Esa es la imagen que recibe el forastero al caminar por algunos de los céntricos barrios de Bogotá: imagen collage, imagen puzle, armada con múltiples piezas de pintura y texto.

Fachadas que parecen inmensos recuadros de cómic. Muros colmados de trazos laberínticos, signos mutantes, formas intrincadas, retratos y firmas de artista adolescente. Veo pulpos, astronautas, monstruos o maquinarias, ojos desoladores, esqueletos... Me tropiezo con toda clase de mensajes entre

acero y asfalto. Leo: «PURO SABOR MALDITO». Leo: «RED DE USUARIOS DE SUSTANCIAS PSICOACTIVAS».

El grafiti como un modo de psicoactivar la urbe. Una gigantesca red eléctrica que enciende de neón las filigranas y las flechas del complicado wildstyle, todas esas letras coloridas e infladas como burbujas de chicle. Una alucinante nube de tags que se eleva hacia los cerros andinos concentrando y remezclando los sueños, el delirio y las pesadillas de miles de jóvenes ansiosos y más o menos clandestinos.

3

Pero una cosa es el grafiti lisérgico y otra cosa el grafiti que de pronto ansía poner los pies sobre la tierra, traer el campo a la ciudad. En medio de la huelga, la pintada callejera ya no es Street Art. La sustancia puede ser la misma pero la dosis es diferente. El sabor maldito tiene otro sabor. Estamos a la intemperie, lejos de todo embellecimiento visual, en pleno territorio de la crudeza, de la urgencia expresiva. Guerrilla-painting.

El grafiti ya no mira a una tradición gráfica, a una postal de museo. Es resultado de la improvisación y no del boceto previo. Invade la superficie no como obra, estilo, marca, sino como residuo, rastro, salpicadura, testimonio de un proceso social donde el autor se confunde con la multitud urbana y el arte con el fluir caótico de la vida. En una manifestación se dejan grafitis como se dejan olores, pisadas en el barro, saliva. Pintar una pared no es un acto intelectual sino un imperativo fisiológico.

Por eso cuando leo en una calle: «CONJURANDO LA MEMORIA», y más adelante: «BOLÍVAR VIVE, LA LUCHA SIGUE», entiendo que no es importante el hecho de que con la memoria, y especialmente con Bolívar, también se pueden avalar fanatismos y arbitrariedades. Como tampoco viene al caso la historia negra del comunismo cuando descubro el emblema de la hoz y el martillo reproducido en varias esquinas bogotanas. De hecho, en última instancia tampoco importan el Paro Nacional Agrario y el TLC: estos son sólo chispas detonadoras.

Porque hay que protestar, así de sencillo. Razones hay de sobra, y forman una masa tan compacta que contra ella se moviliza, en primer lugar, el puro instinto. Las elementales vísceras. El Gobierno de Santos, el Capitalismo, el Poder... Protestar por todo aunque corras el riesgo de no protestar por nada en concreto. Escribiendo en los muros, de paso, frases que parecen

caricaturas de aquellos lemas del Mayo Francés, frases tan pretenciosas que lamentablemente resultan huecas, como ésta: «A LOS HIJOS DE LA POLICÍA LOS EDUCARÁ LA REVOLUCIÓN».

4

No sé si de revolución, pero al echar un vistazo a la historia reciente del grafiti en Bogotá sin duda tenemos que hablar de la policía. En agosto de 2011 un uniformado baleó por la espalda a un grafitero en la avenida Boyacá. Diego Felipe Becerra tenía sólo dieciséis años y murió, dicen, con pintura en las manos. Mancha acusadora que la Policía Metropolitana intentó lavarse torpemente fabricando un caso de atraco a una buseta y manipulando la escena del crimen.

Me dicen que, debido al impacto que tuvo el asesinato de Becerra en la opinión pública, hoy se puede pintar sobre un coche patrulla ante la mirada de los propios policías sin que éstos se decidan a intervenir. Una exageración, probablemente, pero que da una idea de cómo se han movido las cosas en los últimos dos años. O de cómo las han hecho mover.

Y pensando en este asunto me encuentro, en la revista *Arcadia*, con una foto tomada durante las manifestaciones en apoyo al paro agrario. «NO MÁS ESMAD», había leído yo en la calle sin entender a qué se referían, y de pronto ahí, en esa foto, descubro la contrapartida de los manifestantes: el Escuadrón Móvil Antidisturbios. La imagen capta el momento en que una mujer rotura con su spray la línea de escudos inmóviles de los militares.

En ese gesto, en esa imagen, está también Diego Felipe Becerra. La tensión grafiti-delincuencia elevada a otro nivel. Los escudos del Estado son sólidos pero a la vez transparentes: por un momento, lo único que hay entre la manifestante y las fuerzas represivas es el aerosol rojo con que ella está escribiendo.

Sin prisa, insolentemente, la mujer pinta una sola palabra contra esa barrera: «CERDOS».

5

Hablando de animales: cerca de un cruce peatonal en la avenida séptima me cruzo un stencil que representa una rata. Es un stencil que trata sobre el futuro (de algún modo el grafiti siempre trabaja con el futuro), pero lo hace de otra manera. Dice: «OUR TIME WILL COME».

Por supuesto, no puedo dejar de pensar en las ratas de Banksy, el célebre grafitero británico. ¿Banksy en Bogotá, de incógnito? ¿Pero acaso Banksy no va siempre de incógnito? ¿O es que el underground de Bogotá ya incuba su Banksy, un Banksy optimizado, Banksy reloaded, Banksy sin toda esa aura de éxito comercial?

Se me ocurre que hay muchísimos túneles de alcantarillado que conectan el valle del Támesis con este altiplano de los Andes. Y se me ocurre que aquí lo que importa no es el autor del stencil sino la rata. O mejor: las ratas, siempre en plural.

Ratas anti-autoritarias, ratas anti-sistema. Ratas anarquistas, nihilistas y provocadoras. Ratas satíricas, ratas iconoclastas, ratas vengadoras. Ratas inteligentes, furtivas, escurridizas, silenciosas...

Las ratas existen sin permiso de nadie, ha hecho notar el propio Banksy, quien también sabe que *Rat* es el anagrama de *Art*. Y que por tanto decir *Street Art* es pura redundancia.

6

Hablando de animales: uno de los sitios más acogedores de Bogotá se llama La Madriguera del Conejo y es una librería. Me interesa la idea de la madriguera como un lugar lleno de libros, un lugar vinculado a la lectura. La biblioteca, como la librería, también puede ser una madriguera. «Lugar retirado y escondido», dice el diccionario. Y claro, la madriguera es un espacio que también se construye y se lleva dentro de la cabeza.

Uno incursiona fuera de la madriguera y se desplaza por las calles de otro modo, con otros hábitos. Uno sale de la madriguera para releer la ciudad, para reinterpretarla, para reescribirla.

No compré ningún libro en mi visita a La Madriguera del Conejo, pero esa noche llevaba conmigo un volumen de un joven poeta cubano, José Ramón Sánchez. Uno de sus poemas se titula *Marabú*, que es el nombre de un arbusto espinoso muy abundante en los campos de Cuba y muy difícil de erradicar por su extrema resistencia y porque sus largas raíces originan retoños dondequiera que emergen a la superficie.

Como el grafiti, pienso.

Como las asociaciones mentales.

Y leo en el poema:

el ganado extranjero (Colombia)
traído después de la Guerra Grande
eyectaba las semillas luego de haber
ingerido los frutos en sus lugares de origen.

7

Frente a los edificios Tequendama, me detuve en una fuente que conmemora no recuerdo qué aniversario de la independencia nacional. Allí el grafitero se había limitado a poner un par signos de interrogación a ambos lados de lo esculpido en la piedra mucho tiempo atrás: «¿INDEPENDENCIA NACIONAL?»

Creo que la literatura, al menos la que a mí interesa, es algo muy parecido a eso: intervenciones pequeñas en grandes relatos. Poner cosas entre signos de interrogación, y entre signos de exclamación, o entre comillas, y colgar y descolgar paréntesis.

8

Entre las figuras que decoran un largo muro convertido en mural está el rostro sonriente de un hombre. Y aunque es un rostro que me resulta familiar, no logro descubrir de quién se trata. A lo mejor es otro efecto de la altura: los dos kilómetros y medio que me separan del nivel del Mar Caribe producen un corrimiento en mi visión. Sólo después, repasando las fotos, voy a caer en cuenta de que era Roberto Bolaño.

9

Leo: «AQUÍ ESTOY, Y AQUÍ ESTARÉ». Suena como un desafío no exento de orgullo. Y sí, parece que en esta ciudad los grafitis son un reto constante a la permanencia. El forastero tiene la impresión (y las impresiones del forastero son las que cuentan aquí) de que nadie planea borrarlos en el futuro cercano. Las nuevas pintadas se superponen a las viejas, las capas de colores y palabras quedan como registros geológicos de sucesivos eventos urbanos, sacudidas políticas, nuevas redes sociales; como un archivo documental, multitudinario, abierto a todas las frecuencias.

Leo: «DESCONECTE LA RECEPCIÓN, CONECTE LA EMISIÓN», y pienso que de eso se trata, en efecto. Pones tus logos y tus letras a pie de calle

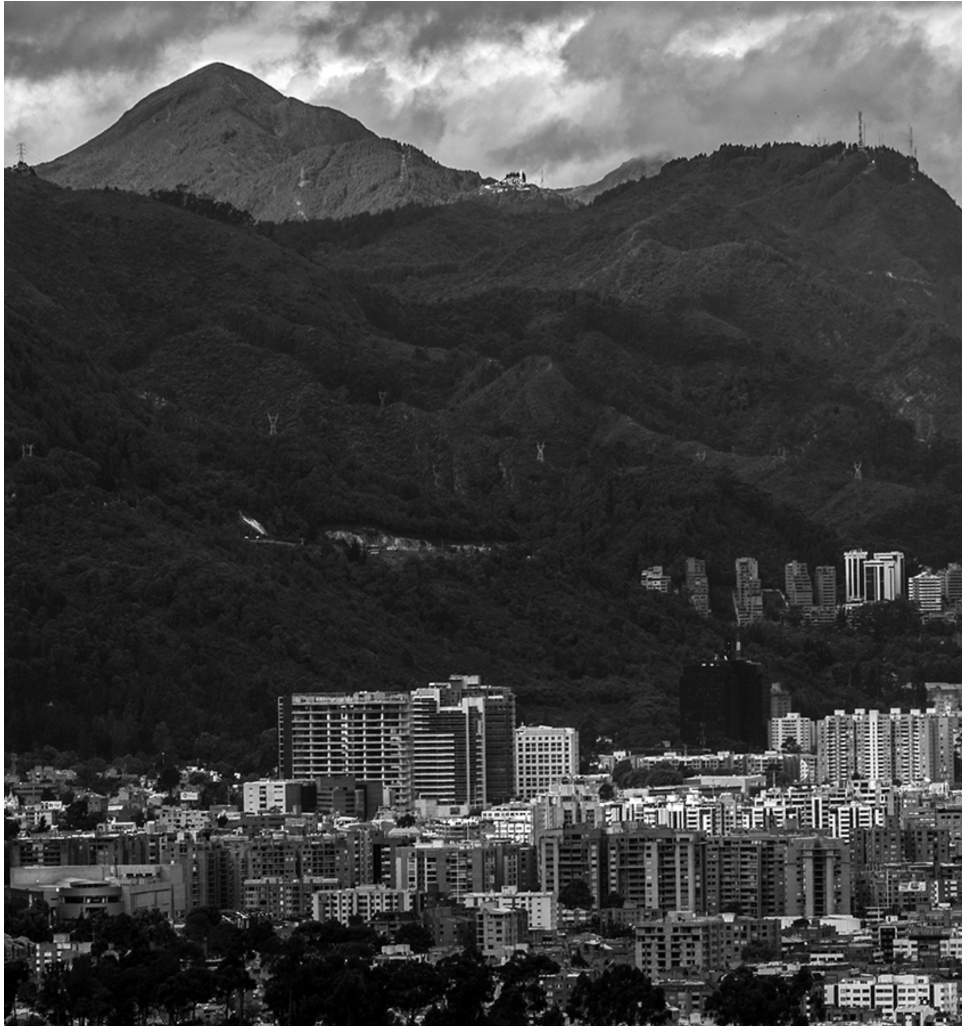
porque otros los han puesto en lo alto, en anuncios lumínicos que coronan el skyline. Intervienes fachadas y paredes porque en última instancia están hechas del mismo material que los centros comerciales, los bancos y los rascacielos. Escribes tu texto en una columna de piedra porque ya está ocupada la columna del periódico. Y es que en un espacio donde chocan tantos discursos y lenguajes, el pajarito de Twitter posado en el muro de Facebook no es un mensaje demasiado convincente.

Leo: «TODO LO DEL POBRE ES PINTADO» y me pregunto: ¿De quién es la megaurbe latinoamericana? ¿Qué necesitamos para creer en ella?

10

En todo viaje hay sus momentos de epifanía. Yo tuve uno de esos momentos frente a una frase escrita con pintura roja sobre el fondo blanquecino de una edificación colonial. Al leerla, sentí que Bogotá me estaba hablando directamente a mí, a nadie más.

«LEE, LUCHA Y USA LA CAPUCHA», decía la pared, me decía Bogotá. Un consejo para escritores, a la manera del famoso «Exilio, silencio y astucia» que recomendara Joyce, en plan de sentencia oracular. Nada mejor que este grafiti, pensé, para llevarme en el equipaje de mano en mi regreso a La Habana.



Panorámica del norte de Bogotá, con los Cerros Orientales de fondo. Foto: © Alberto Sierra.

MIGUEL ÁNGEL MANRIQUE
(CARMEN DE BOLÍVAR, COLOMBIA, 1967)



Foto: © Alberto Sierra.

Vivió y se educó en Bogotá. Estudió literatura en la Universidad Nacional de Colombia. En 1995, viajó a España donde se estableció por un tiempo. Allí, se especializó en Ciencias de la Comunicación en la Universidad Autónoma de Barcelona. Años después, cursó una maestría en Educación en la Universidad Externado de Colombia. Ha sido profesor universitario y editor. Además, coordina el taller de novela corta del Fondo de Cultura Económica. Es autor de *La mirada enferma*, finalista en el Premio Nacional de Cuento del Ministerio de Cultura en 1998; *Confesiones de un mutante*, mención de honor en el Premio Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá en 2002 y *San Mateo y el ángel*. En 2008, obtuvo el Premio Nacional de Novela del Ministerio de Cultura de Colombia con *Disturbio*, publicada por Seix Barral en 2009. En 2013 publicó el libro de cuentos con temática zombe *Ellas se están comiendo al gato*. En este momento Manrique es uno de los talleristas de la Red de Talleres Locales de Escrituras de Bogotá.

AVENIDA JIMÉNEZ, 4-35, BOGOTÁ

—DON SALOMÓN VENDÍA LIBROS DE DERECHO, puerta a puerta, a los abogados y se los pagaban a plazos —recuerda Hernán Jara, un librero de la Lerner que comenzó en el oficio siendo muy joven.

Salomón Lerner era judío y ya pasaba de los veinte años. Provenía de Córdoba, una provincia Argentina conocida como La Docta. Vino a Bogotá a trabajar como vendedor de libros, un antiguo oficio trashumante que con los años él transformó en un negocio rentable. Gracias a eso, el joven Lerner pudo relacionarse con médicos y abogados de la ciudad que fueron sus clientes, y a los que, con maletín en mano, les presentaba las novedades jurídicas que le llegaban de Argentina o importaba de México y España.

—Sin tener plata, Lerner se alojó en Residencias Tequendama —dice Álvaro Arrubla, un viejo cliente de la librería.

Cuando Lerner pudo montar una pequeña oficina para distribuir libros de medicina y derecho, en el segundo o tercer piso del edificio donde todavía está ubicado un local de los tradicionales almacenes Tía, en la carrera séptima con calle diecisiete, empezó con seis empleados. Alejandro Burgos, el más antiguo, quien hoy tiene 83 años, pasó de contabilizar las seis o siete facturas de los comienzos, a ser el gerente de toda la vida de la librería.

—Los empleados que trabajaban allí —recuerda Alejandro Burgos— recibían los libros que se traían, los desempacaban, los organizaban, la secretaria facturaba los pedidos y los dos mensajeros salían a entregarlos. Cuando las facturas se vencían, los muchachos salían a cobrar.

Tiempo después, a Lerner le propusieron que se encargara de la Librería Jurídica, que estaba quebrada y había cerrado sus puertas, ubicada en la calle catorce con carrera séptima, al lado de la Universidad del Rosario. El 9 de mayo de 1958, el local se conocía con el nombre de Bibliográfica Argentina, luego cambiaría a Librería Lerner.

—Hubo que rehacerla —dice Alejandro Burgos—, porque estuvo cerrada mucho tiempo. Sacamos bastante libro viejo que ya no servía, y ahí se empezó. Se trabajaba sábados y domingos. Se montó una buena librería, que empezó vendiendo libros especialmente de derecho y medicina.

Las ambiciones de Salomón Lerner irían más allá de distribuir y vender. Como recuerda Germán Arciniegas en el artículo «Los libros de Lerner», él «inventó la gran industria editorial» en Bogotá. Lerner había creado también una imprenta y un sello editorial. Aunque años después ambos negocios desaparecieron. A finales de los noventa, la editorial Lerner entró en liquidación. La crisis económica y los problemas con los proveedores, empleados y acreedores financieros la condujeron a la disolución.

* * *

El 14 de enero de 1963 llegó a trabajar allí Hugo González. Él había comenzado como mensajero en la Librería Continental de Medellín, 14 años atrás. Según cuenta su mentor, Rafael Vega, en *Memorias de un librero*: «Su labor empezó cuando se ofrecía voluntariamente a desempacar paquetes llegados del exterior en un incómodo rincón debajo de las escaleras del edificio y donde apenas cabían dos personas».

—Hugo tenía una familia numerosa, como muchas familias antioqueñas, y de pocos recursos. Como sintió estrecho el ambiente familiar, fue un alivio cuando se vino para Bogotá —recuerda su amigo David Restrepo.

Desde ese momento, Hugo González empezaría no sólo a crear su fama de vendedor de libros ordenado, hábil y estricto, sino a forjar la historia de una de las librerías más emblemáticas de la ciudad.

De González se dicen muchas cosas. Que no era buen lector, que lo formó la experiencia, que apenas tenía la primaria. Pero también, que tenía la información muy clara sobre la actividad editorial, que era honesto y buen amigo de sus amigos.

—Se formó hace cosa de 40 años a la sombra tutelar de ese maestro a quien tanto debe la cultura de Antioquia, don Rafael Vega —dijo Bernardo Hoyos en el artículo «Una casa del libro colombiano», publicado en *El Tiempo*, en 1991—. Hugo González, el Mono de la Lerner, esconde en su infantilidad inagotable, como diría Barba Jacob, gran amor y conocimiento de libros. No pretende haber leído mucho pero persigue nombres y títulos como experto en sus catálogos.

—Él no leía libros —dice Hernán Jara—. Él leía ciertas cosas que le interesaban mucho, pero así como un lector dedicado y todo eso, no. Pero sí se leía todos los periódicos. Estaba informado sobre qué libro iba a salir. Tenía la capacidad de hablarle a usted de un libro sin haberlo leído. Él leía lo clave. Esto y esto, y ya, con eso tenía para venderlo.

—Él leía *El Espectador*, no leía *El Tiempo*, y me decía: «hombre, yo no leo sino carátulas y contracarátulas. Yo no leo» —dice Álvaro Arrubla.

El 9 de febrero de 1967, un terremoto con epicentro en el Huila conmocionó al millón y medio de habitantes de Bogotá. Trece personas murieron, hubo numerosos lesionados y más de cien heridos pasaron por el servicio de urgencias del hospital San Juan de Dios. También se registraron daños en edificios y viviendas. Miles de vidrios resultaron rotos y más de cincuenta lotes perdieron sus paredes. A la Lerner el fuerte sismo «le tumbó toda la cornisa».

—Entiendo que la parte de adelante de la librería se cayó —comenta Hernán Jara.

—Como se destruyó la entrada, teníamos que entrar por los patios de la Universidad del Rosario que quedaba en el costado —recuerda Alejandro Burgos.

El temblor que destruyó el local obligó a Salomón Lerner a buscar otro espacio ubicado en la esquina de una manzana triangular, en el costado sur de la Avenida Jiménez, entre las carreras cuarta y quinta, que hoy se conoce como Eje Ambiental, en los sótanos del Edificio Monserrate, que hasta el año 1963 fue sede del diario *El Espectador*. Al lado, Salomón Lerner construyó el Edificio Lerner.

—Mientras se hacían las obras improvisamos un local —dijo González en *El Tiempo*, en 2003—. La librería no se acabó de milagro. Fue la época en que salió *Cien años de soledad*, en Argentina, y decidimos importar muchos libros. Nos la jugamos, eso no la dejó quebrar.

«Pero ese año no todo fue malo. Esa época la recuerdan especialmente sus empleados porque fue cuando se vendió la mayor cantidad de libros en los 30 años de existencia de la librería: ocho mil ejemplares de *Cien años de soledad*».

* * *

Con un préstamo de diez millones de pesos del Banco Central Hipotecario, a finales de los sesenta y principios de los setenta, Salomón Lerner decidió

construir el edificio de doce pisos, de oficinas y apartamentos, donde también ubicó la librería.

Además, bajo el sello Lerner editaría e imprimiría en Colombia revistas de medicina como *Tribuna Médica*, algunas de las novelas ganadoras del premio Esso, los 26 tomos de la *Enciclopedia Jurídica Omeba* y los más de 40 volúmenes de la *Historia extensa de Colombia*.

En el local del primer piso del edificio, de unos 800 m^2, Salomón Lerner, Hugo González y Alejandro Burgos instalaron la nueva librería. En el sótano del edificio se abriría posteriormente un local de descuentos donde los libros costaban 20% menos.

—A Lerner lo conozco desde que vino a Bogotá a inventar la gran industria editorial donde no existían sino pequeñas imprentas. Aquí nadie pensó que podría surgir de eso una gran industria. Se estrenó con una obra monumental que todavía sigue siendo famosa en el país: la *Historia extensa de Colombia* —recuerda Germán Arciniegas en «Los libros de Lerner».

Salomón Lerner se casó en Bogotá con Rosa Grimberg y tuvo cuatro hijos. Luego, encargó a su cuñado Jacques Grimberg y a dos de sus hijos del negocio editorial en Colombia y partió hacia España para continuar sus proyectos librescos en ese país.

* * *

El 12 de septiembre de 1991, Hugo González inauguró la Sala Colombia, una sección de la librería dedicada a exhibir y ofrecer libros de autores y temas nacionales.

—Lo rodearon autores y editores, impresores, amigos y colegas al abrir, al lado de su inmenso establecimiento de la Jiménez, una bella librería para libros colombianos —dijo en ese entonces Bernardo Hoyos en «Una casa del libro colombiano»—. Un largo sueño hecho realidad. El Mono se inició entre los libros, de mensajero, a los 13 años. Hoy es un veterano, ejemplo de persistencia y amor singular por los libros del mundo y de Colombia.

La librería se amplió a 1.400 m^2 en donde se conservan hoy los más de 50.000 títulos que ofrece la sede ubicada en el centro de Bogotá.

A finales de 1992, Salomón Lerner estuvo unos días en Bogotá presentando un libro de gran formato publicado en España, *La corrida*, del pintor Fernando Botero, escrito por Gilbert Lascault. Unos años antes, en 1989, ya había publicado unas litografías y otro libro dedicado a la obra de Alejandro Obregón en la colección Maestros del arte contemporáneo.

—Yo estuve en esa presentación —dice Hernán Jara—. Estaba el presidente Gaviria. Don Salomón ya era un señor calvo y gordito.

—El señor Salomón era un hombre muy sencillo y dado a la gente. Saludaba de mano, sin problema —recuerda Nohora Ramírez, quien empezó siendo encuadernadora de la editorial, luego correctora de estilo de la *Historia extensa de Colombia* y al final pasó a manejar la tesorería.

—Era una persona muy cariñosa, muy compatible con todos —dice Martha Gómez, encargada del inventario.

* * *

Dicen, quienes conocieron a Hugo González que era uribista a rabiar, que le gustaban los caballos, que era una persona honrada, entregada a su trabajo, buena para manejar a la gente y que quería hacer de la Librería Lerner un espacio cálido. Capaz de conversar con sus clientes sobre las últimas novedades y de enfrentar a los frecuentes ladrones. Como la vez que pescó a un magistrado de la Corte Suprema escondiendo un volumen en la gabardina. Dicen que Hugo González le dijo:

—Oiga, señor magistrado, si quiere evitarse un escándalo mayor, mejor déjeme ese libro y aquí nunca más vuelva.

Un poeta colombiano escribió que Hugo González era un librero atípico.

—Sí, atípico —comenta Álvaro Arrubla—, porque era un tipo que no se daba ínfulas de intelectual, ni estaba echando carreta. Porque, entre otras cosas, Hugo, políticamente era muy conservador.

Algunos de los empleados de la librería recuerdan el carácter de Hugo González y sus enseñanzas.

—Me le quito el sombrero —dice Nohora Ramírez—. Yo oía que siempre era muy bravo. Eso cuando tenía que gritar, gritaba.

—De Medellín, paisita —cuenta Martha Gómez—. Muy buena gente. Cuando tenía que regañar, regañaba, pero uno aprendía mucho de él.

—Él lo animaba a uno con los clientes —dice Yolanda Hernández—. Por ejemplo: «Vaya, que ella lo atiende en pedagogía, porque ella sabe mucho del tema».

—Era un jodido —dice David Restrepo—. Si pedía un consejo era porque lo necesitaba, pero no admitía que se lo dieran. Le dio muy duro la enfermedad. Fue la única cosa que vi en su vida que lo descontroló.

* * *

Alba Inés Arias, quien trabajó en la Librería Lerner de 1985 a 1987, y regresó en 1998 para quedarse, es amable, recia, culta, heredera natural del vacío que dejó Hugo González y del cargo administrativo que Alejandro Burgos ejerció durante más de cincuenta años. Ahora es ella la que se encarga de todo.

—Esa sí lee. Es una cosa impresionante. Alba Inés ha limpiado y editado libros. Conoce todas las facetas de ese mundo —dice Álvaro Arrubla.

Para Alba Inés, el oficio del librero, o de las personas que se dedican a los libros, no es una quijotada ni un asunto romántico.

—Nosotros dependemos de esto —dice, sentada en uno de los sofás de la sala de lectura—. No tenemos más ingresos que esto y somos cincuenta personas. No hablemos de quijotadas, porque esta es la parte real, la parte vulgar de la cosa, esto es un negocio.

Los clientes entran y salen. Ligia Araque, Héctor Baquero, Hernán Jara, Henry Dueñas y Yolanda Hernández, pupilos de Hugo González, el librero que hizo de la Lerner la librería que es hoy en día, se pasean por los pasillos pendientes de los posibles compradores, los visitantes habituales y los ladrones. Atentos con los lectores, escritores, profesores, estudiantes y turistas. Durante años, estos libreros se formaron en el oficio de limpiar, organizar y entender los demasiados libros que ocupan los más de sesenta estantes de madera, sin contar los innumerables volúmenes ubicados en los anaqueles empotrados en las paredes.

El hombre que fundó la librería vive en Madrid, España, y tiene más de ochenta años. El gerente se retiró hace pocos meses. El librero, el señor González, murió en 2004. Pero la Librería Lerner sigue allí todavía. Si por casualidad pasan por la Avenida Jiménez, 4-35, ¿no querrían entrar a saludar? También le debo mucho.

MARTÍN KOHAN
(BUENOS AIRES, 1967)



Foto: © Alberto Sierra.

Enseña teoría literaria en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de la Patagonia. Publicó tres libros de ensayo: *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón, cuerpo y política* (en colaboración) (1998), *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (2004) y *Narrar a San Martín* (2005); dos libros de cuentos: *Muero contento* (1994) y *Una pena extraordinaria* (1998); y nueve novelas: *La pérdida de Laura* (1993), *El informe* (1996), *Los cautivos* (2000), *Dos veces junio* (2002), *Segundos afuera* (2005), *Museo de la Revolución* (2006), *Ciencias morales* (2007, ganadora del premio Herralde), *Cuentas pendientes* (2010) y *Bahía Blanca* (2012). Kohan fue profesor de secundaria y en sus clases dedicaba siempre tiempo a hacer lectura con sus estudiantes. Ahora profesor universitario, se confiesa tímido y dice que cuando enseña, actúa.

Este sol es pura agua

No importan las razones por las cuales uno llega a Bogotá: la primera razón de todas, la que trajo a los primeros viajeros, la que motivó las primeras llegadas, perdura en el nombre del aeropuerto. El Dorado: promesa indeclinable que a la vez, sin ironía, casi con ternura, nos confiesa que es de esa clase de promesas más intensas y más tentadoras, las más auténticas y justificadas, las promesas más radicales, las más verdaderas sin dudas, esas que nunca, pase lo que pase, sea lo que sea, van de ninguna manera a cumplirse.

Miento si digo que no pienso en besarla. Y al besarla, por qué no, envolverla como al descuido en un abrazo de apariencia casual. Se llama Ana y me recibe en el aeropuerto con la inquietud susurrada de si he volado bien, si no estoy demasiado cansado. Miento si digo que no pienso en besarla. Pero soy, en definitiva, lo sabido y lo de siempre, un moderado, un contenido, un mitigado, ya se trate del proceder (porque en cambio le estiro mi mano y la saludo con la corrección de los diplomáticos de carrera) o ya se trate del decir (porque, para ser del todo sincero, no pienso solamente en besarla).

Existen las ciudades que se ubican a prudente distancia de sus montañas (un caso: Santiago de Chile). Lo hacen para obtener el beneficio de la visión panorámica que es tan propia de las tarjetas postales. Y existen las ciudades que se ubican al pie pero para convertirse en una especie de mirador de sus propias montañas (un caso: Río de Janeiro), en una perpetua vanidad de adorar y de adorarse.

En cambio Bogotá se deja simplemente estar al pie de las montañas, con la deliciosa naturalidad de quien se echa o se recuesta, sin modestias pero sin alardes, sabiendo que encontró su lugar. Se lo digo de repente a Ana, pero ella se limita a sonreír, mirando por la ventanilla del auto. Ahora temo,

arrepentido, que piense de mí que soy uno de esos típicos turistas que apenas llegan a un lugar se creen con derecho a sacar conclusiones.

LLAMO A BUENOS AIRES: nadie me atiende.

—REGÁLEME SU FIRMA —me pide Ana, señalando, delicada, el final de una planilla. Lo hago, le regalo mi firma. Se me ocurre que ahora, si ella quisiera, podría indistintamente firmar con su nombre o con el mío, como si el mío, desde ahora, pudiese ser suyo también.

Decido dormirme pensando en eso. Pero es por pensar en eso, precisamente, que me acuesto y no me puedo dormir.

AMANECE A PLENO SOL. Lo comento en la mañana.

—Este sol es pura agua —me disuade, aunque sin énfasis, el taxista que me lleva hacia la charla.

¿Un sol de agua?, me digo. ¿Un sol que es pura agua? Se explica el hombre del taxi: tanto sol y tan caliente, desde hora tan primera, no anuncia otra cosa que lluvia. Como meteorólogo resulta impecable, porque lo concreto es que acierta; la tormenta, pasado un rato, le da por entero la razón. No obstante a mí que, previsible, el sol me lleva siempre a pensar tan sólo en llamas y en fuego, tanto más me impactó como poeta. Poeta sin intención, por pura fatalidad de la lengua, sin gasto de premeditación y esmero.

ALMUERZO CON ANA en La Romana de la Avenida Jiménez. Del otro lado de las cortinitas parejas, quedan la Plazoleta del Rosario y su sociabilidad, la calle que hace sus curvas, las montañas, el cielo en ruinas. Tentación de espiar por las rendijas, tentación de resquicio y de asomarse. Para mirar la calle hay miles de sitios. En La Romana hay que espiar.

Ana llega y se disculpa porque no pudo estar en la charla.

—Y menos mal que no estuviste en la fiesta que hubo anoche —agrega como en compensación.

Le digo que no estaba enterado de que anoche había una fiesta.

—Mejor así —concluye—. Menos mal que no estuviste. Pasan esa clase de cosas que, en fin, prefiero saber que no viste. Prefiero saber que no *me* viste.

No me atrevo a preguntar, se hace un silencio.

—Esas fiestas son un poco así. Y una cosa conduce a la otra. Yo misma no consigo entender hasta dónde me dejo llevar a veces.

Explico que si no fui es porque aterricé y no sabía.

—¡Pero no! —me exime—. Si me hubieras visto anoche, si hubieras estado ahí y me hubieras visto anoche, no me habría atrevido yo a venir ahora a este almuerzo.

En ese caso, reflexiono, mejor así; pero la verdad es que no digo nada.

LO QUE APRECIO en la Avenida Jiménez es su opción por la sinuosidad. Desemboca en las montañas tras dar curva y contracurva, como haciendo un juego de intriga; me gusta porque es indirecta, porque sabe demorar. La prefiero una y mil veces a esas tantas avenidas rectas, incapaces de misterio, que señalan su desenlace (en este caso, el Monserrate) con la saciedad de lo explícito. Por Jiménez hay que ir y venir. Ni ir ni venir: ir y venir.

Ana me revela que ese dibujo responde en verdad a lo que antes fue el curso serpenteante de un río. Asiento de inmediato y aprovecho para mirarla a los ojos. No quiero que piense de mí que soy incapaz de reconocer un río tan sólo porque le faltan el cauce, las orillas y el agua.

A LA TARDE TENGO OTRA CHARLA. Esta vez, Ana concurre. La sola idea de defraudarla me desespera.

DESPUÉS LLAMO A BUENOS AIRES. Nadie me atiende.

EL CIELO DE BOGOTÁ multiplica acontecimientos. No es como los otros cielos, apenas la techumbre que cubre los sitios donde las cosas pasan. En Bogotá las cosas que pasan, pasan también en el cielo, o antes que nada en el cielo, porque jamás se queda quieto ni permanece igual a sí mismo. Hoy por caso, en mi tercer día, clarea entre nubes pesadas, vaticinio ineluctable de tormentas. Pero a ese cielo pronto le sucede otro, y luego otro, y luego otro. Camino por la Carrera 7 mirando lo que me sale al paso, desde el cantor callejero de boleros hasta las imitaciones de Michael Jackson, desde las ferias de chucherías en las veredas hasta el perfil del edificio de «El Tiempo». Pero no dejo de mirar el cielo mientras tanto, nunca dejo de mirar el cielo mientras tanto.

ANA LLEGA MUY CANSADA, me dice que se siente mal. Adelanta sus disculpas por si fuera a mostrar fatiga en la charla de la tarde. Me explica, aunque yo no le pido que explique, que las cosas tomaron un curso extremo en la reunión que se hizo anoche en la casa de Mario. Le respondo que no sé quién es ese Mario y que nadie me avisó que se hacía una reunión en su casa.

—No era indispensable que vinieras —me tranquiliza Ana.

Los encantos pasteleros de la Florida están expuestos hacia la calle. Las mesas, las sillas, los mozos, esperan en la parte de atrás, si es que uno se decide a entrar. La seducción, que es lo que ambiciona, no está solamente en los contenidos que ofrece, sino también, y sobre todo, en la forma que decide adoptar.

Ana recomienda ciertos postres con chocolate. Y agrega, como si tal cosa, que cada cual es completamente dueño de hacer lo que mejor se le antoje con su ropa y con su cuerpo, pero que a veces ella misma se pregunta por qué mejor no se queda serenamente en su casa, mirando alguna película en la televisión o leyendo alguno de esos tantos libros que sabe que tiene pendientes.

—Me gustaría tanto leerte, por ejemplo —especifica.

EL CIELO ALLÁ EN BUENOS AIRES se anuncia siempre a sí mismo. Uno puede mirar a lo lejos hacia esa remota presunción que llamamos horizonte, y anticipar lo que vendrá. La planicie lo propicia: carecemos de sorpresas. En cambio no existen anticipos en el cielo de Bogotá. Lo que vaya a pasar en el cielo, el futuro que pronto tendrá, proviene siempre desde atrás de las montañas y las propias montañas lo ocultan. Sobre un cielo más o menos celeste, el Monserrate se pone de pronto a fabricar nubarrones negros y a soltarlos en la altura como quien echara a correr animales que hasta entonces permanecían cautivos. O al revés, decide tajear de repente la pantalla gris de un cielo encapotado hasta abrirle jirones de luz y fondo celeste. El futuro del cielo de Bogotá se esconde atrás de las montañas y las montañas lo van revelando con un criterio muy propio del suspenso y el desenlace.

DICE BENJAMIN, le digo a Ana, tanto en «El narrador» como en «Experiencia y pobreza», y en ambos casos con la intención de contrastar lo que cambia por completo con lo que permanece siempre idéntico, esta frase

deslumbrante: «Todo, salvo las nubes, había cambiado». Las nubes son la cifra, para él, de lo igual, de lo inmutable. Pero nada de eso, le detallo, entusiasmado, podría decirse en Bogotá. Porque si hay algo que en Bogotá va variando todo el tiempo, si hay algo que se transforma y no queda nunca igual, eso es precisamente las nubes.

Al instante me arrepiento de haberme expresado así. Temo que Ana piense de mí que soy uno de esos típicos profesores universitarios que no pueden hablar sin hacer citas, convocando a tal escritor, a tal filósofo o a tal crítico.

ANA AGOTA SU CUARTA TAZA DE CAFÉ. Al café negro aquí lo llaman tinto, palabra que en Buenos Aires remite por el contrario al vino. Ana me aclara que no es su criterio el de ponerse a tomar una cosa para revertir el haber tomado otras. Dice que hay cosas que uno hace porque decididamente le importan, y que hay otras que se presta a hacer justamente porque no le importan nada. Pero que, a veces, en ocasiones, cuando se traspasan todos los límites, cuando llegan inclusive a ocurrir cosas como las que ocurrieron anoche, hasta tan tarde, en la casa de Mario, es posible empezar a plantearse por qué motivos no nos importa eso que no nos importa.

Me decido a preguntarle, por fin, no por curiosidad, más bien por enloquecimiento, qué fue lo que pasó exactamente anoche en la casa de Mario, y anteanoche en esa fiesta, qué cosas son las que ella hizo, qué clase de cosas le hicieron.

Ana toma café y no responde.

EN EL HOTEL DONDE ME ALOJO se alojaron alguna vez, entre otros: John F. Kennedy, Nixon, Fidel Castro, Bill Clinton, Neil Armstrong, Celia Cruz, Óscar Córdoba, Valderrama. Una vitrina con una galería de fotos lo hace saber, en el pasillo que conduce desde el lobby al restaurante. Panteón de celebridades, algo tiene, sin embargo, de álbum familiar o de planilla de asistencia.

Se lo comento, al pasar, a Ana, mientras caminamos por La Candelaria rumbo a la siguiente charla.

A JESUCRISTO SE LO VE casi siempre sufriendo: tajeado, sangrante y semidesvanecido. Pero al menos se lo ve erguido. Clavado, sí, enhebrado con dolor en la cruz que lo eterniza. Pero erguido, aun en esas condiciones.

Las iglesias de Bogotá me deparan en cambio dos visiones singulares: la de un Cristo que se arrastra, caído en el suelo y aplastado; la de un Cristo que gatea, en cuatro patas, a lo perro, lo último que uno esperaría de la figuración de un dios, así sea de un dios que padece.

ANTES DE IR A ACOSTARME, calculando que por diferencia horaria lo que aquí es noche allá ya es madrugada, llamo una vez más a Buenos Aires. Una vez más, nadie me atiende.

ABRO LAS CORTINAS, en vez de cerrarlas. Después me voy a acostar. Prefiero que mañana sea la luz de Bogotá lo que me despierte, con el anuncio de que empezó el día. La luz de Bogotá es tan resuelta y cristalina que aumenta la realidad de cada cosa que toca, hasta dar la sensación de que ninguna es inalcanzable. Ninguna en absoluto, ni siquiera las montañas.

PERO ALGO MEJOR SUCEDE, y es que es la voz de Ana, en lugar de la luz del día, lo que al final me despierta. Un llamado telefónico de Ana. Me pregunta si estoy durmiendo. Le digo, le miento, que no. Me anuncia que un fotógrafo vendrá al hotel para hacer algunas tomas conmigo. Me dice que se llama Alberto. Que ella no va a poder acompañarme. Que podemos vernos más tarde. Que disfrute de Bogotá.

Presiento que ya va a despedirse, pero se frena. Dice que hay algo que quiere pedirme. Me hace feliz saber que Ana va a pedirme algo, me hace feliz saber que voy a poder cumplir algo que Ana me pida.

—Te imploro —refuerza.

Le pregunto qué.

Me pide que por nada del mundo, por nada del mundo, subraya, admita ver las fotos que alguna vez Alberto le sacó y que lleva siempre consigo.

—Hay cosas que uno hace porque pasan, porque duran un instante y desaparecen; pero las fotos detienen ese instante y lo vuelven definitivo. Te pido por favor que no aceptes ver esas fotos.

Le digo a Ana que por supuesto: que por nada del mundo aceptaría ver esas fotos.

Ana me dice que me haría una idea totalmente equivocada de ella si las viera. Que por favor no las vea.

Le digo que no voy a verlas.

Me pide que se lo jure.

Se lo juro.
Me pregunta si puede confiar en mí.
Le respondo que sí puede.
Me da las gracias.
No digo nada.

ALBERTO QUIERE FOTOS URBANAS. Dos o tres en la avenida, alguna en el banco de un parque, en las calles con pendiente, con fondo de Transmilenio, caminando en ficción de descuido, al pie del monumento a San Martín. Después vamos y subimos a la altura del Colpatria, ese edificio que, en las noches, actúa en sus cuatro caras las alucinaciones colectivas de la ciudad. Modestia de la altura humana: subimos y subimos y subimos y, al llegar a la azotea, a la cumbre, al techo mismo, seguimos estando apenas *al pie* del Monserrate. Varias fotos en panorama, con vista general de Bogotá.

Alberto cambia lentes. Alberto busca un reparo del viento. Alberto me señala, desde aquí, cuál es su casa. Alberto me cuenta que ha vivido tres meses en China. Alberto me dice dos oraciones en chino. Me aclara que es casi todo el chino que sabe.

Llevamos más de una hora juntos y todavía no ha dicho una sola palabra sobre las fotos de Ana. Ni hablar de darlas a ver.

Lo que yo juré fue no verlas, no juré no mencionarlas.

La altura y el viento provocan una rara sensación de intimidad.

Le pregunto a Alberto por esas fotos de Ana.

Alberto sonríe.

—¿También a ti te habló sobre esas fotos?

El dolor de celos que de pronto me lastima, ¿de dónde proviene? Proviene de la palabra «también».

—¿Es verdad que son tan terribles? —le pregunto.

—Sólo ella puede decirlo —me contesta.

Nada dice de mostrarme ahora esas fotos, y de este modo contribuye, sin saberlo, a que yo pueda cumplir con lo que prometí.

ESPERO A ANA en el café San Moritz. Es donde ella me citó, lo que en parte me resulta extraño, porque casi no hay mujeres en las mesas del café San Moritz. Hay una detrás del mostrador y hay otra que pasa ofreciendo billetes de lotería, pero ellas *están* en el San Moritz, no *vienen* al San Moritz. El resto son hombres de aire taciturno, sentados de a dos y

conversando en voz siempre muy baja, o solos y con la vista perdida en un punto que, aunque remoto, no está fuera del San Moritz. En una pared, dos fotos: una de Gaitán, otra de Carlos Gardel. La luz de la calle entra por un pasillo oscuro y anuncia la llegada de cualquiera que sea que venga. El techo de madera es la cita de otro tiempo. Pero, ¿qué sería de los semblantes adustos del café San Moritz, qué sería de los viriles semblantes adustos del café San Moritz, sin las canciones de amor que ahí se dejan oír de continuo? ¿Qué sería de los callados y los serios del café San Moritz, que sería de los hombres callados y serios del café San Moritz, sin las canciones de amor que ahí se dejan oír de continuo? En ellas está la verdad, el trasfondo sentimental de los aires recios, el secreto de ternura que subyace al gesto firme. No falta el que, por ejemplo, se larga a cantar un estribillo de Nino Bravo o de Roberto Carlos, y hasta un bolero mexicano entero. Es cosa de hombres un romanticismo así.

ANA LLEGA CON LENTES OSCUROS. Inmensos lentes oscuros que le cubren casi toda la cara. Al entrar no se los quita, a pesar de que el sol quedó afuera. Trato de ver a través de esos cristales de humo: los ojos de Ana, las mejillas de Ana. No se puede. Habría que llamarles máscara a esos anteojos que trae. Escondite, refugio, trampa.

—¿Dormiste mal?

—No dormí.

Ana me pide que pague y que nos vayamos. La última charla será en un rato. Me vuelvo a Buenos Aires mañana.

—¿Qué pasó? ¿No pudiste dormir, acaso?

—No es que no pude. Es que no dormí.

El café en el San Moritz cuesta mil pesos. Pago con un billete ajado donde también está Gaitán.

—Es feo no poder dormir —propongo.

—Más feo es no querer —responde.

Le pregunto a Ana si aceptaría quitarse los anteojos un momento. ¿Qué habrá detrás? ¿Fatiga? ¿Marcas? ¿Marcas de qué? Ana me contesta que no, que de ninguna manera. Y se acerca para darme un beso en la mejilla. Mientras salimos, a nuestras espaldas, alguien dice, entre guitarras, que en la vida hay amores que nunca pueden olvidarse.

LE COMENTO A ANA lo de la estatua de San Martín en Bogotá. La estatua de siempre: el caballo en dos patas, el héroe erguido, la trascendencia, la gloria, la inmortalidad. El prócer habitualmente busca altura: el brazo se eleva y se prolonga en la mano firme, para culminar en el dedo señero que apunta al futuro y al destino. Pero hay un detalle que me cautiva en la estatua de San Martín en Bogotá. Y es que la muñeca se quiebra. En vez de sostener la continuidad en pleno ascenso del brazo en la mano y de la mano en el dedo, se parte y altera el gesto en todo: el héroe nacional que pretende estar señalando lo eterno, más se asemeja de pronto, por ese solo detalle, a un mero profesor que convoca a un alumno para que pase al frente a dar lección, o a un simple comprador en una pescadería que le muestra al vendedor cuál de todos los pescados quiere.

Apenas lo digo, me arrepiento. Temo que Ana piense de mí que soy el típico argentino que anda por el mundo rastreando huellas de la argentinidad.

DESPUÉS DE LA CHARLA, camino al hotel, Ana me hace saber que mañana ella me va a acompañar al aeropuerto. Y agrega que le gustaría que antes pasara yo por su casa. Me dice que quisiera mostrarme el lugar donde vive.

Refuerza así: que le gustaría realmente mucho.

Y matiza así: que sin embargo no quiere ocasionarme molestias justo el día de mi regreso.

Yo le aseguro con resolución que no me ocasiona la más mínima molestia. Al contrario.

DEBERÍA LLAMAR a Buenos Aires, pero no llamo. ¿Para qué voy a llamar?

ME GUSTA MUCHO, en las noches de Bogotá, saber que las montañas siguen ahí. Así, sin verlas, puro silencio.

ME PREPARO PARA EL DESVELO, pero sucede justamente al revés. Duermo la noche entera, con entera placidez, soñando tanto como si coleccionara sueños.

ANA VIVE EN LA ZONA ROSA. El Transmilenio me lleva con la misma urgencia que yo mismo siento. Bajo y camino entre arboledas y limpieza.

No había sol cuando salí del hotel, pero hay sol ahora. Las calles están especialmente calladas.

Llego hasta la casa de Ana, me anuncio abajo, subo tres pisos. Su puerta queda justo a mitad de pasillo. Se abre antes de que alcance a tocar el timbre. Pero no es ella quien la abre. No es ella, es Enrique. ¿Enrique? Enrique, sí, su marido. Detrás de Enrique, asoma Ana. Y detrás de Ana, asoman Toño, Daniel y Valentín. Siete años, cinco años, dos años: sus hijos. Ana se disculpa por el desorden de la casa, que a mi juicio luce impecable. También se disculpa por ofrecerme apenas una comida pronta, en lugar de un almuerzo formal.

Me siento y Enrique se sienta también, a conversar un poco conmigo. Pierdo a Ana de vista, supongo que está en la cocina.

—La vida de escritor —comenta Enrique—. Debe ser apasionante.

Podría hasta darme una palmada en la rodilla al decirlo.

—En verdad no lo es en absoluto —lo desencanto—. Todo el día sentado y solo. Leyendo o escribiendo. Sentado y solo.

Enrique alza las cejas.

—Y eso en el caso de los escritores más vitales —completo—. Otros hacen lo mismo, pero acostados. En la cama todo el día.

Enrique carraspea y se acomoda el cuello de la camisa. Me dice que en cambio él se dedica al comercio de maquinaria agrícola y que es un mundo apasionante. Me detalla a continuación las características de no menos de seis modelos de tractor.

Se detiene cuando aparece Ana.

Ana invita a la mesa, llama a sus hijos. Me pongo a calcular mentalmente a qué edad los habrá tenido.

Valentín es el más chico: ha hecho un dibujo para mí y me lo trae. Dos enormes ojos redondos y un frenesí de rayas verdes. «El Sapo Pepe», me explica Ana; de inmediato le pide a Valentín que cante para mí la canción del Sapo Pepe y a continuación comienza ella misma a cantarla para estimularlo a que él también lo haga.

Toño interrumpe para preguntarme yo por quién voy: si por Millonarios o por Santa Fe.

No sé muy bien qué decir y arriesgo un nombre: Millonarios.

Entonces Daniel me hace saber que todos ellos (dice así: «todos nosotros») son en cambio de Santa Fe.

El padre se señala el pecho y sonríe con inocultable orgullo.

Cabemos perfectamente bien en la Toyota Hilux que maneja Enrique. Ana sube dando casi un salto, y el tiempo parece detenerse mientras lo hace y queda en el aire.

Yo voy atrás, con los tres niños.

Mirando la nuca de Ana.

En el aeropuerto me despiden los cinco ondeando cariñosamente las manos: Ana, Enrique, Toño, Daniel, Valentín. Lo hacen todos a la misma velocidad, casi diría que de una misma manera.

Un rato después, con fondo de turbinas, después de haberlos admirado tanto de lejos, me hundo en el cielo y en la luz de Bogotá.

Buenos Aires, Comodoro Rivadavia, Monterrey
Noviembre de 2013

Frank Báez
(Santo Domingo, 1978)



Foto: © Alberto Sierra.

Licenciado en psicología por el INTEC con posgrado en investigación social por la University of Chicago at Illinois. Ha publicado los libros *Jarrón y otros poemas* (Editorial Betania, Madrid, 2004; Cielo Naranja, Berlín, 2013); *Págales tú a los psicoanalistas* (Editorial Ferilibro, Santo Domingo, 2007), con el que obtuvo el Premio Internacional de Cuento Joven de la Feria Internacional del libro; *Postales* (Editorial Casa de Poesía, San José, 2008; Editorial Textos de Cartón, Córdoba, 2009, Editorial Cara de Cuis, Córdoba, 2010, 2011; Editorial Ediciones De a Poco, Santo Domingo, 2011; Ediciones Liliputienses, Madrid, 2012), que obtuvo el Premio Nacional de Poesía «Salomé Ureña», máximo galardón a una obra poética en República Dominicana; *En Rosario no se baila cumbia* (Editorial Folía, Buenos Aires, 2011) y *En Granada no duerme nadie* (Fondo editorial Soma, Managua, 2013). Editor de la revista *Global* http://www.editorialfunglode.com/index.php/perfil-revista-global y coeditor de la revista *Ping Pong* http://www.revistapingpong.org/. Forma parte del colectivo de spoken word *El Hombrecito* («http://www.elhombrecito.com/») que ha editado dos discos: *Llegó el Hombrecito* (2009) y *La última vuelta* (2012). Sus textos se han traducido a varios idiomas. Su página: www.frankbaez.com.

UN MILAGRO EN BOGOTÁ

EN BOGOTÁ ME SUCEDIÓ UN MILAGRO. No me refiero a esos milagros en que uno ve de repente al Cristo de la agonía crecerle el pelo en la iglesia de San Francisco. No, lo que me pasó fue otra cosa: cuando caminaba de noche por la séptima, ocho gamines se me lanzaron encima para atracarme y yo salí ileso y con todas mis pertenencias. Sé que es difícil de creer. Es más, si no hubiese estado con mi amigo norteamericano Kris que lo presenció todo, creo que tampoco yo lo creería.

A Kris lo acompañaba por la séptima a eso de las dos de la mañana. Buscábamos unas invitaciones que se le habían caído. Por lo que no sólo atravesábamos esa calle a una hora imprudente, sino que lo hacíamos con la cabeza gacha y la mirada puesta en el pavimento a ver si encontrábamos las invitaciones, que por cierto, eran para un *brunch*.

Pero aún puede ser más absurdo. Kris se dedica al negocio del arte y tiene una galería en la ciudad de San Francisco. Había ido a Bogotá para la artBo que se inauguraba esa noche. Incluso se da el caso de que a donde estábamos supuestos a dirigirnos era a un *after party* de la artBo. Como Kris es un poco excéntrico, estaba vestido con unos lentes rosados, una camiseta tropical de mangas cortas, pantalones oscuros y un chal rojo que usaba para cobijarse del frío. A esto hay que añadirle que es rubio, jovencito y tiene los brazos tatuados. En fin, uno de esos looks que a esa hora y con esa oscuridad parecían decir atráquenme que cargo muchos dólares. Por esa razón, yo no dejaba de mirar al pavimento y a Kris, a quien vigilaba como si fuese su guardaespaldas, dejándolo que se fuera varios metros delante, al punto que cuando alcanzamos el lado menos alumbrado de la calle y los gamines aparecieron y se lanzaron sobre mí, incluso uno de ellos poniéndome una navaja en el cuello, no tuve tiempo de reaccionar. Lo único que recuerdo es que en un segundo los tenía a todos encima y al siguiente estaba corriendo a donde me esperaba Kris.

Quizás ustedes piensen que la presencia de la policía con sus ametralladoras y con sus perros provocó la desbandada de mis potenciales atracadores. Pero no había ninguno por los alrededores. Por lo que si no me agredieron y no me robaron fue porque en el último momento los gamines decidieron no hacerlo. ¿Habrán pensado que no tenía dinero suficiente? ¿Les habré parecido un dominicano miserable que no valía la pena desgraciar? Puede ser. Aunque la realidad era que tenía una cámara en un bolsillo y llevaba tarjetas de crédito y algunos dólares. Además, llevaba puesto un suéter de Comme des Garçon que costó mucho dinero. Así que no le encuentro mucho sentido a que me dejaran ir a esa hora de la noche. Sea como sea, lo hicieron y yo llegué corriendo a la esquina donde estaba Kris esperándome.

—¡Fue un milagro! —exclamó mi amigo gringo.

Aquella fue la primera vez que oí la palabra milagro relacionada con mi intento de atraco. De ahí en adelante todo el mundo usaría esa palabra para al hablar al respecto. Me sentía como si estuviera en una misa de sanación o en un segmento de Primer Impacto. A pesar de esto, cada vez que contaba lo del milagro los bogotanos procedían a compartir sus historias de atracos. Me contaron historias sórdidas. Historias terroríficas. Historias divertidas. Las experiencias eran similares a las dominicanas y a las de otros rincones de Latinoamérica. Así conocí la historia del joven escritor Luis Rafael Gutiérrez, un costeño que vino sin un centavo a Bogotá y que vagando por los alrededores fue asaltado por un grupo de gamines parecidos a los que intentaron atracarme. Asustado y con los bolsillos vacíos, Luis Rafael les explicó que no tenía dinero y que estaba pasando hambre y frío en Bogotá y que les gustaría unírseles. Por supuesto, los atracadores no le tocaron un pelo y se fueron raudos y con temor de que se les uniera el escritor costeño. La escritora Mariana Jaramillo no tuvo la misma suerte. A la salida de un bar fue rodeada por unos tipos que le pusieron un revólver en el estómago y la forzaron a que les entregara la cartera. A la semana alguien llamó a su casa para decirle que tenía sus papeles. Fue con su mamá y su novio albino a Las Cruces a procurarlos. Tuvieron que darle plata al gamín que según explicaba los había rescatado con toda la buena fe del mundo de una chatarrería. Mariana también me contó que en una ocasión estaba caminando hacia el trabajo, cuando de repente un tipo le hizo un abrazo de oso y amenazándola con un objeto punzante le pidió que le entregara todo. Mientras ella negociaba para que al menos le dejara los papeles, se acercó

un visitador médico que enfrentó al atracador, lo insultó y estuvo a punto de pegarle con el maletín, pero el atracador emprendió la huída. Con tal de recompensar el acto de heroicidad, Mariana le compró al visitador médico un jugo de mora de cajita.

Al contarle lo del milagro a la mesera del restaurante donde desayunaba, ésta me recomendó que hiciera un peregrinaje hacia el cerro de Monserrate para agradecer la bendición que había recibido. Sin embargo, cuando el fotógrafo Alberto Sierra refirió que una mañana en que hacía su caminata rutinaria hasta el Monserrate fue atracado por un muchacho de trece años, desistí. Cuando el muchacho le ordenó a Alberto que le diera todo lo que llevaba encima, este le dijo que sólo traía dos mil pesos para una gaseosa que quería tomarse en la cima. Para humillarlo, el muchacho señaló los tenis mugrosos de Alberto y le ordenó que se los entregara. Por lo que Alberto terminó bajando descalzo la larga pendiente que conduce a Monserrate. Pero ese no fue el único robo que sufrió. En otra ocasión, fue asaltado junto a una periodista europea con la que iba a realizar un reportaje en un barrio del que no recuerdo el nombre, pero que debía ser muy caliente. Digamos que era El Amparo. Aunque bien pudo haber sido El Codito. La cosa es que Alberto y la periodista fueron interceptados por una banda de gamines a las afueras del parqueadero donde habían dejado el carro. Por el lado derecho se llevaron a la periodista europea y por el izquierdo se llevaron a Alberto. Tras robarle su cámara Nikon lo obligaron a que se echara a correr y le diera una vuelta a la manzana. Mientras corría Alberto no dejaba de preocuparse por la periodista europea y de pensar en cómo la rescataría, lo que no fue necesario, ya que a los pocos segundos la vio corriendo hacia él en dirección contraria. Al igual que a Alberto, a la periodista le habían robado y mandado a que se echara a correr por la manzana. En cuanto a la cámara Nikon, apareció cinco años después en una compraventa, donde Alberto no tuvo de otra que volver a comprarla.

Por supuesto, hay historias más terribles. Historias de paseos millonarios. Historias de violaciones, de ajustes de cuentas, de asesinatos. Por ejemplo, aquella que me contó la restauradora del teatro Faenza. Inaugurado en 1924, el Faenza fue el teatro más importante de Bogotá y el primero en proyectar películas. Ya para los setenta y los ochenta comenzó a decaer y terminó convertido en cine porno. Por esa época corrió el rumor de que dentro filmaban películas *snuff* y de que a los que paseaban de noche por la séptima los secuestraban y los arrastraban al tenebroso cuarto del Faenza

donde eran torturados y filmados. Al empezar el proyecto, la restauradora pensaba que se trataba de una leyenda urbana, pero durante los trabajos de acondicionamiento descubrieron un cuarto subterráneo, ubicado debajo de la taquilla, donde encontraron armas punzantes, navajas e instrumentos sadomasoquistas.

Para mí una de las pesadillas más terroríficas es la de ser torturado. Pero aún más me aterra la idea de quedar desnudo en medio de la calle. Algo parecido le ocurrió al escritor Miguel Ángel Manrique, a quien los gamines le robaron todo. Cuando digo todo, me refiero a que lo despojaron de su ropa y lo dejaron en pelotas al aire libre. Aprovechando la mención de su atraco, quiero contar algo que me dijo Miguel en su apartamento de La Macarena. Me confesó que la violencia en Bogotá se había vuelto un cliché y había que reinventarla literariamente. Con esto en mente, él viene escribiendo desde hace unos años unas novelas de zombis que son metáforas de la violencia en la sociedad colombiana actual. Cuando le conté lo que me había pasado, Miguel lo analizó a partir de esa metáfora y propuso que quizás yo era inmune al virus y por eso los gamines —palabra que de alguna manera me remite a zombis— no me hicieron daño.

Pero no es mi intención analizar la violencia. Lo que quiero contar es mi milagro. Además, para escribir de este tema, lo primero que debiera hacer es ir a la librería Merlín, comprar uno a uno los libros que llenan los estantes que están etiquetados con el tema *Violencia en Colombia* y leerlos. En fin, escriba de un milagro o de la violencia, lo que me preocupa es si estoy tratando a Bogotá en este texto con el mismo prejuicio con el que me trataban los bogotanos que pensaban que por ser dominicano y caribeño iba a ser un excelente bailarín de salsa. Perdonen que me vaya por las ramas, pero tengo que mencionar el asunto de la salsa. Como se pudieron dar cuenta Daniel Chaparro, John Galán Casanova y otros amigos que me acompañaron a Cuba Antigua y a A Seis Manos, no soy un gran bailarín. Incluso recuerdo la expectativa de todos cuando me paré a bailar, la manera en que rodearon la pista y las caras de decepción que pusieron cuando empecé a bailar como gringo.

—Ave maría, me ha decepcionado, dominicano —dijo un tipo alto y barbudo cuando puse un pie fuera de la pista.

Ya que fracasé con la salsa, la bailarina Lina Gaviria me consiguió un pase vip para *Hip hop al parque*. Justo antes de que tocara Public Enemy uno de los organizadores tomó el micrófono y pidió que por favor dejaran

de atracar a los turistas norteamericanos que habían venido a ver hip hop. Volteé la cabeza y me quedé observando la masa de setenta mil personas donde supuse que estaban los gamines de aquella noche. La actuación de Public Enemy fue impresionante. Casi al final, Flavor Flav se quitó la camiseta —cosa que según él nunca hace— y la lanzó al público. Fue atrapada por una horda de fans. Al parecer era una camiseta de buena calidad, ya que los fans la halaron de un lado a otro y la camiseta no se rompía. A pesar de que Public Enemy tocó la última canción, los fans seguían con la camiseta de aquí para allá como si fuese un elástico. A pesar de que se la rifaron y hasta jugaron piedra, papel y tijera, no llegaron a ponerse de acuerdo. Supongo que ahora que escribo esto ellos continúan ahí halando la camiseta.

Pero volviendo al milagro y los atracos, sí hubo una anécdota que se parece un poco a lo que me sucedió. Esta me la contó mi amigo el poeta Darío Jaramillo mientras almorzábamos en su apartamento. Años atrás, Carlos Gaviria, que fue candidato presidencial, fue interceptado por unos gamines que se subieron a su carro con la intención de hacerle un paseo millonario. Todo iba a las mil maravillas hasta que uno de los atracadores se percató de quién era la víctima.

—Doctor Gaviria —le dijo—, que pena con usted, yo no lo quiero atracar.

Acto seguido, los gamines salieron del carro y el doctor Gaviria no los volvió a ver más nunca en su vida. Tras reírnos de la anécdota Darío trajo helado.

—Quizás a los gamines les gustaba tu poesía y por eso no te atracaron —dijo, mientras repartía el postre. Pensé que era lo más absurdo que había oído y se lo dije, y luego ambos hundimos las cucharas con alivio.

ALEJANDRA COSTAMAGNA
(SANTIAGO DE CHILE, 1970)



Foto: © Alberto Sierra.

Es periodista y magíster en literatura. Su obra ha sido reconocida por la crítica y recibió elogios de Roberto Bolaño. Ha publicado las novelas *En voz baja* (Premio Juegos Literarios Gabriela Mistral, 1996), *Ciudadano en retiro* (1998), *Cansado ya del sol* (2002) y *Dile que no estoy* (finalista del Premio Planeta-Casa de América, 2007), y los libros de cuentos *Malas noches* (2000), *Últimos fuegos* (2005), *Naturalezas muertas* (2010) y *Animales domésticos* (2011). Ha escrito para revistas como *Gatopardo*, *Rolling Stone* y *El Malpensante*. En 2003 obtuvo la beca del International Writing Program de la Universidad de Iowa, Estados Unidos. Su obra ha sido traducida al italiano, danés y coreano. En Alemania le fue otorgado el Premio Literario Anna Seghers 2008 al mejor autor latinoamericano del año. Confiesa que escribe por curiosidad y que libra una batalla contra el insomnio en la que su peor pesadilla es quedar despierta para siempre.

Palabras por minuto

Pasajeros

«De Chile», le respondo al pasajero en la buseta (la micro, para mí). El hombre me ha preguntado de dónde soy. Pero la pregunta no ha sido «¿de dónde es usted?», ni menos «¿de dónde eres tú?». El hombre ha dicho: «¿de dónde es su merced?». Y más que «su merced», en realidad, ha dicho «sumercé». Ahora soy yo la que pregunta cosas, cualquier cosa, para seguir escuchándolo. El acento, las palabras, el tono cantadito. Una niña me preguntará al día siguiente, en una biblioteca pública, cuántos idiomas hablo. Yo le diré que hablo chileno y argentino —incluso uruguayo, si me esfuerzo un poco— y que he viajado más de cuatro mil kilómetros desde mi terruño para aprender el bogotano. Eso hago desde el primer y hasta el último minuto en la ciudad que alguna vez fue considerada la Atenas sudamericana. Escucho, escucho, todas las antenas sintonizadas en el habla. Mi primera salida es arriba de esa buseta que me lleva por la carrera Décima hacia el norte. El trajín de la ciudad corre como una película desde la ventanilla. Una película muda, a la que invento un sonido. Los cerros Monserrate y Guadalupe, verdeoscurísimos, podrían ser primos altiplánicos del San Cristóbal y el Santa Lucía de Santiago, pienso. Me voy sintiendo en casa a dos mil seiscientos metros de altura; en cualquier momento me vuelvo rola. El pasajero que me ha llamado «su merced» ahora se despide con excesiva amabilidad —luego me daré cuenta de que la amabilidad es un gesto habitual, como si los buenos modales formaran parte del adn bogotano— y baja de la buseta. Me da pena que se vaya. Pero pena en chileno, que es lástima, y no en colombiano, que es vergüenza. Ahora sube un hombre que vende tejidos y collares artesanales. «Buenas tardes, señoras y señores», dice sin alzar demasiado la voz. Por un minuto llego a pensar que los bogotanos no gritan. «¿Sabe usted lo que es el orgullo?», pregunta el hombre a un pasajero que no le da ni la hora. Y como la respuesta no llega, el viejo dice: «El orgullo es la fuente de todas las enfermedades». Después

sabré que ésa es una frase de Pascal, pero el hombre la suelta con tanta elocuencia que parece propia, inspirada, la palabra justa en el momento justo. Con la música del vendedor archivada en algún rincón de mi cabeza, un collar de colores en el cuello y los cerros frondosos a mi izquierda, bajo del bus y camino de vuelta hacia el hotel. Truenos, rayos. Anuncios de tormenta: ahora le toca hablar al cielo.

Expresión bogotana favorita: «Echar carreta». En chileno sería algo así como «saber engrupir» o «tener labia». Mario Jursich, bogotano con extensa genealogía migratoria, editor de *El Malpensante* —esa revista que desde el título mismo proyecta en las palabras un patrimonio vivo del pensamiento— cree que la expresión viene del carrete del hilo. Dice que hablar bien sigue siendo muy apreciado en la vida cotidiana. Que se valora la elocuencia. Lo dice con convicción pero sin alarde, y deja en reposo las palabras por unos segundos. Sabe que echar carreta también es dominar el silencio. Recuerdo al viejo de los tejidos y los collares, pienso en el lenguaje como la extensa hebra de una manta que nos envuelve. El carrete del habla, el hilo de la lengua.

El pasado en el presente

Mis compañeros de ruta en este ciclo de Bogotá Contada son la uruguaya Inés Bortagaray, el argentino Martín Kohan y el dominicano Frank Báez. Mientras caminamos por la calle 26 hacia el Centro de Memoria Histórica escucho la voz de otro vendedor ambulante: «minutos, minutos». Es cosa de prestar atención: casi en todas las esquinas hay algún kiosco o un puestito improvisado con letreros que anuncian la venta de minutos telefónicos. Minutos, minutos. Venden tiempo, fantaseo al principio. El sueño de vivir un presente infinito. Deme veinte, treinta kilos, por favor. Pero los minutos reales corren y ya estamos en el sitio donde hablaremos de literatura y memoria. «Narrativas en contexto de represión y transición: cuatro experiencias latinoamericanas», anuncia el afiche en la entrada. En esta enorme edificación construida bajo tierra, a un costado del Cementerio Central, vemos el inicio de un documental sobre la violencia en Colombia. Sobre La Violencia con mayúsculas, en realidad, tal como se refieren ellos al periodo que va de 1948 —tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán— a la tregua partidista de 1958. Pero la violencia en Colombia sigue hasta el día

de hoy, y así lo consignan los miles de archivos de este memorial. Y no hay mayúsculas capaces de graficar su siniestra vigencia. Late en la sociedad, la vemos en los contingentes de desplazados que emigran cada día, la olfateamos en los militares con metralletas que circulan por las calles, en los amenazantes perros rottweiler con bozales junto a los policías, en el noticiero, en las conversaciones nocturnas. La voz de Gaitán nos llega ahora desde el pasado: de la Marcha del Silencio, en febrero de 1948, dos meses antes de su asesinato. Desde algún rincón de la memoria me llega también la voz de Salvador Allende y se funde con la de Eliécer Gaitán. Pienso en el amorío de Allende con Gloria Gaitán, la hija del líder colombiano. Pienso en ese hijo que esperaban en septiembre de 1973 y que no nació. Pienso cómo habría sido ese Allende Gaitán huérfano de padre y de abuelo, con esas dos patrias quebradas. Escucho el discurso de uno: «Gentes que vinieron de todo el país, de todas las latitudes —de los llanos ardientes y de las frías altiplanicies— han llegado a congregarse en esta plaza, cuna de nuestras libertades, para expresar la irrevocable decisión de defender sus derechos». Escucho la voz del otro: «Trabajadores de mi Patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor». Escucho ahora el eco de las voces de Inés, Martín y Frank, que hablan de los procesos de Uruguay, Argentina y República Dominicana; de sus memorias. De las colectivas y las individuales. No de la memoria contra el olvido, sino de las memorias enfrentadas a las memorias. De Funes, el memorioso personaje de Borges que termina desbordado en la imposibilidad del olvido. De la naturalización del horror en la vida cotidiana. De las formas posibles de narrar hoy ese horror, de las palabras que se gastan, del silencio, de los hijos de una época, de los padres militantes, de los nuevos códigos para los viejos temas, del *cómo* en la literatura. La palabra, ahora, es de un hombre del público: «¿Qué tendrá que suceder para que en Colombia haya una memoria nueva, una manera de decir nueva?», suelta al aire. El silencio que viene a continuación parece un grito en la sala. No sabemos aún que ésa será una pregunta recurrente, una especie de mantra que nos acompañará en todos o casi todos los diálogos que sostendremos en Bogotá.

Nombre favorito de barrio bogotano: La Favorita. Aunque también me gustan La Perseverancia, Cama Vieja, Paloquemao y La Soledad.

Violencia y rumba

Está la violencia latente, ya lo vemos. Pero también (y muy cerca) la rumba. El miedo y la fiesta, el horror y el goce: ese contraste permanente en la vida bogotana. La sepultura y la cama, de manera gráfica, en las letras de la banda afrolatina hiphopera Tumbacatre, integrada por caleños, bogotanos, caribeños, cubanos y franceses. «Soy la mirada de un animal / en mi pupila veo un funeral / quieren acabar con mi territorio / los pasos del silencio son notorios», canta uno de los integrantes al ritmo de una melodía gitana. *El retrete* se llama la canción, y en el escenario de un local céntrico llamado Subterráneo hay dos retretes adornados con guirnaldas y luces de colores. Es viernes, son las dos de la madrugada. Todos bailamos con todos, todos bailamos de todo: salsa, hip-hop, merengue, bachata, rock, cumbia. Entre la multitud se me pierden Mariana y Daniel, los amigos anfitriones. Se me pierde también Frank, que es poeta y músico, que la noche anterior ha zafado de un asalto acá cerca, a un par de cuadras, que en República Dominicana tiene una banda llamada El Hombrecito. Pero doy vuelta la cabeza y veo a los tres en la pista, moviéndose que da gusto. Esa noche tengo la sensación de estar en un país dentro de otro país dentro de otro país. Al día siguiente Daniel me contará la historia de su padre.

Nombre favorito de calle bogotana: Calle de la Fatiga. Aunque también me gustan las calles Sola, De los Amigos, Del Consuelo, De la Enseñanza, Del Aseo, Del Descuido y De la Cajita de Agua.

Un jardín florecido con heridas

La historia del periodista y poeta Julio Daniel Chaparro Hurtado, nacido en 1962 y asesinado en 1991, es también la historia de su hijo, Daniel Chaparro Díaz. Es una historia de genealogías interrumpidas, de ramales de la violencia en los espacios íntimos. Chaparro padre había publicado tres poemarios y ganado el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar por su serie «Lo que la violencia se llevó», cuando fue ultimado en el municipio de Segovia, en Antioquia. Trabajaba para el diario *El Espectador* y el 25 de

abril de 1991 había viajado con el fotógrafo Jorge Enrique Torres para escribir sobre la masacre ocurrida en la zona, en noviembre de 1988. Sobre las secuelas de aquella masacre. Pero el mismo día que llegaron, a las seis y media de la tarde, fueron abordados por cuatro hombres que les dispararon por la espalda con armas automáticas. Su hijo Daniel, con quien he bailado anoche las canciones de Tumbacatre, tenía entonces ocho años. Sus recuerdos son difusos, pero está empeñado en sacarlos a la superficie. La tesis de su maestría como politólogo e historiador por la Universidad de Los Andes se tituló *Los rumores del silencio: la memoria en Segovia y la memoria en casa*. Hasta hoy el caso de su padre sigue en la impunidad. Daniel me regala un libro póstumo, titulado *De nuevo soy agosto*. Una antología de poemas armada por el hijo en 2012, donde el padre, su padre, clava puñales como éste: «no nacerán más hijos / sólo la ira irá creciendo como un árbol / como un jardín florecido con heridas».

Librería bogotana favorita: «Merlín». Es una casa antigua, de cuatro pisos, ubicada en la carrera Octava con calle 16. Un laberinto monstruoso de letras, con múltiples habitaciones a modo de bibliotecas temáticas, más de ciento cincuenta mil libros usados, rinconcitos de antigüedades, revistas, mapas y objetos de colección. Aquí pienso quedarme a vivir.

Animales domésticos

Se llaman Muñeca, Paloma, Erizo, Pepe y Flora. Son cinco cuyes que madrugan todos los sábados para ir y venir desde la línea de partida hasta la meta, desde la meta hasta la línea de partida. Son esclavos, pero al menos se salvan de la cacerola. El público apuesta a que los cuyes se meterán en una de las veinte casitas (unos cascos de colores, con un hueco a modo de puerta) que tienen frente a ellos. Y ponen monedas sobre sus apuestas. El que le achunte se lleva cinco veces la cantidad de dinero que ha depositado. Pero los animales se hacen de rogar. Parten con pasos rápidos, se detienen frente a una de las casitas, vacilan, están a punto de entrar, dan media vuelta, vuelven y así. Son los reyes de la carrera séptima cada sábado por la mañana, y éstos son sus minutos de fama. Aparte de los cuyes, veo perros con bozales y uno que otro pájaro en Bogotá. Gatos, sólo uno. Pero veo un libro que lleva el mismo título que el mío: *Animales domésticos*. Es de Antonio García Ángel y en sus páginas tiene al pescado más triste del

mundo, que lleva una vida de vidrio; a una iguana semejante a un guerrero chino; a unos perritos burgueses; a una lora liberada y a otros humanos igualmente domésticos.

Peor insulto colombiano favorito: «gonorrea». Aunque también me gusta mucho «hijueputa».

Llamadas telefónicas

Los organizadores de Bogotá Contada nos han entregado teléfonos celulares para estar ubicables. Al final del viaje me quedo sin saldo, pero no me aproblemo porque he visto los carteles de venta de minutos en todas las esquinas. Necesito llamar a Inés, Frank, Martín, Pilar, Antonio, Daniel, Mariana, Valentín, Alberto, Ricardo, a todos los amigos, para despedirme. Me acerco a una vendedora de minutos sentada junto a un carrito y le digo que quiero cargar el teléfono. Le pregunto el precio. Dos mil, dice. Le pido que me ponga cinco mil. ¿Dos o tres llamadas?, pregunta. Lo que alcance, respondo. Ella me acerca un celular. No, le digo, necesito este número. Y le indico los dígitos que están escritos detrás de mi teléfono. La señora me mira con expresión de extrañeza y baja la vista hacia su celular. Justo en ese instante mi aparato empieza a sonar. No conozco el número de quien llama y me sorprendo. Pero la más sorprendida es la señora que ahora dice: «¿Pero su merced quiere hablar con su merced?». Entonces me doy cuenta de que la venta de minutos no es para recargar los teléfonos, sino para hacer llamadas. Y la señora ha discado mi número y ahora me está llamando. Recién caigo: éstas son las réplicas humanas de los prehistóricos teléfonos públicos. Aquí no se cargan celulares, su merced. A la vuelta de la esquina, en un almacén de barrio, por fin logro comprar minutos. Después me siento en un café a llamar. Tengo el aparato en la oreja cuando se me acerca una mendiga. «¿Sabe por qué Charles Chaplin no hablaba?», me pregunta, muy seria. Y no espera mi respuesta para largar el chiste: «Porque su mamá le decía todo el tiempo *no Charles, no Charles*». Le falta una coma al vocativo, claro, pero el relato oral funciona. A la mujer, que sabe echar carreta, le funciona perfectamente. No tengo monedas, así que le regalo el collar que he comprado en la micro el primer día. Mi interlocutor, al otro lado de la línea, pregunta qué pasa y le cuento el chiste. Pero a mí no me salen tan graciosas las palabras: yo soy chilena no más. De Chile, sumercé.

INÉS BORTAGARAY
(SALTO, URUGUAY, 1975)



Foto: © Alberto Sierra.

Es autora de los libros *Ahora tendré que matarte* (2001) y *Prontos, listos, ya* (2010). Crónicas y relatos suyos integran los volúmenes *Pequeñas resistencias 3*, *Esto no es una antología, El futuro no es nuestro*, *22 mujeres y Antología de cuento político latinoamericano: Región*, además de publicaciones nacionales y extranjeras como *Zoetrope: All Story*, *Número cero*, *El Perro*, *Traviesa* y *Palabras errantes*. Varios de sus cuentos han sido traducidos al portugués y al inglés.

Es, además de escritora, guionista. Es coguionista de los largometrajes *Una novia errante* (Ana Katz, 2006), *La vida útil* (Federico Veiroj, 2010) y *Mujer conejo* (Verónica Chen, 2011). Escribió el guión de *Luna con dormilones*, obra audiovisual de Pablo Uribe que en 2012-2013 participó de la primera Bienal de Montevideo. Junto a Adrián Biniez escribió los trece capítulos de la serie de televisión *El fin del mundo,* cuya idea original comparte con Juan Pablo Rebella y Pablo Stoll. Escribe actualmente dos guiones cinematográficos: *Mi amiga del parque* (Katz) y *Los Ángeles* (José Pedro Charlo).

La ciudad peregrina

Un cuento (con ranas) para niños

Ayer la niebla fue la misma. Las dos ciudades amanecieron igualmente abrumadas por la cortina.

Y la cortina fue densa e impidió a la gente mirar en lontananza y también en cercanía.

Y los dejó a todos con ese aire atónito que sobreviene cuando la ciudad se cierra por algún efecto climático repentino. No hay puerto ni aeropuerto, en las rutas los autos circulan lentamente y con las balizas puestas. Una colección de luces rojas hace guiños en hileras inflamables. La ciudad se aísla y se achata.

En Montevideo desapareció la punta del Palacio Salvo y desapareció el mar. Todo fue tragado por el vapor, disimulado por el velo.

Cundió el misterio.

Y una se sintió indulgente o presta a sentimientos elevados.

Se pudo llegar un poquito más tarde.

Se pudo escuchar tres canciones tristes.

Se pudo comer más dulces.

En Bogotá desapareció la punta del Monserrate y de la torre Colpatria. El Guadalupe quedó solito ante la niebla que lo sofocó.

Algunas cosas que la niebla le dijo a la virgen de brazos dispuestos a abrazar, allá en la cima:

«Mire que sos milagrosa, virgencita».

O: «mire que la gente te adora y tiene razón en adorarte».

Y de a ratos, si estaba con ganas de guerrear:

«Oye, bonita, tu vestido celeste es precioso, pero mi capa blanca con diadema de plata y pendientes cristalinos lo es cincuenta mil veces más. Ya quisieras ser menos Guadalupe y más Nieblita».

Guadalupe miraba a Nieblita con piedad y mantenía su media sonrisa beatífica.

En la ciudad no hubo melancolía. Hubo bullicio. Ríos de gente cruzaron la séptima.

Un hombre vendió avioncitos iguales a los de Da Vinci.

Otro hombre vendió manzanas chilenas por micrófono y dijo:

«Ricas, deliciosas, manzanas chilenas, tres por mil, tres por mil, tres por mil».

Una mujer con aspecto de ser mujer que llega tarde saludó a otra mujer con aspecto de ser siempre la que espera:

«Ah, qué pena con usted, se me hizo tarde pero ya estoy aquí. ¿Qué dice? ¿Tomamos un chocolate en la Florida?»

Si bien pareció haber disposición a comer dulces, nadie estuvo más dado a escuchar tres canciones tristes con la excusa de la niebla.

Esto pasó ayer.

* * *

Pero hoy…

Montevideo amaneció Bogotá.

Y Bogotá amaneció Montevideo.

No sabemos todavía si esta irregularidad se solucionará o si deberemos acostumbrarnos a una condición trocada para siempre.

Así es.

* * *

Aparentemente, el paisaje y los habitantes son los mismos.

En Montevideo hay mar, hay puerto, hay un cerro modestito, las veredas arboladas siguen siendo casi desiertas de gente y la gente sigue siendo mayormente canosa o calva, hay perros y gatos andando solos y de lo más campantes.

En Bogotá hay montaña, funicular y teleférico, hay calles con subidas y bajadas pronunciadas, el humo de los caños de escape baila entre los peatones, un mar de gente anda de acá para allá (a pie, en auto, en Transmilenio), una legión de adolescentes y jovencitos vestidos con equipos deportivos puebla el lobby de un gran hotel, dos niños de 10 y 12 años llamados Cristian y Juan Carlos (el pelo peinado con gel, cada uno con una cresta, ambos temerarios) juegan a treparse a una camioneta en movimiento, sostenidos del paragolpes, en una esquina de La Candelaria.

Y sin embargo Montevideo es Bogotá, y Bogotá es Montevideo.

Y esto es una verdad hecha piedra.

* * *

Ocho cosas que comprueban esta extravagancia que hoy tiene el perfume de un axioma en Montevideo:

1) Son muchas, las personas, son muchas. En todos lados, muchas.
2) Las personas dicen: «me colabora» para pedir un favor.
3) Cuando se despiden dicen: «adiós, hasta mañana, que le vaya bien» o «que tenga un feliz día».
4) Varios hombres vestidos con trajes camuflados circulan con gesto de patriotismo y espalda derecha. Nada en el paisaje habla de verde seco u hojarasca.
5) Todos se despiertan entre las 5 y 30 y 6 y 30 de la mañana.
6) Varios comen arepas. Otros saborean un ajiaco y le vuelcan todas las alcaparras posibles. Hay quienes prefieren la gelatina de pata de res.
7) El día tiene fases climáticas: el sol, la tormenta a punto de tronar, la lluvia, el aire rociado, fresco tras el aguacero, el nuevo sol, la nochecita fría.
8) El tráfico está ciertamente más desorganizado y los peatones cruzan corriendo las avenidas, alcanzando la vereda de enfrente como quien toma impulso para saltar de una roca a otra cuando entre ambas truena una cascada de pirañas con ganas de desayunar.

Ocho cosas que comprueban esta extravagancia que hoy tiene el perfume de un axioma en Bogotá:

1) Son pocas, las personas, son pocas.
2) Las personas van por la calle principal y a veces miran como reconociendo a alguien, y estiran la boca en señal de «saludo indiferente» o alzan las cejas en un brevísimo «adiós, persona que conozco pero no tanto como para regalar una sonrisa de esas que guardo tan pero tan bien». Cuando pueden se hacen los que no se ven.
3) Todos llevan un mate y un termo bajo el brazo, y chupan la bombilla con fruición, para mostrar su dilecto manejo del estimulante.
4) Motos chinas zumban a derecha y a izquierda de los autos.
5) Casi todos se despiertan hacia las 8 de la mañana.
6) A los carnívoros nada les gusta más que una chuleta.

7) En los diarios se habla de la campaña electoral, del escándalo del contratista de fútbol que evade el pago de impuestos o de las chances matemáticas de entrar a un mundial.
8) Hay ojeras. Hay suspicacia. Unos se sienten dolidos, otros desconfiados, estafados antes de cualquier estafa, con un ánimo turbio y algo lánguido, escéptico y francamente criticón.

* * *

Ahora sí, tras este preámbulo y los detalles sobre el fenómeno, el cuento (con ranas) para niños.

* * *

Entre los helechos, las bromelias y las orquídeas del bosque en las afueras de Bogotá crepita un enjambre: murmura el ruidito de las gotas al resbalarse por las hojas, las voces de unos pájaros, las piedritas que se frotan entre sí y hacen un ruido como el canto de las bisabuelas desafinando: «ansiedad, de tenerte en mis brazos, musitando, palabras de amor».

Ha llegado la noticia de que un extraño trueque hace temblar la ciudad. Montevideo se apersona en el aire nuevo de la capital colombiana. Y por otro lado se conoce que en Montevideo cunde el jugo de lulo, una extravagancia.

¿Qué está pasando, cielito?

Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero se dice que las causantes del revuelo son las ranas. En efecto, desaparecieron las ranitas que desde hace tiempo adornan las tapas de alcantarillas en Bogotá, y ahora andan sembrando el caos lejos de casa.

Siempre han hecho de cuenta que son de piedra, cuando todos en el bosque bien saben que son reales y que eso que hacen al asumir una pose en las tapas de las alcantarillas es un arte: se quedan tiesas como las estatuas vivientes, como los niños que juegan a la mancha piedra, como los estupefactos. Luego, cuando los transeúntes corren la mirada a otra cosa, las ranas respiran y siguen brincando.

Hoy brincan en Montevideo.

¿Y quién quedó en su lugar en las tapas del acueducto de Bogotá?

Las dobles de inacción. Se les cumplió su sueño dorado. Por si no lo saben, son muchas las ranas que están anotadas en la Agencia de Ranas Para Ser Dobles de Inacción. Son muy buenas actrices, todas. A veces hasta parecen sobreactuar su inmovilidad.

¿Pero por qué se fueron a Montevideo?

Porque querían salvar a sus primos, los sapitos de Darwin, que están bastante desaparecidos últimamente en el sur del sur. Salieron de las tapas de las alcantarillas, sí, pero también dejaron Chicaque y el Jardín Botánico, y las bebés dejaron sus cunitas anfibias, y los abuelos dejaron sus talleres de carpintería, y los novios en plenas nupcias dejaron el vals para socorrer a los sapitos que ¡ay, los pobres! parecen haber sido borrados de la faz de la tierra.

Detrás de las ranas corrieron otras cosas (el sancocho, los duetos musicales, los entrenadores de salto largo, la red de bibliotecas, los buenos modos). Viajaron mayormente en avión, pero algunas cosas intrépidas se montaron como Cristian y Juan Carlos en el paragolpes de autos en viaje de Colombia a Brasil o a Ecuador, y de ahí buscaron un aventón por otros medios. El camino también se hizo inverso, y por el aire o por la tierra se trasladó desde Montevideo y rumbo al norte el asado, las bisabuelas, una aspereza.

En cuanto a las ranas, saltaron, saltaron, saltaron: bajaron por Colombia, rebotaron en Perú, patinaron por Chile, se treparon a la cordillera, anduvieron en Argentina, llegaron a Uruguay y después del desorden en Montevideo se metieron en el monte, preguntando por el sapito. No estaba en el monte, sino en las playas de Maldonado y de Rocha. A dos o tres horas de Montevideo. Allá partieron con una baqueana oriental que los orientó.

Pero esa es otra historia que deberé contar en otra ocasión.

Ahora les voy a contar con qué se encontraron las ranas al aterrizar en la zona de Melilla, cerquita de la capital y a pasos de la desembocadura del río Santa Lucía en el estuario del Plata, donde se quedaron dos días y una noche.

* * *

Se toparon con el Innombrable, que era un sauce llorón que había sufrido mucho, porque donde había nacido (de una semilla liviana como una pluma de golondrina, como un pétalo de jazmín, como la uña de una niña llamada Beatriz) se comentaba que daba mala suerte. Toda una calumnia (una calumnia es algo así como noventa y nueve veces peor que una mentira, porque es algo que se hace a propósito para causar daño, mientras la mentira a veces es involuntaria, y no siempre algo horroroso).

El Innombrable tenía un nombre muy bonito: Eusebio. Eusebio era un sauce que lloraba mucho, de día y de noche. Sus lágrimas lo mantenían humectado y su tronco era firme y sus raíces viajaban lejos y era apuesto. La madurez le sentaba bien al sauce llorón.

¿Y quién creen ustedes que era el dueño de esa calumnia que ensuciaba su honor?

La morera Moriana, una auténtica licenciada en la chismografía y la especulación.

¿Por qué haría eso una morera?, se preguntarán ustedes.

Y yo les digo: atiendan el cuento que contaré a continuación.

¿Y el sapito de Darwin?

Ya viene. Así es el monte. Uno se pierde pero al final se encuentra.

- - - -

El monte era espeso, de un verde rabioso y un perfume a tierra, a agua, a sombra. Al costado corría la cañada, que nacía de un manantial. El manantial emergía de las profundidades de una roca, salpicaba los cantos rodados y era el preferido de los animales que a veces, y cuando estaban venturosos, encontraban el lugar.

Eran muchos los habitantes. La morera Moriana había nacido de una semilla de una morera traumada. La traumada se llamaba Muriel. Muriel le enseñó a su hija que ellas eran mal vistas por los animales y los vegetales del monte, porque se murmuraba que daban mala suerte.

—¡Es injusto! —decía Muriel, y sacudía sus ramas dejando que se cayeran las hojas flojas que coronaban la copa. Las hojas caían, balanceándose, y decían:

—¡Más injusta sos vos, que nos desprendés cuando somos piel tuya!

Muriel se murió quejosa. Su única hija, Moriana, heredó el rencor. Hacía grandes berrinches. Le parecía que su suerte era, por lejos, la peor de todas en el monte. Y empezó a inventar cosas. Decía, por ejemplo:

—El gato montés quiere comer todos los polluelos del hornero.

Y entonces el hornero increpaba al gato montés:

—Eh, gato, ¿así que estás con ganas de atentar contra mi familia?

Y el pobre gato montés, que era un ejemplar único en su especie porque era vegetariano y no carnívoro, respondía:

—¿Cómo es posible, hornero, que repitas ese disparate? ¿Acaso no te ayudo a hacer el nido, acercándote ramitas?

Y el hornero quedaba confundido. Luego le tocaba el turno a Gutiérrez, el gusano de seda, que se enojaba con el caracol Braulio por un malentendido que la morera había propiciado (pues no le gustaba que el gusano le comiera las hojas, que adoraba ver rozagantes).

Pero la principal víctima de Moriana era nuestro Eusebio. Era él el más damnificado por los dimes y diretes.

Ella había inventado la mentira que contaré a continuación:

Según Moriana, Eusebio era yeta. ¿Qué es yeta? Yeta se le llama a lo que supuestamente atrae el infortunio. No sólo acusaba al sauce llorón del mismo poder maléfico que le achacaban a su propia especie (recordemos a Muriel), y que tanta pena le había traído a ella y a su madre, sino que además clamaba que todo aquel que se apoyara sobre el tronco, las ramas o las hojas del sauce se volvería ceniza en el acto.

La tonta perdiz Nomeolvides se lo había tomado en serio y había hecho pancartas que clamaban: «Peligro, _ _ _ _ _ _ _ es yeta». El cardenal Pontificio había compuesto una canción (*jingle*, le decía él) con una letra alusiva al caso, y le había pedido a su nodriza, la churrinche, que la cantara, porque él estaba ronco de tanto celebrar la santa misa. El jingle decía más o menos así:

Él es innombrable
Él es invisible
Si desoyes a la nodriza
La vida te dará una paliza
Y serás eternamente ceniza

Eusebio fue quedando solo. Era el Yeta Oficial del Monte.

La última de las injurias de Moriana había tenido un éxito singular: no convenía ni siquiera llamar por su nombre al sauce, porque tan sólo decir _ _ _ _ _ _ _ era suficiente como para que una andanada de calamidades se precipitara sobre uno. Así se selló la suerte del pobrecito, que pasó a denominarse El Innombrable.

* * *

En el monte, al llegar, las ranitas bogotanas fueron de lo más educadas y saludaron a todos: *buen día, que le vaya muy bien*, y las más jóvenes: *qué hubo*, y todos las querían y decían: *así da gusto saludar*.

Y como Montevideo estaba muy Bogotá, todos eran amables en el monte.

Hasta la villana Moriana.

La tarántula Trotamundos se cruzó con una legión de ranas en una tardecita de grandes coros y les confesó que desconfiaba de las supersticiones y que incluso un día le había llegado a murmurar al solitario Eusebio estas palabras:

Convertirme en ceniza
me resbala sin prisa.
Lo que creo, mi bien
es que la morera
no es quién
para difamarte.
Y que me arranquen las patitas
si estoy chapita.
Que esa intrigante
¡vaya a vivir a otra parte!

La Rana Presidente (elegida democráticamente por las demás) prometió hacer algunas diligencias diplomáticas para aquietar los ánimos y la tarántula durmió más contenta esa noche, cruzando las patitas para que los sinsabores de Eusebio por fin se acabaran.

Esa noche la Rana Presidente fue con su comitiva al pie de la morera y le dijo:

—Sumercé, si usted quiere puede cambiar de vida en un santiamén. La felicidad está a la vuelta de la esquina. Croac.

—¿Cómo? —dijo la morera, que era bastante aficionada a los libros de autoayuda.

—Es fácil: nos lleva a los sapitos de Darwin y luego le daremos un lugar monumental en nuestra bonita ciudad. Será la morera más cosmopolita que el universo haya visto. Croac.

Moriana quedó extasiada, pero se hizo la interesante y no aceptó enseguida, aunque al día siguiente ya andaba diciendo acullá que se iba de gira. Sacudió todas las hojas para andar más liviana (qué festín para Gutiérrez), y desarraigándose salió a los saltitos rumbo a La Expedición, dando sombra a las ranas achicharradas por el sol, que con unos mosquitos encerrados en la telaraña de Trotamundos como merienda en un taper comenzaron el Operativo de Salvataje de los primos Darwin.

* * *

Y qué me dicen si les digo que la morera hoy da sombra tupida a la Rana Presidente. Se plantó en un cantero en la peatonal a pasitos de la librería Merlín, en la carrera 8 con la 16, encima de una tapa de alcantarilla donde la ranita sostiene el aliento en actitud mandataria. Ya no guarda rencor, pero sí el recuerdo de los libros que lee; ahora sus predilectos son los de aventuras intergalácticas.

En el monte, mientras tanto, Eusebio se ha vuelto muy conversador. Lo invitan a tertulias donde se ha visto que habla de lo que sabe y de lo que no sabe también, y pide que le digan «Analista de la Realidad y del Diario Acontecer del Monte y Aledaños».

* * *

Sigue neblinando en ambas ciudades, pero hoy Montevideo es la de antes.

Con el retorno de las ranas a su patria volvieron allá las gentes, el aire amable y todo lo demás.

RICARDO SILVA ROMERO
(BOGOTÁ, 1975)



Foto: © Alberto Sierra.

Es el autor de las novelas *Relato de Navidad en La Gran Vía* (2001), *Walkman* (2002), *Tic* (2003), *Parece que va a llover* (2005), *Fin* (2005) *El hombre de los mil nombres* (2006), *En orden de estatura* (2007), *Autogol* (2009), *Comedia romántica* (2012) y *El Espantapájaros* (2012). También escribió la obra de teatro *Podéis ir en paz* (1998), los libros de cuentos *Sobre la tela de una araña* (1999), *Semejante a la vida* (2011) y *Que no me miren* (2011) y los poemarios *Terranía* (2004) y *El libro de los ojos* (2013). Fue profesor de literatura y de cine de 1997 a 2002. Hizo los comentarios de cine de *Semana* desde mayo de 2000 hasta mayo de 2012. Ha sido frecuente colaborador de medios como *SoHo*, *Arcadia*, *Babelia*, *Rolling Stone* y *Gatopardo*. Es columnista de *El Tiempo* desde mayo de 2009. En abril de 2007 fue elegido por la organización del Hay Festival como uno de los 39 escritores menores de 39 más importantes de Latinoamérica. Su página web www.ricardosilvaromero.com está al aire desde 2002. En su última novela *Espantapájaros* y en *Comedia Romántica* son parte de mostrar la dualidad que vive el país: el horror de la violencia, el desplazamiento y el tema universal de la literatura, el amor.

Las tres pantallas

Mi querido amigo: le dedico estas «tres pantallas», la una del cine, la otra del televisor y la tercera del computador, que escribí luego de leer *Las tres tazas* que don José María Vergara y Vergara publicó en la Bogotá cabizbaja de 1863. Recordé, mientras redactaba estas palabras, la conversación que sostuvimos el otro día —la charla sobre cómo ciertos personajes de acá no consiguen hablar en paz en español bogotano— hasta llegar a la conclusión de que los grandes escritores del mundo han sido muchas veces escritores costumbristas, pero que sólo en la capital de Colombia, en donde tantos han vivido pendientes, desde los días de la independencia, de qué extranjero tendrá la bondad de reconocerlos, se ha cometido el error de leer de reojo aquellos textos que son al tiempo documentos sobre la ciudad. Sólo aquí «costumbrista» es antónimo de «novelista», sólo aquí «costumbrista» es algo semejante a un insulto: eso dijimos el día que usted se estaba yendo.

Escoja, en fin, la pantalla que quiera. Quédese con las tres, ya que las tres conviven hasta hoy, si es usted de esa clase de personas. Pero le ruego que, haga lo que haga, no se le olvide nunca el día que vimos juntos la tercera parte de *Locademia de policía* en una de las 1.040 sillas del esplendoroso Astor Plaza.

Pantalla primera: el cine

Soy un coleccionista, un bibliómano, un anticuario. Pero hubo un tiempo en el que no pude archivar películas (tengo, hoy, 2.572) porque no había en mi mundo ninguna manera de verlas en la casa, sino que viví con mi pequeñísima familia, para bien y para bien, la extraña felicidad de ver las historias sobre una pantalla gigante. Podría decir que desde entonces he vivido tanto en Bogotá como en el cine. Pensándolo un poco más, podría contar mi vida teatro por teatro, clásico por clásico: quise alcanzar a *Pinocho* a los cuatro años, 1979, en el estrecho Metro Riviera; me

traumatizó *El imperio contraataca* a los cinco, 1980, en el inmenso Royal Plaza; entendí viendo *El zorro y el sabueso*, en el Cinelandia de 1981, que lo más importante es ser leal; se me partió el corazón por siempre y para siempre meses y meses después, en el cinema dos del Unicentro de 1982, porque Elliot iba a quedarse sin *E.T., el extraterrestre*, y podría seguir y seguir si se tratara, ahora, de sicoanalizarme.

Ir a cine en Bogotá era otra historia. Que la ciudad era un poco más peligrosa que sucia era vox populi. Pero por alguna extraña razón, tal vez porque no se la habían tomado aún los buitres del narcoterrorismo, a nadie le daba miedo hacer la fila para comprar las boletas y soportar la cola para entrar en las aceras del Scala, del Metropol, del Chapinero: escoja usted. Siento contar esto, pues siempre, desde muy niño, he temido aburrir a los viejos, pero, como las sillas no estaban numeradas ni era posible hacer reservas en las kafkianas líneas de atención al cliente, había que llegar temprano para encontrar un buen puesto. El teatro —el Palermo, el Ópera, el Libertador: elija usted— era imponente como una catedral forrada de rojo. La dulcería, cubierta de fotografías de las películas por venir, era un lugar inagotable. Y en la pantalla, apenas llegaba uno a su asiento, no se prohibía usar teléfonos celulares sino que se rogaba el favor de no fumar. Y luego, después de algunos cortos promocionales, venían las mejores películas de la historia: *Howard el superhéroe, El barrendero*, *El gato que llegó del espacio*, *Gremlins*.

Yo fui a cine siempre con mi familia: con quiénes más. En la Bogotá de esos tiempos, que ya no era el escenario sepia de los cachacos ensimismados, pero todavía no se convertía en esta ciudad de todo el mundo, se sabía ya desconfiar de los vecinos. Y sin embargo, porque en las vacaciones nadie más podía acompañar a un niño de 9, 8, 10 años, un día decidimos ir a cine usted y yo: con quién más. Querido amigo: fuimos juntos a una de las salas de Sears, cuando ya se llamaba Galerías, a ver una comedia titulada *Escuela de detectives*. Si no estoy mal, nos pareció una obra maestra. Si mal no recuerdo, empezaban a perder terreno los cines de barrio. Pero seguimos yendo durante muchos años a algunos más, vimos *El embajador de la India* en el Almirante, *Boogie Nights* en el Radio City, *El prisionero español* en el Cine Bar Lumiere y *La historia sencilla* en el Teusaquillo, hasta que fue evidente que los teatros se habían mudado definitivamente a los centros comerciales.

Seguimos yendo usted y yo, y todas las películas eran sobre la suerte de encontrar un amigo, hasta que sólo quedaron un par de desadaptados más en las 1.040 sillas del Astor Plaza. Cerramos, pues fuimos los últimos, la puerta a la salida. Y tomamos el rumbo, encogidos de hombros, a donde fuera que estuvieran dando lo que queríamos ver.

Y no están mal los múltiplex. Son seguros. Son confiables. Son, ni más ni menos, lo que tenemos. Y hoy, diciembre de 2013, 150 años después de que don José María Vergara y Vergara dejara constancia en *Las tres tazas* de la nostalgia bogotana por todo lo que no era bogotano, cumplen un par de décadas de proyectar películas maravillosas: de *La edad de la inocencia* a *Gravedad*. Pero, como suele suceder cuando los gerentes invaden los terrenos de la intuición, se les notan más de la cuenta las ganas de hacer plata: no hay nada más que las ganas de hacer plata —que tarde o temprano se convierten en abuso de confianza— detrás de los cortometrajes eternos, de las dulcerías mecanizadas, de las voces institucionales, los comerciales de lo divino y de lo humano que atrasan la proyección de los largometrajes.

No hay fantasmas en los multiplex. No cae una lluvia de crispetas como la que a usted le cayó desde el segundo piso del Royal. No hay fantasmas como el del Cinelandia. No hay mitos qué contar, no hay leyendas urbanas qué negar: no se proyectó allí la primera película que se proyectó en Bogotá ni sucedió ningún crimen ni se escondieron un par de políticos mientras pasaba el 9 de abril de 1948. Y, por cuenta de la extraordinaria televisión que está haciéndose en el mundo, por cuenta del comprensible afán de llenar las salas, llegan hoy hasta la pantalla muchos más espectáculos de feria filmados con cámaras digitales que dramas cargados de personajes en 35 milímetros. Ya sé que el cine no se va a acabar. Ya sé que la nostalgia es inútil. Pero es cierto que los centros comerciales, que siempre me han gustado porque mi familia les ha huido a los clubes privados como a la gripa, se tomaron esta ciudad que ha tenido miedo desde el principio, pero que ya es demasiado grande para seguirse escondiendo detrás de los cerros.

Y es verdad también que la experiencia del cine no es la misma. Que sigue siendo la mejor. Pero que hoy se parece más a hacer algo con el tiempo que a ir a misa. Y da lo mismo hacerlo allá donde usted está viviendo, querido amigo, que aquí en Bogotá.

Segunda pantalla: el televisor

Acabo de encontrarme este recuerdo: estamos los cuatro (mi papá, mi mamá, mi hermano y yo) en la sala del apartamento 603, en el edificio La Gran Vía, viendo en el televisor cómo Súper Ratón rescata a Hansel y Gretel de la bruja. Es 1980. Entra mucha luz. Mi papá ha comprado cuatro películas de Betamax: *La novicia rebelde*, *Butch Cassidy and the Sundance Kid*, *La última aventura* y *Súper Ratón*. Y, tal vez porque yo soy el menor, todos me acompañan a ver volar por enésima vez a mi personaje favorito. Y ya no hay nada por hacer. Ha comenzado una colección muy extraña, la mía, que no censurará las barbaridades ni las osadías ni las tonterías. Ha comenzado un vicio al que servirá plenamente un alquiler de betas que han puesto en la droguería que queda en uno de los dos locales que están en el primer piso del edificio: la droguería Astor.

Nadie vende películas en ese entonces. Corrijo: muy pocos las venden. Si se quiere ver algo nuevo, lo mejor que puede hacerse es encargarle a algún viajero una copia o ir a San Andresito o recorrer los alquileres de videos de esa Bogotá desordenada pero un poco menos paranoica. Vendrán Cinevideo y Kyron. Vendrá Betatonio, vendrá Blockbuster. Y luego se irán uno por uno. Pero en ese entonces, 80, 81, 82, 83, 84, encontrar una película de esas que jamás llegan por acá será toda una proeza. Hay una serie de locales en donde puede uno rentar lo nuevo. Y mi papá y yo, que siempre vamos juntos a hacer todas las vueltas (vamos a los bancos, a comprar el almuerzo y a conseguir betas), nos hemos dado cuenta de que la comedia que quiero ver yo no está en la Astor.

En los ficheros de la droguería está todo lo de Terence Hill y Bud Spencer, todo lo de Cantinflas, todas las de vaqueros, todas las comedias. Pero no se consigue todavía la que yo quiero ver: *Juegos de guerra*. Y usted y yo, querido amigo, ya hemos visto el *Indómito domado* y *Chisum* y *Conserje en condominio* y *El taxista millonario* y *El inmigrante latino* más de la cuenta. Así que mi papá, que nunca me dice que no, me lleva en el Renault 6 a Beta Inn, a Batimovie, a Videomaster, a Pandora, a todo el mapa de los alquileres de beta de 1983, antes de que los cierren. Y encontramos *Juegos de guerra* al final del recorrido, el Quijote de gafas y su hijo que aún no las tiene, en un lugar de cuyo nombre no logro acordarme, pero que queda abajo del round point de la 100. Y al día siguiente la vemos, usted y yo, con la sensación de que nunca antes vimos nada tan bueno como eso.

Pasará el tiempo. Usted y yo seremos cada día más amigos: usted se hará actor, yo me resignaré a ser escritor, redactaremos un par de guiones juntos, pasarán las parejas suyas y las mías que tenían que pasar, cambiarán los televisores en blanco y negro hasta convertirse en una pantallita plana que arruina la cinematografía de las películas, el Betamax será reemplazado por el VHS y el VHS cederá su lugar al Laserdisc y el Laserdisc se volverá obsoleto en presencia del DVD, y los canales de parabólica y luego de cable presentarán una por una las producciones que no llegaron nunca a los teatros (y la colección mía irá tomándose la casa y tendré *Juegos de guerra* en todos los formatos), pero pase lo que pase usted y yo seguiremos viendo las películas que sólo se puedan ver en video porque algo tuvimos que haber aprendido viendo *El zorro y el sabueso*.

Todo es mejor hoy, mucho mejor. No hay ruiditos extraños en los DVD. No hay que limpiar las cabezas ni se debe recurrir a la ruedita del «tracking» ni es necesario rebobinar para que no se siga rayando la cinta ni es menester pelearse los últimos videos en los alquileres por el mismo dinero por el que se consiguen en las pocas tiendas de música que quedan. Si se busca algo que los distribuidores colombianos, tan valientes, no pudieron traer, basta con comprarlo en Amazon. Si se raya *De mendigo a millonario*, es fácil reponerla. Si se quiere saber más de *Planes, Trains & Automobiles*, se puede ver, después, un documental que está en el mismo disco. Podría sentir nostalgia de algo, supongo, de los días en los que mi papá y yo buscábamos desesperadamente algún estreno por todos los locales de la ciudad. Podría lamentar que los niños de ocho años de hoy no se puedan ir caminando a rentar *El rapto de la princesa*.

Pero mi papá y yo seguimos buscando desesperadamente, en un Renault, lo que venga al caso. Los niños de hoy son, todos, cinéfilos. Y la experiencia de ver cine en la casa no sólo mejora día por día, sino que, empujada por la era digital, cada vez tiene menos que envidiarle a la experiencia de ver cine en el cine.

Tercera pantalla: el computador

Tuvimos un computador Atari desde el 85. Tendría que habernos servido para hacer los trabajos del colegio, dijo mi mamá, pero sobre todo nos sirvió para jugar como si fuera una nueva versión de la consola en donde jugábamos Pacman y Pelé Soccer. Diez años después, en junio de 1995,

tuvimos en la casa un primer computador de los de ahora. Y, desde que apareció internet, que en un principio era un milagro que entraba por la línea del teléfono (y se oían unos gruñidos y unos pitos antes de que se estableciera la conexión), mi biblioteca de libros de cine empezó a saber menos que imdb.com, se hizo posible conocerlo todo de todas las películas del mundo sin tener que salir a Bogotá, y poco a poco se fueron asomando los cortometrajes y los largometrajes hasta que fue posible conseguirlos y verlos en la red: de la perseguida Cuevana a la poderosa Netflix.

Qué puedo decir: que la cuestión de ver películas como un coleccionista se parece mucho al hambre, al vicio. Y que, como el cinéfilo está dispuesto a todo con tal de ver lo que tiene que ver y no se resigna a la frase «no se consigue» ni a la confesión «yo no la he visto», la llegada de internet nos resolvió a los más enfermos las peores preocupaciones, los peores problemas. Yo querría verlo todo en el Astor Plaza, por supuesto. Querría que fuera más fácil comprar los DVD de las películas que más me gustan para verlas siempre en la salita que tengo montada en mi casa. Pero hay cosas que sólo están en YouTube, en Cinépata, en ese rincón perdido de internet que da un poco de miedo. Y, como ya no está condenado uno a la pantallita del computador, sino que ahora, a estas alturas, puede proyectarse en la pared de enfrente todo lo que se ve por la web, no me siento viendo un horizonte por una ventanita, no me siento perdiéndome los planos generales.

Me resistí, como un viejo, como al teléfono celular, a esta nueva pantalla. Vi en el computador, a regañadientes, los nuevos capítulos de *Curb Your Enthusiasm*, de *Band of Brothers*, de *Los Borgia*: la televisión gringa, aquí entre nos, se ha puesto tan buena como el cine norteamericano de los años 70. Y, como soy un coleccionista, un bibliómano, un anticuario, no me sentí del todo cómodo viendo historias que luego no podría poner en su lugar en algún escaparate. Si yo hasta sigo comprando discos. Pero ¿quién, que esté pendiente del cine, que viva de seguir el rastro, en Bogotá o en Cafarnaúm, del primer largometraje que filmó Orson Welles o de ese drama mudo y perdido de Alfred Hitchcock, va a soportar por mucho tiempo la tentación de pasarse la vida en YouTube? Si en YouTube, por Dios, pueden verse desde el cortometraje más sangriento de Martin Scorsese hasta las primeras películas bogotanas de la historia. Si allí se entiende que los videoclips son un arte. Si se recorre, cada vez que se entra, un museo de la imagen y el sonido que nadie imaginó jamás.

En la pantalla de mi computador he visto videos de David Fincher, de Michel Gondry, de Spike Jonze. Allí pude encontrar, cuando pensé que nunca más volvería a verlo, ese musical censurado y perseguido que es la mejor película de Disney: *Canción del sur*. Conseguí la única película de Billy Wilder que no había podido ver: *Buddy, Buddy*. Vi todo lo de Monty Python. Y descubrí a Woody Allen en un sketch de *Cámara escondida*. Y como sufrí la peor de las tragedias, que mi colección de beta un día de 2010 amaneció arruinada por completo en una bodega del norte de la ciudad en la que fue archivada de manera equivocada e infame a pesar de mis ruegos (y la he venido reconstruyendo, a punta de regalos, en DVD), la red me ha aliviado en algo la necesidad de volver a ver *El taxista millonario*, *Confesión a Laura* o *La estrategia del caracol*: las tramas de Bogotá que vi antes de cumplir los 18 años.

Creería uno que, ya que todo sucede hoy en el computador como en el aleph que sabemos, da igual dónde vivir. Pero yo, que viví en Barcelona y en Boston un rato, pendiente siempre de las noticias que me llegaran a la pantalla, puedo jurar que esté en donde esté un bogotano tiende a vivir en Bogotá. Creería uno que a esta ciudad que tanto invita al encierro le haría bien que cada cual lo hiciera todo desde su aparato, que es justo y necesario que al menos la mitad de los bogotanos se queden esta noche en su casa, pero no, no hay caso: esta ciudad, que en lo que llevo de vida ha pasado de 2.900.000 habitantes a cerca de 10.000.000, sigue llamándonos a quienes la llevamos adentro como una vocación, sigue esperándonos afuera como alguien que nos está mirando ahora mismo por la ventana.

Querido amigo: fue en el computador de mi estudio, en YouTube, en donde usted me mostró a Sid Caesar interpretando a un oficial nazi, a Danny Kaye dirigiendo una orquesta y a Freddie Frinton y a May Warden llevando a cabo esa maravillosa *Cena para uno* que es una tradición inglesa que bien podría ser —porque resume la farsa entre las clases sociales— una tradición bogotana. Yo espero que usted vuelva a su ciudad. Que pasen los dos años que va a estar por fuera. Que haga su nuevo viaje, que descanse de la mezquindad de los circulitos artísticos y la mediocridad de esta televisión y que siga aprendiendo por allá todo lo que ya sabe de actuación, y luego vuelva para que veamos en el computador de mi estudio un documentalito que circula de la Bogotá de antes del 9 de abril, para que veamos *Los Goonies* con calma en el televisor de mi nueva casa y para que veamos en el cine las historias de amigos que vengan al caso.

Hay quienes creen que ya no se vive en una ciudad, sino en una habitación. Hay quienes se sienten viviendo, en realidad, en el laberinto, en los pasillos de internet. Pero yo a usted lo espero en Bogotá. Que es, adentro y afuera, donde vive mi familia. Y sigue siendo, como el cine, nuestra manera tan particular de no poder escapar de lo que somos.